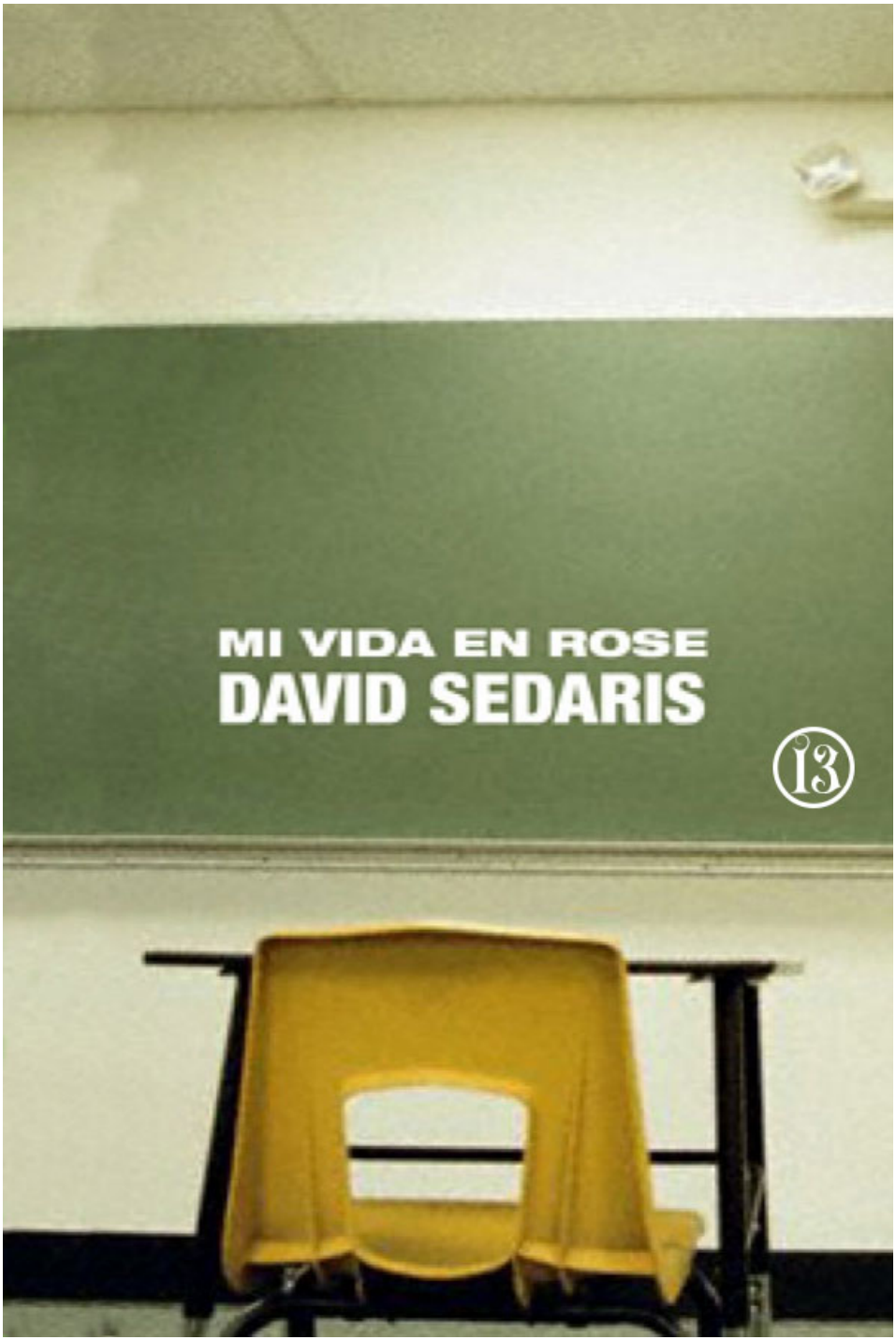
MI VIDA EN ROSE
DAVID SEDARIS

Mi vida en Rose es el nuevo libro de relatos de David Sedaris, el maestro de la sátira, un brillante humorista estadounidense que sigue la tradición de Woody Allen o Groucho Marx. Delirantes y desternillantes, políticamente incorrectos, mordaces y en ocasiones impertinentes, estos relatos nos hablan, entre otras cosas, de cómo aprender francés a una edad adulta y los inconvenientes que conlleva esta valiente decisión, y nos presentan a un niño que hace terapia de pronunciación y a un profesor de escritura creativa que comete los más elementales fallos ortográficos y gramaticales. Sedaris vuelve a hacer una disección del absurdo de algunas conductas y de la vulgaridad de la vida cotidiana y familiar, esta vez desde el relativo anonimato de París, donde se ha refugiado tras haberse convertido en una estrella mediática en Estados Unidos.

David Sedaris

Mi vida en rose

Título original: *Me Talk Pretty One Day*
David Sedaris, 2000
Traducción: Toni Hill, 2003

-

Revisión: 1.0
16/12/2021

Para mi padre, Lou

UNO

¿ZTATE O CAROLINA?

La escena le resultará familiar a cualquiera que haya visto una mínima cantidad de televisión. Un policía llama a la puerta de una casa u oficina aparentemente normales. Alguien abre, el agente pide a esta persona que se identifique y luego dice: «Debo pedirle que me acompañe».

Este tipo de oficiales suelen demostrar una notable presencia de ánimo. Si se les pregunta: «¿Y por qué tendría que ir con usted?», se estiran los puños de la camisa o se sacuden con aire distraído algunos cabellos que han caído en las mangas de la gabardina y dicen: «Bueno, creo que ambos sabemos por qué».

Es entonces cuando el sospechoso elige el camino difícil o el fácil, y la escena termina bien con un intercambio de balas, bien con k caballerosa aplicación de las esposas. De vez en cuando se trata de un caso de confusión de identidad, pero en la mayoría el sospechoso sabe a la perfección por qué le detienen. Parece que esté aguardando a que suceda. Lleva mucho tiempo anticipando ese momento y de repente, por fin, la espera ha concluido. Hay ocasiones en que llegas a creer que, en el fondo, esta persona se siente aliviada, pero yo nunca me lo he tragado. Aunque seguro que todo tiene sus malos momentos, un día normal invertido en esconderse suena bastante mejor que un día normal invertido en la cárcel. Cuando te pones a decidir quién va a dormir en la litera de abajo creo que todos estaremos de acuerdo en que el camino difícil tiene su punto.

La agente vino a por mí durante una clase de geografía. Cruzó la puerta y saludó con la cabeza a mi profesora de quinto curso, que en

ese instante observaba con atención un mapa de Europa. En lo que no caí hasta más tarde es que todo eso obedecía a un plan establecido. Mi captura había sido planeada para que tuviera lugar exactamente a las 2.30 de la tarde de un jueves. La agente llevaba un abrigo color de mono de mecánico, bajo el que asomaba un jersey de cuello alto de punto rojo y zapatos de tacón más bajo de lo habitual por si el sospechoso intentara emprender una huida desesperada.

—David —dijo la maestra—, a la señorita Samson le gustaría que fueras con ella.

No habían llamado a nadie más, así que ¿por qué yo? Hice un rápido repaso mental a la lista de mis delitos más recientes, buscando la culpa que originaba la penitencia. Incendiar un disfraz de Halloween que se suponía inmune al fuego, robar un juego de útiles para barbacoa de un patio sin vigilancia, alterar la palabra «pegar» de la lista de reglas que colgaba de la puerta del gimnasio; en ningún caso se me ocurrió la posibilidad de ser inocente.

—Quizá prefieras llevarte los libros —dijo la maestra—. Y la chaqueta. Es probable que la clase acabe antes de que vuelvas.

Aunque entonces me pareció mayor, es probable que la agente fuera una universitaria recién licenciada. Caminó a mi lado y formuló una pregunta inocente que aparentemente no venía a cuento:

—Y qué, ¿de qué equipo eres: State o Carolina?

Se refería a la clásica rivalidad deportiva existente entre las dos universidades más importantes del Triángulo. Aquellos que se preocupaban por este tipo de cuestiones tendían a expresar su simpatía llevando una sudadera Tar Heel color azul eléctrico o bien una Wolf Pack de color rojo, dos colores que parecían habérselas arreglado para no sentar bien a nadie. Esa cuestión de preferencias de equipo era común en la zona de Carolina del Norte donde vivíamos, y se suponía que la respuesta decía mucho acerca de la clase de persona que eras o esperabas llegar a ser. Yo no sentía el menor interés por el fútbol ni por el baloncesto, pero había aprendido a fingir lo contrario. Cuando un chico no se interesaba por el pollo a la parrilla o las patatas de bolsa, la gente tendía a

considerarlo como una mera cuestión de gusto personal. La frase era: «Bueno, para gustos los colores». Podías pasar del presidente, de la Coca-Cola e incluso de Dios, pero los chicos que pasaban de los deportes recibían un nombre. Siempre que salía el tema, lo más inteligente era preguntar qué equipo prefería el que te hacía la pregunta. Luego me limitaba a decir: «¿De verdad? ¡Yo también!».

Cuando la agente me preguntó cuál era mi equipo favorito, seguí la indicación del jersey de cuello alto rojo y opté por State.

—State, fijo. State de toda la vida.

Una respuesta que tendría que lamentar durante años.

—¿Has dicho State? —preguntó la oficial.

—Sí, State. Son los mejores.

—Ya veo. —Me guió a través de una puerta sin rótulo alguno, próxima al despacho del director, que conducía hasta una sala pequeña y sin ventanas amueblada con dos pupitres frente a frente. Era la clase de lugar donde se torturaba a alguien hasta que confesaba y que se tenía que repintar con frecuencia para cubrir las manchas de sangre. Señaló con un gesto el que se convertiría en mi asiento habitual y luego prosiguió con el interrogatorio.

—Y dime: ¿qué son exactamente tanto State como Carolina?

—¿Colegios? ¿Universidades?

Abrió una carpeta que tenía sobre la mesa mientras decía:

—Sí, tienes razón. Tus respuestas son correctas, pero el modo en que las dices es incorrecto. Me dices que se trata de colegioz, y univerzidadez. Pronuncias el fonema *z* en lugar de una *s*. ¿Eres capaz de oír la diferencia entre ambos sonidos?

Asentí.

—¿Por favor, serías tan amable de darme una respuesta completa?

—Ajá.

—«Ajá» no es ninguna palabra.

—Claro.

—¿Claro qué?

—Que claro que la oigo —dije—, la diferencia.

—¿Qué es lo que oyes con claridad, la diferencia? ¿El contraste?

—Exacto.

Acababa de librar mi primera batalla contra la letra s, y estaba dispuesto a cavar en mi trinchera hasta que se pusiera el sol. De acuerdo con la agente Samson, «terapeuta del lenguaje titulada», mis *s* silbaban, es decir, ceceaba. Noticia que no era nueva para mí.

—Trabajaremos juntos con un único objetivo: que llegues a hablar correctamente —dijo la agente Samson. Ponía un gran énfasis en pronunciar sus propias y sonoras eses con un efecto profundamente irritante.

—Intento ayudarte, pero cuanto menos pongas de tu parte más tardaremos en progresar.

La mujer hablaba con un fuerte acento del oeste típico de Carolina del Norte que yo convertí en mi aliado para desacreditar su autoridad. Ante mí había una persona para la que la palabra «sol» tenía dos sílabas. No albergaba duda alguna de que sus paisanos bebían directamente de jarras de barro y voceaban pidiendo un buen pedazo de carne cuando las vituallas estuvieran listas… ¿Quién se creía que era para dar consejos? En los años que vendrían me las apañé para encontrar defectos a todos los logopedas que invirtieron sus esfuerzos en entrenar lo que la señorita Samson definió aquella tarde como mi lengua perezosa.

—Ese es el problema —dijo con firmeza—. No es otra cosa que vagancia.

En esa época mis hermanas Amy y Gretchen seguían también terapia por sus ojos vagos, mientras que mi hermana mayor, Lisa, había nacido con una pierna vaga que se había negado a crecer en la misma medida que su gemela. Había llevado una abrazadera correctiva durante los dos primeros años de vida que iba dejando por donde pasaba un rastro de arañazos en el pulido *parquet* del suelo. Me gustaba la idea de que una parte del cuerpo de uno se considerara vaga, no desconsiderada ni hostil sino simplemente poco amiga de alcanzar el mismo nivel de desarrollo en beneficio del conjunto. Mi padre acusaba a menudo a mi madre de tener la mente vaga, mientras que ella a su vez le acusaba de tener un dedo vago, incapaz de marcar el número de teléfono de casa cuando sabía de

sobra que iba a retrasarse.

Mis sesiones de terapia quedaron fijadas para todos los jueves a las 2.30 y, con la excepción de mi madre, jamás las comenté con nadie. La palabra «terapia» sugería un profundo fracaso por mi parte. Los pacientes mentales se sometían a terapia. La gente normal, no. Para mí las sesiones no eran algo que uno se enorgullece de proclamar a los cuatro vientos, pero como mi profesora solía decir: «Contra gustos no hay disputas». Mientras que mi objetivo era mantenerlas en secreto, el suyo era informar de ellas a toda la clase. Si me levantaba del asiento a las 2.25, me decía: «Vuelve a sentarte, David. Aún faltan cinco minutos para tu sesión de terapia de lenguaje». Si permanecía sentado hasta las 2.27, decía: «David, no te olvides de que hoy tienes sesión de terapia a las dos y media». En los días que yo no asistía a clase la imaginaba diciendo en voz alta a toda el aula: «Hoy David no está aquí, pero si estuviera tendría sesión de terapia de lenguaje a las dos y media».

Mis sesiones variaban de una semana a otra. A veces me pasaba la media hora repitiendo como un loro todo lo que a la agente Samson le daba por decir. En ocasiones pasábamos el rato examinando gráficos sobre la posición de la lengua o leyendo textos infantiloides preñados de eses que relataban las aventuras de sapos o sargentos llamados Sassy o Samuel. En los días peores ella traía consigo una grabadora y me mostraba la cantidad de progreso que no conseguía hacer.

—La terapeuta encargada de mis sesiones es la señorita Chrissy Samson.

Luego me acercaba el micrófono y se recostaba en la silla de brazos cruzados.

—Ahora tú, David. Quiero oír cómo lo dices.

Estaba profundamente enamorada del sonido de su propia voz y parecía considerar mi déficit lingüístico como una afrenta personal. Si yo quería pasar el resto de mis días como David Zedariz, allá yo. Sin embargo, ella siempre sería la señorita Chrissy Samson. Si su nombre no hubiera tenido tantas eses es probable que nunca hubiera emprendido la carrera de logopeda y se hubiera dedicado a arrancar

molares sanos o a realizar ablaciones no deseadas a las niñas de África. Así era ella.

—Venga, David —decía mi madre—. Estoy segura de que no hay para tanto. Dale una oportunidad. La chica solo trata de hacer su trabajo.

Un día llegué unos minutos antes de la hora y entré en el despacho solo para toparme con la agente Samson desarrollando su labor con Garth Barclay, un chaval bobo y esmirriado que había estudiado cuarto curso conmigo.

—Debes esperar fuera hasta que te toque —me dijo.

Una o dos semanas más tarde fue mi sesión la que sufrió una interrupción a cargo del remilgado Steve Bixler, que sacó la cabeza por la puerta para anunciar que sus padres se lo llevaban de puente al campo, lo que significaría que no podría asistir a su sesión del viernes.

—Lo ziento —dijo él.

Comencé a vigilar la puerta de la sala de terapia del lenguaje tomando buena nota de la gente que entraba y salía por ella. Con solo haber visto a uno de los estudiantes populares saliendo de la sala podría haber hecho caso a mi madre cuando decía que mi ceceo era algo que le podía pasar a cualquiera. Por desgracia nunca vi a ninguno. Chuck Coggins, Sam Shelton, Louis Delucca: era obvio que existía alguna conexión entre una *s* silbante y una completa falta de interés en el tema de State *versus* Carolina.

Ni uno solo de los asistentes a terapia era de sexo femenino. Se trataba en su totalidad de chicos como yo: aficionados a coleccionar fotos de estrellas de cine y a coserse sus propias cortinas. «Eso no puede gustarte», decían los hombres de nuestras familias. «Es cosa de chicas». Hornear galletas y pasteles para las colonias del colegio, ver *Guiding Light* con nuestras madres, coleccionar pétalos de rosa para crear con ellos un popurrí de fragancias: todo lo que merecía la pena hacer resultaba ser propio de chicas. Con el fin de seguir divirtiéndonos aprendimos a llevar una doble vida. Las montañas de *Cosmopolitan* quedaban cubiertas por un ejemplar de *Boy's Life* o *Sports Illustrated*, y nuestros recortables se ocultaban entre el equipo

deportivo que nunca pedíamos pero siempre recibíamos. Cuando nos preguntaban qué queríamos ser de mayores, escondíamos la verdad y en su lugar dábamos una lista de con quién nos gustaría acostarnos de mayores. «Policía o bombero, o cualquiera de esos tipos que trabajan con cables de alta tensión». Fingíamos los síntomas de enfermedades y las madres escribían notas que justificaban nuestras ausencias el día del torneo interescolar de fútbol. Brian tenía un virus estomacal o Ted había caído víctima de esa epidemia de gripe súbita que afectaba a todo el mundo esos días.

—Un día de estos colgaré un cartel en la puerta —solía decir la agente Samson. Supongo que pensaba algo así como LABORATORIO DE TERAPIA DEL LENGUAJE, aunque hubiera sido mucho más adecuado un cartel que rezara FUTUROS HOMOSEXUALES DE AMÉRICA. Por mucho empeño que pusiéramos en tratar de adaptarnos al ambiente, nuestras lenguas siempre acababan traicionándonos. A comienzos de curso, mientras nos felicitábamos a nosotros mismos por haber conseguido con éxito pasar por chicos normales, la agente Samson anotaba nuestros nombres que salían a la luz en las reuniones de profesores, en las que los docentes decían: «Hay uno en mi tutoría», y «Tengo dos en la clase de matemáticas de cuarto».

¿Acaso eran capaces de distinguir también a futuros depresivos o alcohólicos? ¿Esperaban que eliminando el ceceo conseguirían colocarnos en un camino distinto, o simplemente intentaban prepararnos para una futura carrera en los escenarios o en un grupo coral?

La señorita Samson me dio precisas indicaciones de cómo, para pronunciar una *s*, debía colocar la punta de la lengua contra la parte trasera de los dientes superiores justo en la línea del paladar. El efecto producía un sonido que no difería mucho del de un neumático perdiendo aire. Era desagradable y sonaba raro al oído, y llamaba aún más la atención que el ceceo original. Yo no conseguía ver esa susurrante *s* como la solución al problema y seguí hablando con normalidad, al menos en casa, donde mi lengua vaga caía sobre orejas igualmente perezosas. En el colegio, donde cada profesor era

un espía potencial, intentaba evitar el sonido *s* siempre que rae era posible. «Sí» pasó a ser «correcto» o un marcial «afirmativo». «Gracias» se convirtió en «agradecido», y las dudas se preguntaban en lugar de consultarse. Tras varias semanas de lo que ella dio en llamar «acoso sucesivo» y yo «tormento repetido», mi madre me compró un diccionario de sinónimos de bolsillo que me proporcionaba alternativas sin eses para casi todas las palabras. Yo consultaba el libro en mi habitación y en la academia diurna de aprendizaje también llamada escuela. La agente Samson no reaccionó muy bien cuando empecé a denominarla entrenadora de pronunciación, pero la mayoría de mis profesores estaban encantados. «Qué variedad de vocabulario —decían—. ¡Por Dios, qué dominio del lenguaje!».

Los plurales presentaban una gran dificultad, pero me las apañaba para esquivarlos lo mejor que podía; los «labios», por ejemplo, eran siempre «la boca». Los posesivos resultaban una pesadilla similar, así que era más fácil callarse que anunciar que el guante izquierdo y el derecho de Janet habían caído del pupitre. Tras los elogios recibidos por mi amplio vocabulario, parecía más prudente mantener la cabeza baja y la boca cerrada. Tampoco quería que nadie pensara que le estaba haciendo la pelota al profe.

Durante los inicios de mis sesiones de terapia de lenguaje me preocupó el hecho de que el plan de la agente Samson funcionara en todos los casos excepto en el mío, que los otros chicos consiguieran dinamizar sus lenguas perezosas y me dejaran solo ante el peligro. Por suerte mis temores se revelaron infundados. Pese a los buenos oficios de la mujer, nadie pareció efectuar ninguna mejora significativa. La única diferencia estribaba en que todos hablaban bastante menos. Gracias a la grabadora de la agente Samson, yo, al igual que los otros, teníamos ahora una percepción diáfana de cómo sonaba nuestra voz al hablar. Estaba el ceceo, por supuesto, pero aún más problemática era la voz en sí, con sus nerviosos altibajos y ese tono agudo, muy femenino. Me oía a mí mismo pidiendo la comida en la cafetería y el sonido me revolvía el estómago. ¿Cómo había alguien que soportara escucharme? Mientras que los que me

rodeaban tenían la posibilidad de convertirse en abogados o estrellas de cine, mi única opción era hacer voto de silencio y retirarme a un monasterio. Mis antiguos compañeros llamarían al convento preguntando cómo me iba la vida, y el abad respondería al teléfono diciendo: «No podéis hablar con él. El hermano David no ha hablado con nadie durante treinta y cinco años».

—Va, relájate —decía mi madre—. Ya cambiarás la voz.

—¿Y si no la cambio?

—No seas agorero —se estremecía.

Al final resultó que la agente Samson no era sino una terapeuta itinerante del circuito escolar. Pasó cuatro meses en nuestra escuela y luego se marchó a otra. Nuestra última reunión tuvo lugar el día antes de las vacaciones de Navidad. Las aulas estaban decoradas, al igual que los pasillos… Todo, excepto su despacho, que permanecía tan austero como siempre. Yo esperaba la media hora de rigor de Sassy el sapo y en su lugar contemplé con entusiasmo cómo guardaba la grabadora en su maletín.

—He pensado que esta tarde podríamos desmelenarnos y celebrar una fiesta, tú y yo. ¿Qué opinas? —Abrió el cajón de su mesa y extrajo una caja de galletas adornada con motivos navideños —. Ten, coge una. Las he hecho yo misma… ¡Chico, no veas qué desastre! ¿Has hecho galletas alguna vez?

Mentí diciendo que no, que no lo había probado nunca.

—Bueno, cuesta lo suyo —dijo ella—, sobre todo si no dispones de una buena batidora.

Aquella charla informal no era en absoluto propia de la agente Samson, y resultaba embarazoso estar sentado en aquella pequeña y calurosa sala fingiendo mantener una conversación normal.

—Así pues —prosiguió—, ¿qué planes tienes para las vacaciones?

—Bueno, quedarme aquí, como hago normalmente y abrir algún regalo de la familia.

—¿Solo uno? —preguntó.

—Quizá ocho o diez.

—¿Y no seis o siete?

—Habitualmente no.

—¿Y qué haces el treinta y uno de diciembre, la víspera de Año Nuevo?

—El último día del año mi familia retira el árbol de Navidad del comedor y come vida marina.

—Se te da bien evitar las eses —dijo ella—. Eso tengo que concedértelo. Eres más duro de roer que la mayoría.

Creí que iba a seguir poniéndome a prueba, pero en vez de eso empezó a contarme sus propios planes para las vacaciones.

—Son fechas duras para mí, con mi novio en Vietnam. El año pasado fuimos a Roanoke, a ver a los suyos, pero este año pasaré la Navidad con mi abuela en las afueras de Asheville. Vendrán mis padres y haremos todo lo posible por divertirnos. Comeré pavo, iré a la iglesia y luego, al día siguiente iré en coche hasta Jacksonville con una amiga para ver el partido de Florida contra Tennessee de la Gator Bowl.

No podía imaginar nada peor que desplazarse hasta Florida solo para ver un partido de fútbol, pero aparenté sentirme impresionado.

—¡Guau, todo un acontecimiento!

—Estuve en Memphis el año pasado cuando el NC State apalizó al Georgia catorce a siete en la Liberty Bowl —dijo ella—. Y el año que viene, juegue quien juegue, pienso sentarme en la primera fila del Tangerine Bowl. ¿Has estado alguna vez en Orlando? Es un sitio superdivertido. Si mi futuro marido consigue un empleo en lo suyo nos mudaremos a Florida dentro de un par de años. Yo viviendo en Florida. Apuesto a que esto te haría feliz, ¿no es así?

No sabía muy bien qué responder. ¿Quién era esta fanática del fútbol sin batidora y con un novio en Vietnam, y por qué había tardado tanto tiempo en revelar su verdadero ser? Siempre la había considerado como una despiadada agente cuando en realidad no era más que una maestra de lengua inexperta y un poco boba. No es que fuera mala la señorita Samson, pero iba fuera de tiempo. Debería haberse comportado con simpatía al principio en lugar de esperar hasta ahora, cuando todo cuanto podía hacer yo era sentir lástima por ella.

—He puesto todo mi esfuerzo contigo y con los otros, pero en ocasiones no basta con esforzarse al máximo. —Cogió otra galleta y jugueteó con ella—. De verdad que quería probarme a mí misma y provocar algún cambio en las vidas de la gente, pero resulta difícil llevar a cabo tus propósitos cuando debes enfrentarte a tanta resistencia. No os caigo bien, supongo que no es responsabilidad de nadie. ¿Qué puedo decir? Como profesora de pronunciación, soy un absoluto fracaso.

Se llevó las manos a la cara y temí que fuera a echarse a llorar.

—Oiga, mire —dije—, lo ziento.

—¡Ja, ja! —se rió—. Te pillé. —Siguió riendo mucho más de lo necesario y estaba aún en ello cuando firmó la nota que me condenaba a un curso más de sesiones de terapia—. Yo zí lo ziento. Te queda mucho trabajo por delante, caballero.

Relaté la historia a mi madre, y debo decir que le divirtió mucho.

—Reconoce que eres un gilipollas —me dijo.

Asentí, pero, como ninguna de las sesiones de terapia dio jamás sus frutos, todavía prefiero usar la palabra «capullo».

SUEÑOS DE GIGANTE, HABILIDADES DE ENANO

A mi padre le encanta el *jazz* y tiene una extensa colección de discos y cintas que solía escuchar cuando volvía a casa del trabajo. Ya podía haber entrado en casa de mal humor que, con Dexter Gordon sonando y un vodka con martini en las manos, el estrés se fundía y todo era «precioso, mi amor, simplemente precioso». En el mismo momento en que la aguja surcaba el disco, se aflojaba la corbata y se convertía en una persona distinta del ingeniero conservador con un puñado de lápices IBM con el lema PIENSA grabado en ellos.

—Eh, escucha, ¿puedes creer que haya alguien capaz de tocar así? Le vi una vez en el Blue Note, ¡y tengo que decirte que me dejó clavado en la silla! Talentos como ese se dan solo una vez en la vida. El tío era un cometa brillante y allí estaba yo, en primera fila. ¿Te lo imaginas?

—Vaya —decía yo—. Apuesto a que fue todo un acontecimiento.

La empatía parecía ser una táctica errónea ya que solo servía para irritarle.

—No te enteras de la misa la mitad —decía—. Un acontecimiento… ¡Y una mierda! No tienes ni idea. Podrías haber cogido un hacha, cortarle al tío los labios hasta hacerlos pedazos y seguiría tocando mejor que cualquier otro de los que estaban por allí. Así de bueno era.

Yo asentía con la cabeza, imaginando unos labios brillantes yaciendo desamparados en el suelo del guardarropa de un club

nocturno cualquiera. El truco consistía en retroceder lentamente por el pasillo y escapar hacia la cocina antes de que mi padre pudiera gritar:

—Ah, no, no te vayas. Vuelve aquí. Quiero que te sientes durante un minuto y que escuches, me refiero a escuchar de verdad, el siguiente tema.

Dado que era la música con la que habíamos crecido, me gustaba pensar que mis hermanas y yo sentíamos un genuino aprecio por el *jazz*. Lo preferíamos por encima de las músicas que escuchaban nuestros amigos, pero nada de cuanto pudiéramos hacer o decir podía convencer a mi padre de nuestra devoción. Dejando a un lado la posibilidad de repetir la misma melodía con tu propio instrumento, ¿cómo podía uno probar que estaba realmente escuchando? Era como si esperara que cambiáramos de color al final de cada tema.

Debido a su oído y a un casi maníaco sentido de la disciplina siempre pensé que mi padre habría sido un músico excelente. Podría haber aprendido a tocar el saxofón de no haber nacido en una familia de inmigrantes para quienes hasta unos guantes se consideraban una extravagancia. Sus padres solo escuchaban música griega, un oxímoron para lo que al resto del mundo se refiere. Si le pillas el rabo con la puerta de un camión de leche, un gato callejero podrá maullar con facilidad un tema que seguro ha entrado en la lista de los más vendidos allá en Esparta o Tesalónica. El *jazz* era la única forma de rebelión al alcance de mi padre. En su casa lo tenía prohibido y él lo apreciaba como si se hubiera tratado de su propio descubrimiento. Cuando era joven escondía sus discos de 78 revoluciones bajo el sofá cama y se desplazaba regularmente a Nueva York, donde frecuentaba los clubes nocturnos en compañía de negros. Fue una buena vida mientras duró. Acababa de cumplir los cuarenta cuando la empresa trasladó a nuestra familia a Carolina del Norte.

—¿Qué esperan que viva dónde? —fue su pregunta.

Los inviernos de Raleigh eran de su agrado, pero mi padre habría cambiado gustoso el clima temperado por una emisora de

radio decente. Como su afición quedaba limitada a la colección de discos y cintas, empezó a fantasear con la idea de que su familia pudiera llenar ese vacío musical formando algún día un conjunto de *jazz*.

Su plan tomó forma la tarde en que acompañó a mis hermanas Lisa y Gretchen y a mí a las instalaciones de la universidad estatal para ver a Dave Brubeck, que en esa época iba de gira con sus hijos. La audiencia rugió cuando el cuarteto apareció en escena, mientras yo me inclinaba hacia atrás y cerraba los ojos fingiendo que aquel aplauso era para mí. Con el fin de conseguir tal grado de atención necesitabas una rutina que habría asustado a más de uno. Yo llevaba tiempo trabajando en algo en privado y justo empezaba a imaginar lo que sería presentarlo ante el público en directo. El número consistía en que yo, elegantemente vestido con camisa y corbata, cantaba un popurrí de jingles de anuncios en la voz de Billie Holiday, una de las cantantes favoritas de mi padre. Para el concierto de Raleigh abriría probablemente con el número que se usaba para promocionar el más antiguo centro comercial de la ciudad. Tras un rápido gesto hacia mi acompañante, emprendería los acordes de «La emoción del centro comercial Cameron Village te arrastrará». La belleza de mi versión radicaba en que capturaba a la vez la alegría y la pena de una visita a Ellisburg's o J. C. Penney. A este tema le seguirían otros de gran popularidad como «No hay nada como un cigarrillo Winston» y el pegadizo nuevo anuncio de Coca-Cola, «Enseña a cantar al mundo».

Yo estaba absorto en mi fantasía, haciendo caso omiso de Dave Brubeck y dedicándome solo a respirar hondo cuando mi padre me dio un codazo en las costillas y preguntó:

—¿Estás oyendo esto? ¡Estos gatos están quemando la pintura de las paredes!

El resto de la audiencia permanecía tranquilamente sentado, como si estuviera en la iglesia, mientras mi padre chasqueaba los dedos y balanceaba la cabeza hasta casi tocarse el pecho. La gente empezó a señalarle, y cuando le rogamos que por favor se sentara y se comportara de manera normal, se llevó las manos a la boca como

si fueran un megáfono y pidió a gritos: «Blue Rondo á la Turk!».

Se pasó todo el camino de vuelta dando palmadas contra el volante sin dejar de decir:

—¿Lo habéis oído? ¡Ese tío es mejor cada día! Ahí está, en escena, con los niños a su lado, y entre todos montan una tormenta como esa. Por Dios todopoderoso, ¡qué no daría yo por una familia así! Chicos, deberíais pensar en formar algún grupo.

Mi hermana Lisa se atragantó con el zumo de uva.

—Hablo en serio —dijo mi padre—. Solo necesitáis algunas clases, instrumentos y juro por Dios que tocaréis como ángeles.

Esperábamos que esta fuera otra de sus ideas de cinco minutos, pero cuando llegamos a casa los ojos le seguían brillando.

—Eso es exactamente lo que tenéis que hacer —afirmó—. No sé cómo no se me había ocurrido antes.

A la tarde siguiente compró un gran piano para niños. Se trataba de un ejemplar usado que conseguía mantener un aspecto imponente incluso puesto sobre un suelo de linóleo. Nos turnábamos para tocar las teclas, pero en cuanto se pasó el efecto de la novedad lo cubrimos con los cojines del sofá y lo convertimos en un fuerte. El piano permaneció inhábil en su sentido tradicional hasta que mi padre apuntó a Gretchen a clases de dicho instrumento. Ella nunca había expresado un gran interés en ello pero fue la elegida porque, a sus diez años, estaba en posesión de lo que papá decidió que eran los dedos más artísticos. A Lisa se le asignó la flauta, y una tarde cuando volvía a casa de un encuentro de *boy scouts* me encontré con el mío apoyado contra el acuario de mi habitación.

—Tómatelo con calma —dijo mi padre— porque ahí tienes la guitarra que llevas tanto tiempo deseando.

Seguro que me confundía con otro. Aunque llevaba años pidiendo un aspirador de marca jamás había expresado deseo alguno de tener una guitarra. No había en ella nada que me gustara, ni siquiera desde un punto de vista estético. Ya tenía mi habitación adornada y el instrumento no encajaba con los motivos marineros. Un ancla, sí; una guitarra, no. Quería que la conservara, y eso hice:

la guardé en el armario, donde permaneció hasta que me apuntó a unas clases privadas que se daban en una tienda de música situada en el sótano del recién inaugurado North Hills Mall. Luché contra ello como un jabato y llegué a fingirme enfermo el día en que estaba previsto que empezaran mis clases.

—¡Pero no me encuentro bien! —grité, mientras él maniobraba para salir del aparcamiento después de haberme dejado—. Tengo un virus, y además no quiero tocar ningún instrumento musical. ¿Te enteras?

Cuando comprendí que él no iba a volver entré con la guitarra en la tienda de música. El encargado me condujo hasta el que sería mi maestro, un enano perfectamente formado que respondía al nombre de señor Mancini. En ese momento yo tenía doce años, y era menudo para mi edad, así que resultaba impactante verme encerrado en una sala sin ventanas con un hombre que apenas me llegaba al hombro. Ser más alto que el profesor me parecía raro, pero decidí guardarme esa idea para mí. En su lugar, dije:

—Mi padre me ha dicho que venga. Es todo idea suya.

Cual camarero fastidioso desterrado a una ciudad pequeña y anticuada, el señor Mancini llevaba ropa que reconocí haber visto en la sección infantil de Hudson Belk. Algunas noches se presentaba con camisa de cuello de botones y pajarita, mientras que otras tardes lo encontraba ataviado con unos pantalones acampanados y un grueso jersey de cuello alto, con un collar de perlas del amor colgando. Tenía los brazos musculosos y cubiertos por una capa de tieso vello oscuro, pero su voz era aguda y extraña, como si alguien la hubiera grabado y ahora la pasara a más revoluciones.

No llegaba a ser un enano, pero poco le faltaba, lo juro. Mi fascinación era tan evidente como mal recibida, aunque seguro que había sido objeto de ella un millón de veces anteriormente. No me dio la mano, solo encendió un cigarrillo y alcanzó la concha marina que solía utilizar como cenicero. Al igual que mi padre, el señor Mancini estaba convencido de que cualquiera podía aprender a tocar la guitarra. Él había aprendido en un solo verano que pasó en lo que denominó «Hotlanta, G. A.». Yo sabía que ese era el apodo que se

le daba a Atlanta, Georgia.

—Ese —dijo— sí que es un lugar con clase si sabes adonde ir. —Me arrebató la guitarra y empezó a tocarla con la cabeza muy cerca de las cuerdas—. Sí, señor, niño, las chicas de Peachtree andan en estado salvaje veinticuatro horas al día.

Mencionó a una mujer llamada Beth diciendo:

—Cuando la hicieron a ella rompieron el molde y cerraron la fabrica, ¿sabes a qué me refiero?

Asentí con la cabeza sin tener la menor idea de qué me estaba contando.

—No era una gran cocinera, pero oye, supongo que para eso se han inventado las sopas de sobre. —Se rió de su pequeño chiste y repitió la frase de las sopas de sobre como si fuera a usarla más tarde en un número cómico—. Dios inventó las sopas de sobre, sí, es bueno. —Me explicó que en honor de esa mujer bautizó a su guitarra con el nombre de Beth—. ¡Ahora no puedo quitarle las manos de encima! —dijo—. Hablando en serio, ayuda darle un nombre al instrumento. ¿Cómo te gustaría llamar a la tuya?

—Quizá podría llamarla Oliver —dije. Era el nombre de mi hámster y estaba acostumbrado a pronunciarlo.

Pues bien, quizá no.

—¿Oliver? —El señor Mancini dejó la guitarra en el suelo—. ¿Oliver? ¿Qué Coño de nombre es ese? Si vas a dedicarte a la guitarra debes ponerle nombre de mujer, no de hombre.

—Ah, ya —dije—. Pues Joan, la llamaré… Joan.

—Bien, háblame de esa Joan —dijo él—. ¿Se trata de alguien muy especial?

Joan era el nombre de una prima mía, pero me pareció poco inteligente airear la información.

—Oh, sí —dije—. Joan es fantástica… de verdad. Es alta y… —Me arrepentí enseguida de haber usado la palabra «alta» y me esforcé por retirarla—. Es pequeña y tiene el pelo castaño y todo.

—¿Tiene buenas tetas?

Yo nunca me había fijado en los pechos de mi prima. De hecho hacía poco que había caído en la cuenta de que nunca me había

fijado en los pechos de nadie, a excepción de los de la casera, que eran lo bastante grandes como para entrar en la categoría de monstruosos.

—¿Tetas? Sí, claro. Está muy dotada.

Temía que el interrogatorio fuera a seguir en busca de una descripción más detallada y suspiré aliviado cuando cruzó la sala y sacó a Beth de su funda. Me dijo que un estudiante de guitarra necesitaba mucha disciplina. El talento era genial, pero el tiempo le había enseñado que también era muy poco frecuente.

—Yo lo poseo —afirmó—. Pero, una vez más, nací con él. Es un don divino, y convierte a todos los que lo poseemos en seres especiales.

Parecía saber que yo no era nada especial, solo del montón, otro chico cuyo padre tenía la cabeza en las nubes.

—¿Sientes algo especial por la guitarra? ¿Tienes la menor idea de lo que esta muñequita es capaz de hacer? —Sin aguardar respuesta, se encaramó a la silla y comenzó a tocar «Light My Fire», añadiendo:

—Esta se la dedicamos a Joan.

»*You know that I would be untrue* —cantó—. *You know that I would be a liar*.

La versión de la canción que se oía esos días era la interpretada por José Feliciano, un cantante ciego cuya voz rasgada armonizaba mejor con la letra que la de Jim Morrison, quien la cantaba en lo que yo consideraba un tono mandón y engreído. Estaba la versión de José Feliciano, estaba la de Jim Morrison, y luego estaba la del señor Mancini, que tocaba maravillosamente pero cantaba el tema como si fuera un *boy scout* pidiendo una cerilla[1]. Terminó su primer número, asintió con la cabeza en reconocimiento de mi aplauso, y siguió adelante, ofreciéndome sus versiones únicas y angustiosas de «La chica de Ipanema» y «Little Green Apples» mientras yo permanecía atrapado en mi silla, con una sonrisa falsa tan tiesa en la boca que acabé perdiendo toda la sensibilidad en la parte inferior de la cara.

Las uñas me habían crecido unos buenos cinco centímetros

cuando dio la nota final y me ordenó que hiciera unos acordes simples. Antes de que me fuera me dio media docena de folletos de color púrpura mimeografiados, aunque ambos sabíamos que eran inútiles.

De regreso a casa mi madre tenía la cena calentándose en el horno. Del comedor salía el susurro desganado procedente de la flauta de Lisa. No sonaba muy distinto al viento silbando a través de una lata vacía de Pepsi. En el sótano, Gretchen practicaba con el piano o el gato perseguía un ratón por las teclas. Mi madre reaccionó subiendo el volumen del televisor de la cocina mientras mi padre me apartaba el plato, colocaba a Joan en mi regazo y me pedía una demostración.

—Escucha esto —graznó—. ¡Una casa llena de música! Tío, esto es hermoso.

La verdad es que no podíamos acusarle de desmotivarnos. Su entusiasmo bordeaba la manía, y aun así no conseguía inspirarnos lo más mínimo. Durante las sesiones prácticas mis hermanas y yo comíamos patatas fritas, mirando de reojo a nuestros odiados instrumentos y especulando sobre las vidas de los profesores de música. Todos eran peculiares en uno u otro sentido, pero con un enano yo me había adjudicado sin discusión el premio al profe más raro. Me pregunté dónde viviría el señor Mancini y a quién llamaría en caso de apuro. ¿Se subía a una silla para afeitarse o tenía el hogar adaptado a sus necesidades? Miraría en el cubo de la ropa sucia o en la nevera de playa, pensando que, si se diera el caso, el señor Mancini podría esconderse prácticamente en cualquier sitio.

Aunque pensaba en él a todas horas, cualquier excusa era buena para olvidarme de la guitarra.

—He estado haciendo lo que me dijo —decía yo al inicio de cada clase—, pero es que no me sale. Quizá tengo los dedos demasiado cor… quiero decir peque… Bueno igual es que me falta coordinación.

Entonces él sentaba a Joan en mi regazo, cogía a Beth y me ordenaba que le siguiera.

—Tienes que creer que estás tocando a una mujer de verdad.

Agárrala por el cuello y hazla jadear.

El señor Mancini poseía un talento singular para hacerme sentir incómodo. Me obligaba a plantearme cosas en las que prefería no pensar: el sexo de mi guitarra, por ejemplo. Si quisiera ponerle las manos encima a una mujer, ¿eso significaría que automáticamente sabría tocar? El profesor de Gretchen nunca le decía que pensara en el piano como si fuera un cinco. Ni tampoco la profesora de flauta de Lisa, aunque en ese caso la analogía era bastante obvia. Asumiendo que lo que contaba era el deseo sexual, yo no me apuntaba al instrumento de Lisa por miedo a ser considerado un niño prodigio. La mejor solución era convertirme en cantante y dejar que tocaran los otros. Un estilista de canciones, eso quería ser yo.

Una tarde estaba en el centro comercial con mi madre cuando avisté al señor Mancini pidiendo una hamburguesa en el Scotty's Chuck Wagon, un restaurante de comida rápida situado a pocas puertas de la tienda de música. Él a veces mencionaba que solía comer con una de las dependientas de la joyería Jolly's, «una tía de armas tomar», pero ese día estaba solo. El señor Mancini tenía que ponerse de puntillas para pedir la hamburguesa, e incluso así la cabeza no le llegaba al mostrador. Los adultos, educados, apartaban la mirada, pero sus hijos eran decididamente mucho más expresivos. Un bebé se acercó con las piernas arqueadas e intentó abrazar a mi profesor con los dedos pringados de *ketchup* ante la hilaridad de todo un grupo de estudiantes de la escuela elemental. Peor aún era el grupo de adolescentes, chicos de mi edad, que estaba sentado a una gran mesa.

—Vuélvete a Oz, champiñón —dijo uno de ellos, y sus amigos temblaban de la risa.

Bandeja en mano, el señor Mancini tomó asiento y fingió no darse cuenta. Los chicos no gritaban, pero cualquiera comprendía que se estaban riendo de él.

—La verdad, madre —dije—, ¿tienen que ser así de crueles?

Por debajo de mi indignación moral subyacía un fuerte sentido de la posesión, una profunda rabia al ver cómo otras personas

clavaban sus garras en mi enano personal. ¿Qué sabían ellos de ese hombre? Era yo quien le encendía los cigarrillos y escuchaba cómo denunciaba la injusticia del triunfo de caras bonitas como Glen Campbell y Bobby Goldsboro. Era yo quien había sufrido seis semanas de lecciones y aún me las veía y me las deseaba para tocar «Yellow Bird». Si alguien tenía que hacerle pasar un mal rato, se diría que era yo quien tenía más números.

Siempre había pensado en el señor Mancini como en un pinchazo, un *playboy* de bolsillo, pero al verle devorar la hamburguesa acompañada de una triste mayonesa, amplié las miras y llegué a considerarle un diminuto marginal, un desgraciado a quien su actitud de lo-tomas-o-lo-dejas había dejado solo. Esta era la persona con la que yo jugaba: un descastado, un rebelde. Se me ocurrió que, con la excepción de la guitarra, él y yo teníamos ciertas cosas en común. Ambos éramos hombres atrapados en un cuerpo de chico. Ambos teníamos nuestro propio talento y ambos odiábamos a los varones de doce años, el grupo demográfico abanderado de la crueldad. Considerando todo esto, no había razón para que me dirigiera a él como profesor en lugar de como hermano artístico. Quizá podríamos olvidarnos de la falsa Joan y ponernos al tajo. Si las cosas salían como yo esperaba, algún día mencionaría en mis entrevistas que mi acompañante era a la vez mi mejor amigo y un enano.

Fui con corbata a la clase siguiente y esta vez cuando me preguntó si había practicado, contesté la verdad, diciendo sin cortarme que no, no había puesto ni un dedo en la guitarra desde nuestro último encuentro. Le dije que Joan era el nombre de mi prima y que no tenía ni idea del tamaño de sus tetas.

—Está bien —dijo el señor Mancini—. Puedes llamar a tu guitarra como quieras, con la condición de que practiques.

Con la voz temblorosa le dije que no tenía el menor interés en aprender a tocar la guitarra. Lo que yo quería de verdad era cantar con la voz de Billie Holiday.

—Principalmente anuncios, pero no de bancos ni de concesionarios de coches porque suelen ser arreglos corales.

El color huyó de la cara de mi profesor.

Le dije que había estado ensayando un número y que podía llevar acompañamiento. ¿Conocía el jingle de la nueva campaña de Sara Lee?

—¿Qué quieres que haga? —No estaba enfadado, solo confundido.

Yo estaba seguro de que mentía cuando dijo que no conocía la tonada. Chicle de menta, crackers de arroz, las bandas sonoras del Alka-Seltzer y de los electrodomésticos Kenmore: proclamó ignorarlas todas. Yo sabía que era de maricas cantar delante de alguien, pero la esperanza de que reconociera lo que yo consideraba un gran talento, el único número musical que era capaz de sacar de mí, pudo más que la vergüenza. Empecé con una versión *a cappella* del último anuncio de Oscar Mayer, con la esperanza de que se uniera a mí llevado por el espíritu del tema. No prometía mucho, lo sabía, pero si quería alcanzar el máximo efecto tenía que olvidarme de su presencia y cantar tal y como lo hacía en casa, encerrado en mi habitación: los ojos cerrados y las manos flotando como guantes vacíos e inanes.

Canté que mi salchicha tenía un nombre de pila.

Añadí que mi salchicha tenía un apellido.

Y concluí:

Cómo me gusta comerla cada día.
Y si me preguntas por qué, te diré que
Oooscarrrr Mayerrrr sí que sabe hacer salchichas.

Llegué al final de la melodía pensando que quizá aprovechara este momento para aplaudirme y tal vez hasta para disculparse por haberme subestimado. Una débil sonrisa habría sido una buena respuesta. Pero en su lugar levantó las manos como si quisiera detener un coche sin frenos.

—¡Eh, chico! —dijo—. Déjalo. Esos juegos no me van.

¿Juego? ¿Qué juego? Yo creía que era original.

—Había muchos excéntricos como tú allá en Atlanta, pero lo que es yo, no soplo por ese lado… ¿Me entiendes? Esto será cosa tuya y definitivamente déjame al margen. —Alcanzó la concha marina y apagó el cigarrillo—. Y ahora, por el amor de Dios, chico, repórtate.

Entonces supe por qué nunca había cantado delante de nadie y por qué nunca debí hacerlo delante del señor Mancini. Había usado el término excéntrico, pero yo sabía a lo que se refería. Se refería a que yo debería haber llamado Doug o Brian a mi guitarra, o, mejor aún, haberme dedicado a la flauta. Quería decir que si nuestros deseos nos definen, me aguardaba una vida entera llena de problemas.

Lo que quedaba de la hora se pasó a trancas y barrancas, mirando el reloj mientras ambos fingíamos tocar la guitarra.

Mi padre se enfadó cuando le dije que no pensaba volver a esas clases.

—Me dijo que no volviera. Que no tenía dedos para eso.

Al ver que en mi caso funcionaba mis hermanas se inventaron cuentos similares y un día anunciamos la disolución oficial del Trío Sedaris. Nuestro padre se ofreció a buscarnos mejores maestros, añadiendo que si no nos gustaban los instrumentos podíamos cambiarlos por otros más adecuados.

—¿La trompeta, el saxofón… o, qué me decís del vibráfono? —Fue a por un álbum de Lionel Hampton mientras decía—: Quiero que os sentéis y os dediquéis a escucharlo. Solo un fragmento y me decís si no es algo celestial.

Hubo un momento en que pude escuchar ese disco e imaginarme a mí mismo en el debut de un lujoso club neoyorquino, pero eso es para lo que sirven las fantasías: te permiten esquivar la degradación y te llevan derecho a la cumbre. Yo había hecho mi solo, y ahora avanzaría en la búsqueda de nuevos e igualmente infructuosos modos de llamar la atención. Lo intentaría con todas las formas de arte y con cada desengaño me vendría a la mente la imagen del señor Mancini con la concha en la mano, diciéndome: «Por el amor de Dios, chico, repórtate».

Le dijimos a nuestro padre que no, que no se molestara en hacernos oír más discos, pero él siguió insistiendo.

—Os digo que este álbum va a cambiar vuestras vidas, y si no lo hace os daré un billete de cinco dólares a cada uno. ¿Qué me decís?

Era jugar sucio: cinco dólares a cambio de escuchar un disco de Lionel Hampton. La oferta era tentadora, pero aun suponiendo que nos hubiera dado el dinero, estaba claro que escondía algo. Mis hermanas y yo nos miramos, y luego abandonamos la habitación, haciendo caso omiso a su grito de: «Eh, ¿adónde vais? Volved aquí y escuchad esto».

Nos unimos a nuestra madre, sentada frente al televisor, y nunca miramos atrás. Una vida en el mundo de la música era su gran pasión, no la nuestra, y las clases nos habían enseñado que sin pasión lo máximo que uno puede esperar era un bolo ocasional en alguna boda *hippy* donde, si estabas de suerte, los invitados estaban demasiado emporrados para advertir lo malo que eras. Esa noche, como tenía por costumbre, nuestro padre se quedó dormido delante del aparato de música, el disco trazando absurdas y silenciosas vueltas mientras él, tumbado sobre los cojines del sofá, dejaba volar la imaginación.

INGENIERÍA GENÉTICA

Siempre he tenido la sensación de que, bajo las circunstancias adecuadas, mi padre es el tipo de hombre que podría haber inventado el horno microondas o el transistor. Nunca acudirías a él en busca de consejo por un problema personal, pero siempre era el primero a quien llamabas cuando se rompía el lavaplatos o alguien arrojaba un peine en el desagüe de la taza del váter. De niños depositábamos una gran fe en su capacidad, pero al mismo tiempo aprendimos a mantenernos alejados mientras estaba trabajando. La experiencia de mirar quedaba arruinada, una vez tras otra, por una interminable explicación de cómo se arreglaban las cosas. Ante cualquier pregunta emocionante, la ciencia tendía a dar la respuesta más insípida posible. Quizá el aire estuviera cargado de iones, pero la verdad es que era poco lo que estos hacían para cargar la imaginación, al menos la mía. Hasta el día de hoy, prefiero creer que en el interior de cada televisor vive una comunidad de actores versátiles del tamaño de un pulgar entrenados para representar todo tipo de personajes, desde el reflexivo locutor de noticias a la esposa de un millonario abandonada en una isla desierta; que gnomos caprichosos controlan el tiempo y que el aire acondicionado funciona gracias al esfuerzo conjunto de un grupo de ardillas con las colas envueltas en cubitos de hielo.

En una ocasión, revolviendo en la caja de herramientas, di con un póster que anunciaba un ordenador IBM del tamaño de una nevera. Sentado ante el tablero de control estaba mi padre, el ingeniero, con unos años menos, examinando un objeto que no era

mayor que la cuenta de la verdulería. Cuando le pregunté qué era eso, mi padre me explicó que había colaborado con un equipo en el diseño de un chip de memoria capaz de almacenar el equivalente a quince páginas de información. El invento iba a barrer de la faz de la tierra tanto el lápiz como el cuaderno, y me tuvo atrapado durante horas respondiendo a todas las preguntas menos a la que yo había formulado: «¿Te dejaron usar maquillaje y posar en varias posturas, o tomaron la foto en una sola vez?».

Para mí, el gran misterio de la ciencia sigue siendo cómo un padre pudo engendrar seis hijos que no compartían ninguno de sus intereses. Nosotros expresábamos gran entusiasmo por las aficiones de mi madre, desde fumar a hacer la siesta, sin olvidar los libros de Sidney Sheldon. (Pregúntale a mi madre cómo funciona la radio y su respuesta es simple: «Dale al botón y no te olvides de sacar la maldita antena»). Una vez fui a visitar la oficina de mi padre y salí de ella reconfortado al descubrir que allí al menos tenía a alguien con quien hablar. Fuimos mi hermana Amy y yo con el fin de zanjar una apuesta. Ella creía que la secretaria de mi padre tenía una barbilla protuberante y afilada, y cabellos largos y rubios, mientras que yo me la imaginaba con un aspecto parecido al de una tortuga: sin mentón, con la nariz picuda y el cuello largo y hundido. La respuesta resultó ser un intermedio entre ambas. Yo acerté en el cuello y la nariz, pero Amy tenía razón en la barbilla y el color del pelo. La apuesta había sido el único motivo de la visita, y el insufrible *tour* que tuvimos que soportar yendo del edificio A hasta el D nos enseñó a no volver a expresar interés alguno por el lugar de trabajo de mi padre.

Mi propia curiosidad científica acabó floreciendo, pero entonces ya sabía lo bastante como para mantener en secreto mis extraños experimentos. Cuando mi padre descubrió la colonia de babosas heladas que guardaba en el congelador del sótano, preferí no explicarle mis complejas teorías sobre la animación suspendida. ¿Por qué llenaba el bebedero del hámster con vodka? «Oh, por nada». Si el experimento fallaba, y el hámster borracho pasaba a mejor vida, me limitaría a bajarlo al congelador y ponerlo al lado de las babosas.

Yacería sobre el hielo durante meses y, una vez descongelado y completamente resucitado, no recordaría nada de su pasado alcohólico. También me daba por reparar el tocadiscos y quedaba ingenuamente alucinado por un tiempo no superior a diez minutos… hasta que saltaba la banda de goma o el brazo se desmontaba y el aparato volvía a estropearse.

Durante la primera semana de septiembre mi familia solía alquilar una casa en la playa en Ocean Isle, un estrecho pedazo de tierra situado en la costa de Carolina del Norte. Como todos los chavales, nos divertíamos participando en las actividades costeras habituales, hasta que mi padre decidió involucrarse en ellas y gradualmente acabó con el placer que extraíamos de ellas. El minigolf se acabó tras una prolongada disertación sobre el impacto, la trayectoria y la velocidad del viento, y nuestros castillos de arena fueron criticados con eruditas conferencias sobre la dinámica del techo abovedado. Nos gustaba nadar, hasta que el misterio de las mareas nos fue explicado de tal modo que el océano quedó reducido a poco más de un enorme retrete salvaje y salado, que se tiraba a sí mismo de la cadena siguiendo una rutina triste y predecible.

Para cuando alcanzamos la adolescencia, ya estábamos exhaustos. Habiendo perdido todo el interés por el agua nos unimos a nuestra madre en la toalla de la playa y nos dedicamos al elevado arte del bronceado. Bajo su guía aprendimos qué cremas eran las adecuadas al principio y cuáles funcionaban mejor para las variadas condiciones atmosféricas y las horas del día. Nos enseñó que la combinación de falsa confianza y Hawaiian Tropic podía dar como resultado un doloroso y poco atractivo tono rojo, que restaba un montón de puntos para el concurso anual de *Miss* Belleza Bronceada que se celebraba el último día de vacaciones. Se trataba de un certamen juzgado por nuestra madre en el que aquel que hubiera conseguido un bronceado más intenso recibía como trofeo una corona, un manto y un cetro.

Desde un punto de vista técnico el premio podía recaer igual en un varón que en una mujer, pero el manto llevaba la inscripción *Miss* Bronceado porque todos dábamos por sentado que mi hermana

Gretchen se alzaría un año más con el galardón. Para ella, el bronceado había dejado de ser una afición obsesiva para convertirse en algo más parecido a una disfunción psicológica. Era lo que llamábamos bronceadicta: alguien que simplemente nunca tenía bastante. Año tras año llegaba a la playa con un tono de piel que los demás solo podíamos soñar con alcanzar como meta final. Con una mezcla de admiración y envidia la observábamos inmóvil en su esterilla de playa. Tenía bronceado el espacio que separaba los dedos de los pies, así como las palmas de las manos y el reverso de las orejas. Su método incluía el aceite de bebé y una serie de posturas que tendían a congregar multitudes, las madres cubriendo los ojos de sus retoños con dedos rebozados en arena.

Me resulta difícil mantenerme sentado durante más de veinte minutos seguidos, así que solía interrumpir mis sesiones de bronceado con paseos hasta el muelle. En uno de esos paseos me encontré a mi padre no muy lejos de un grupo de pescadores que estaban deshaciendo nudos en una red del tamaño de una carpa de circo. Una vida entera de trabajo bajo el sol de la costa les había dejado con lo que mis hermanas y yo habíamos dado en llamar el Síndrome Samsonite: el envidiable tono de su piel quedaba apagado por una textura dura y rasposa que recordaba a la de la maleta donde mi madre guardaba todas nuestras fotos de pequeños. Los hombres bebían de botellas de cuarto de Mountain Dew cada vez que hacían una pausa en el trabajo para observar a mi padre, que seguía al borde del agua, contemplando la orilla con un palo en la mano.

Intenté escabullirme sin ser visto, pero él me detuvo diciendo en voz alta que yo era justo la persona que estaba buscando.

—¿Tienes idea de cuántos granos de arena hay en el mundo? —preguntó.

Era una cuestión que nunca se me había ocurrido. A diferencia de adivinar el número de huevos duros que cabía en un tarro o la cantidad de cerebros humanos que son necesarios para igualar el peso de un televisor portátil, esta ecuación tenía pinta de incorporar el odioso número imaginario, un término que había oído antes en un par de ocasiones. Se trataba de la idea de un número y era, por

tanto, algo totalmente inútil.

Una vez, en el colegio, alguien dijo que si un solo pájaro tuviera que transportar toda la arena, grano a grano, de la costa este a la costa oeste de África, tardaría… No llegué a pillar el número de años, prefiriendo concentrarme en el pobre pájaro solitario escogido para llevar a cabo tan desagradecida tarea. Me pareció poco justo, porque, a diferencia de un caballo o un perro sabueso, la única gracia de ser pájaro es que nadie te ponga nunca a trabajar. Los pájaros recogen ramitas y construyen nidos, pero el resto del tiempo les queda libre para dedicarlo a lo que les venga en gana. Me imaginé al pájaro mirando hacia abajo desde las ramas y diciendo: «¿Que queréis que haga qué?», antes de salir volando, riéndose de la estúpida ocurrencia que ahora podría contar a sus amigos. ¿Cuántos granos de arena habrá en el mundo? Muchos. Caso cerrado.

Mi padre cogió el palo y comenzó a escribir una ecuación en la arena. Como todas, esta estaba llena de equis e íes griegas apoyadas unas sobre otras cual diminutas literas. Las letras eran multiplicadas por símbolos, agrupadas en el interior de paréntesis, y coronadas por números enanos dibujados en extraños ángulos. La ecuación creció de dos a tres metros de largo hasta llegar a una segunda línea, momento en que los pescadores empezaron a mostrar interés. Les vi dejar de fijar su atención en la red y admiré el modo en que podían fumar cigarrillos enteros sin sacárselos nunca de la boca, una habilidad que mi madre dominaba y que yo sigo sin conseguir.

Incluye una relación simbiótica con el viento: debes saber exactamente cuándo girar la cabeza para que el humo no te entre en los ojos.

Uno de los hombres preguntó a mi padre si era un contable del fisco, a lo que él respondió: «No, soy ingeniero». Se trataba de hombres pobres que ya no podían permitirse vivir junto al océano, que habían vendido tiempo atrás sus casas de una planta por el valioso terreno que había debajo. Casas que habían sido derribadas para construir carísimos hoteles y chalets con acabados de lujo que ahora se alquilaban en temporada alta a mil dólares la semana.

—Deje que le pregunte algo —dijo uno de los hombres

escupiendo la colilla del cigarrillo por los aires—. Si en 1962 me dieron doce mil dólares por medio acre en primera línea, ¿cuál sería su valor por grano de arena según los estándares actuales?

—Amigo mío, la suya es una pregunta francamente interesante —dijo mi padre.

Se desplazó varios metros y comenzó una nueva ecuación, cautivando a la audiencia con una larga explicación de cada nuevo y complejo símbolo.

—Cuando habla de porción —preguntó uno de ellos—, ¿se refiere a una porción de verdad, o a una de esas formas de porción que a veces ponen en las noticias para mostrar qué parte de nuestro dinero va a parar a los impuestos?

Mi padre respondió a sus preguntas con todo lujo de detalles y ellos le escucharon hechizados: ese grupo de hombres con redes que echaban el humo al viento. Boquiabiertos y sin dientes seguían cada una de sus palabras mientras yo, tumbado en el malecón, pensaba en el inminente concurso y me preguntaba si la luz que se reflejaba en el agua conseguiría broncearme la parte de abajo de la nariz y la barbilla.

DOCE MOMENTOS EN LA VIDA DEL ARTISTA

Uno: Desde muy temprana edad mi hermana Gretchen demostró un notable talento para el dibujo y la pintura. Sus acuarelas con champiñones moteados y niñas con sombrero colgaban con orgullo de las paredes de casa, y su habilidad era apoyada con clases particulares y excursiones veraniegas al campo para esbozar paisajes. Nacida con lo que mi madre definía como «temperamento artístico», Gretchen flotaba de flor en flor en una nube de felicidad. Tal era su estado de abstracción mientras contemplaba el cielo que solía tropezar con troncos y ponerse a tiro de bicicletas a toda velocidad. Cuando le escayolaban los brazos o las piernas, personalizaba el yeso con margaritas y nubecillas fosforescentes. Físicamente llevaba más remiendos que la primera bandera, pero mentalmente nada parecía alterarla. Podías contarle lo que quisieras con total confianza, ya que cinco minutos más tarde lo único que recordaría sería el juego de sombras reflejado en tu rostro. Era como tener a un estudiante extranjero de intercambio instalado en casa. Nada de lo que decíamos o hacíamos tenía sentido para ella, que parecía seguir las reglas y costumbres de alguna nación exótica y lejana donde los ciudadanos perforaban el suelo en busca de aceite para pintar y recogían lapiceros de colores de árboles enanos. Sin copiar a nadie, ella inventó su propia y peculiar personalidad, algo que yo envidiaba aún más que su habilidad artística.

Cuando el talento de Gretchen fue reconocido en el colegio, tanto mi padre como mi madre quisieron atribuirse el mérito. De

niña mi madre había tenido tendencia a dibujar y a hacer figuras con barro, y aún conseguía divertirnos con sus rápidos esbozos del pájaro loco. Para probar que el suyo era un talento latente, mi padre se compró una caja de pinturas aerificas y montó el caballete delante de la tele del sótano, reproduciendo copias exactas de cafés franceses y monjes españoles encorvados bajo la joroba de sus hábitos. Pintó las calles de Nueva York y autocares perdiéndose en fieros horizontes crepusculares, y después, una vez que hubo llenado los muros del sótano con el fruto de sus esfuerzos, dejó de pintar tan misteriosamente como había empezado. Yo pensé que si mi padre podía ser artista, es que estaba al alcance de cualquiera. Recuperando su paleta y sus pinceles me retiré a mi habitación, donde, a la edad de catorce años, emprendí lo que sería una larga y desgraciada peregrinación por el mundo del arte.

Dos: Cuando pintar se reveló como una tarea demasiado difícil, pasé a trazar viñetas de cómic en papel cebolla, diciéndome que yo podría haber inventado a Superman si hubiera nacido unos años antes. Lo principal era mantener la concentración y adoptar objetivos realistas. A diferencia de mi padre, que hacía cuadros como churros, yo tenía ideas propias sobre lo que era la vida artística. Sentado a la mesa, la gorra tiesa como el extremo de una bellota, me proyecté en el mundo representado en los libros de arte que tomaba prestados de la biblioteca pública. Hojeando las páginas llenas de cuadros admiraba las imágenes de artistas sentados en sus buhardillas, vestidos con batas manchadas y con la vista posada en obesas modelos desnudas. Pasar la vida en compañía de hombres desnudos: la ilusión de mi vida. «Gírate un poco más a la derecha, Jean Claude. Me muero por capturar la juguetona textura de tus nalgas».

Imaginaba a melindrosos galeristas llamando a mi puerta y rogándome que montara otra exposición en el Louvre o en el Metropolitan. Tras una comida regada con vino blanco y costillas del tamaño de una lengua, nos retiraríamos a la sala de fumadores y hablaríamos de dinero. Yo podría apreciar con claridad el resultado

de mi labor: los largos pañuelos de satén y las portadas de las revistas se aparecían ante mí con absoluta nitidez. Lo que no podía ni empezar a imaginar era la propia obra de arte. El único fallo en el plan era que yo parecía carecer totalmente de talento. Algo que se reveló de forma contundente cuando me inscribí en las clases de arte en el instituto. Cuando se me pidió que dibujara un cuenco con uvas, yo me presenté con lo que recordaba más a una pila de piedras acumuladas sobre un neumático blanco. Los cuadros de mi hermana colgaban en los puntos más visibles del aula y el profesor siempre le pedía opinión cuando discutía temas como perspectiva o color. Aunque exponía en toda la ciudad y en los alrededores, Gretchen nunca mencionó los lazos azules adheridos a sus obras. De haber sido una fanfarrona me habría resultado mucho más fácil odiarla. Así, me veía obligado a bregar tanto con mi incapacidad como con unos celos incontrolables. No quería matarla, pero esperaba que alguien lo hiciera por mí.

Tres: Ya lejos de casa y de las inevitables comparaciones con Gretchen, me inscribí como aprendiz en un centro conocido principalmente por sus programas agropecuarios. La noche anterior a mi primera clase de dibujo en vivo la pasé despierto, preocupado por la posibilidad de que me excitara físicamente ante los modelos desnudos. Ahí estaría el modelo, seguramente un licenciado agropecuario, luciendo su bronceado y musculoso cuerpo ante una audiencia compuesta por estudiantes que, con la excepción de un servidor, lo vería únicamente como un armazón de piel y huesos. ¿El profesor percibiría mis ojos saliéndose de las órbitas o haría algún comentario sobre el hilo de saliva que me colgaba de la boca como un sedal de pescar? ¿Conseguiría evadir la dificultad de manos y pies y solo concentrarme en las partes que me interesaban, o me obligarían a dibujar la figura entera?

Mis temores se revelaron genuinos aunque fuera de lugar. Sí, el modelo era fuerte y masculino, pero también era una mujer. Mirarla fijamente nunca fue un problema… Bastante trabajo tenía

intentando copiar los dibujos de mi vecino. El profesor iba pasando de caballete en caballete y yo controlaba su avance con creciente horror. Quizá no conocía a mi hermana, pero existía aún un buen número de estudiantes con talento con quien compararme.

Frustrado con el dibujo, cambié al departamento de grabados, donde invertí grandes cantidades de tinta. Tras probar suerte con la escultura me pasé a la cerámica. Cuando llegaba el momento de la valoración crítica, el profesor levantaba mi último proyecto de la mesa y yo veía cómo se le tensaban los músculos del brazo a causa del peso. Con sus bases toscas y gruesas, mis tazas debían pesar alrededor de quince kilos. El color recordaba al fango sucio y el contorno era áspero y poco apetecible. Regalé a mi madre un juego por Navidad, y ella las aceptó con la mejor cara que pudo, anunciando que serían perfectas para la comida del gato. Las tazas acabaron en el suelo de la cocina, donde se quedaron hasta que el gato se partió un diente y se declaró en huelga de hambre.

Cuatro: Cambié de centro, y con ello el humillante proceso comenzó de nuevo. Tras pasar de la litografía a la arcilla, dejé de asistir a clase, optando por concentrarme en lo que mi compañero de cuarto y yo habíamos dado en llamar «Programa de estudios Bong». Unas nuevas gafas de búho redujeron mis ojos enrojecidos a dos alfileres, mientras yo me reunía con toda una tribu de cineastas perezosos que hablaban mucho pero acababan gastando el presupuesto de la producción en gomosas piedras de hachís. En su compañía asistí a proyecciones de películas granulosas en blanco y negro, en las que hombres con jersey de cuello cisne caminaban lentamente por playas rocosas y maldecían a las gaviotas por su habilidad de volar. La cámara pasaba entonces a un campo de cuervos hambrientos y luego a una mujer de rostro pecoso sentada al sol concentrada en la observación de sus nudillos. Mi máxima aspiración era permanecer despierto hasta que acabara la película y salir de la sala siguiendo los pasos de los acomodadores melancólicos que guardaban un notable parecido con los pálidos intelectuales de pacotilla que habían

poblado la pantalla. El arte verdadero procedía de la desesperación, y lo más importante era hacerte a ti y a quienes te rodeaban lo más desgraciados posible. Quizá yo no llegara nunca a esculpir ni a pintar, pero podía ponerme de determinado humor mejor que cualquiera de mis conocidos. Por desgracia, la escuela no tenía ningún programa acreditado de depresión y decidí marcharme, más abatido que nunca.

Cinco: Mi hermana Gretchen se marchaba a la Escuela de Diseño de Rhode Island justo cuando yo volvía a instalarme en Raleigh. Tras unos meses en el sótano de mis padres, alquilé un apartamento cercano a la universidad estatal, donde descubrí a la vez las metanfetaminas y el arte conceptual. Aunque ambas cosas son peligrosas por sí solas, la combinación de las dos podría destruir civilizaciones enteras. En el instante en que tomé mi primera dosis, supe que esa era mi droga. El speed elimina todas las dudas. ¿Soy un tío listo? ¿Gusto a la gente? ¿Me queda bien este pantalón ajustado? Preguntas para bobos inseguros. El aficionado al speed sabe que todo cuanto hace o dice es brillante. Y lo mejor es que, al eliminar la necesidad tanto de comer como de dormir, te quedan veinticuatro horas al día para esparcir por el mundo tu encanto y tu talento.

—Por el amor de Dios —decía mi padre—, son las dos de la madrugada. ¿Se puede saber qué quieres?

Le llamaba porque el resto de mis amigos había adoptado la costumbre de desconectar el teléfono después de las diez.

Eran personas a las que conocía desde el instituto, y me disgustaba ver lo poco que teníamos ahora en común. Seguían con sus charlas sobre retratos de tinta y lápiz y eran incapaces de comprender mi deseo de arrastrar una pesada caja registradora a través de la selva. No es que lo hubiera hecho, pero de entrada me parecía una buena idea. Estas personas estaban ancladas en el pasado, montando chiringuitos en las ferias de arte y creyéndose triunfadores porque habían vendido una réplica en seda de una huella sobre la arena. Era en cierto modo triste. Ahí estaban, la vida

entregada a la lucha por crear arte, mientras que yo, sin el menor esfuerzo, era arte vivo. Mis calcetines enrollados sobre el suelo de *parquet* decían más que cualquiera de sus obras cuidadosamente enmarcadas y con la firma curvada adornando el extremo inferior izquierdo. ¿Acaso no leían revistas? El nuevo tipo de artista no tenía nada que ver con la idea que mi hermana tenía de la belleza. Eran gente que se ganaba la vida montando tiendas de campaña o se acurrucaba en posición fetal frente a nuestros monumentos nacionales. Un chico se había hecho famoso por dejar que un amigo le pegara un tiro en el hombro. Este era el mundo del arte con que yo había soñado, donde el talento divino se consideraba como una injusta desventaja y donde una mirada fría merecía más reconocimiento que la capacidad de reproducir carne humana. Todo a mi alrededor era arte, desde las manchas de la bañera a la maquinilla de afeitar y la pajita corta que usaba para cortar e ingerir las dosis de speed. Volvía al mundo con la cabeza clara y una limpia visión de la verdadera medida de mi talento.

—Te paso con tu madre —decía mi padre—. Se ha tomado unas cuantas copas, así que quizá pueda entender lo que sea que me estás contando.

Seis: Compraba las drogas a una inquieta cajera con ojos de escarabajo, que llevaba el cabello, escaso y prematuramente blanco, rizado de tal modo que no conseguía mirarla sin pensar en un diente de león a finales de la floración. No tenía ningún problema en venderme las drogas, pero escuchar mis ideas y opiniones progresivamente maníacas era demasiado para alguien obligado a verme todos los días.

—Estoy pensando en fragmentarme el cerebro en porciones —le dije una vez—. No me refiero a someterme a una operación quirúrgica, solo me gustaría dividirlo en lotes y extraerlo para que la gente dijera: «Tengo una casa en Raleigh, un chalet en Myrtle Beach, y un pequeño escondrijo en el interior de la cabeza de un visionario».

Su cara de aburrimiento sugería el cuestionable valor de mi verdadero estado mental. El speed acelera el cerebro a su máxima potencia, dejando que la boca funcione como una gaita fulminante e incansable. Yo hablaba hasta que me salía sangre de la lengua, se me descoyuntaba la mandíbula y la garganta se hinchaba en señal de protesta.

Con la esperanza de quitárseme de encima, la camello me presentó a media docena de cerebros hiperactivos que compartían mi afición por las anfetaminas y el amor por la palabra «manifiesto». Por fin había encontrado a mi grupo. El primer encuentro fue tenso, pero rompí el hielo con unas rayas de *crystal* y un comentario sobre la refrescante falta de muebles de nuestro anfitrión. Su salón solo contenía un enorme nido hecho de cabello humano. Al parecer iba dos veces por semana a las peluquerías y barberías de los alrededores a recoger el contenido de sus cubos de basura para luego disponerlo, hebra a hebra, con el mismo esmero que pondría una cigüeña.

—Llevo construyendo este nido unos seis meses —dijo él—. Ven, siéntate.

Otros miembros del grupo conservaban sus fluidos corporales en tarros de comida de bebé o escribían mensajes crípticos en el celofán de los filetes. Sus obras de arte recibían el nombre de «piezas», palabra que acogí con entusiasmo. «Bonita pieza», les decía. En mi afán por agradar halagué accidentalmente una madera de cortar embutido y las bolsas de ropa sucia. Todo podía ser una pieza si lo mirabas con la suficiente atención. Con una buena dosis de *crystal*, el grupo y yo deambulábamos por la autopista admirando los conos de tráfico y los brillantes letreros amarillos que indicaban la velocidad permitida. El mundo del arte era nuestra ostra conceptual, y nos la comíamos cruda.

Inspirado por mis amigos, emprendí la realización de mis propias piezas. Mi primer proyecto fue una serie de verduleros vegetales que fui llenando meticulosamente de basura. La verdad es que, como no comía nada, no había en ellos restos orgánicos que pudieran oler mal, y solo contenían colillas, cajas vacías de aspirinas, bolas de pelo y Kleenex sucios. Dado que se trataba de piezas, anoté

cuidadosamente cada entrada usando una tinta que yo mismo había fabricado con los cuerpos aplastados de pulgas y mosquitos.

2.17: Cuatro uñas cortadas.

3.48: Una pestaña encontrada en el lavabo. Una mosca.

Una vez que hube rellenado los dos primeros verduleros, los llevé al museo de arte para que fueran tenidos en consideración de cara al inminente certamen bianual con jurado. Cuando me llegó la noticia de que mi obra había sido aceptada, llamé a mis amigos para darles la noticia. Idiota de mí. Sus propuestas de prender fuego a la escalera principal o esculpir el busto del gobernador a base de heces humanas habían sido rechazadas de plano. Esto suponía la confirmación oficial de su estatus marginal y me convertía en enemigo de la vanguardia. En el siguiente encuentro se sugirió que el museo había aceptado mi trabajo porque era decorativo y fácil de digerir. Mis amigos habrían podido conseguirlo si se hubieran empeñado, pero a diferencia de mí, algunos tenían integridad.

Se trazaron planes para una exhibición alternativa, y yo acabé asistiendo al museo en compañía de mi madre y mi camello, que por entonces había perdido ya tanto cabello y peso que, bajo el abrigo color tierra, parecía una cebolleta clavada en un palillo. Las dos formaban una gran pareja, apostadas en el bar y proclamando sus desinformadas opiniones en voz alta a cualquiera que estuviera cerca. Había un pequeño conjunto de *jazz* tocando en la esquina y los camareros circulaban con bandejas de gambas y champiñones asados. Observé cómo la multitud se congregaba alrededor de mis verduleros, deseando oír sus comentarios pero sintiendo una profunda necesidad de que mi madre no los viera. En un momento determinado la miré y la pillé colgada del brazo del galerista, con aire de haber bebido, y gritando: «Acabo de encontrarme a una señora en el baño y le he dicho: "Cariño, ¿para qué vas a tirar de la cadena? Llévalo a la sala y seguro que te lo ponen sobre un pedestal"».

Siete: Dije a mis amigos que había odiado cada momento de la

recepción en el museo, y no les mentía. La exposición se mantuvo durante dos meses, y cuando acabó cargué los verduleros hasta un descampado y les prendí fuego como penitencia por mi inmerecido éxito. Había pagado mi locura y, como recompensa, fui invitado a participar en la siguiente pieza del constructor de nidos, esta vez una representación teatral. El guión no tenía desperdicio.

—En la página diecisiete, cuando balo, quieres que bale solo una vez o me suelte de verdad: be, be, beeee —pregunté—. Yo me siento dispuesto a balar sin parar, pero si la Madre/Destructora en este momento se está arrastrando por el canal de nacimiento de alambre de concertina no quiero robar plano, ¿entiendes lo que quiero decir?

Pues sí. Esa era la parte más horrorosa, que alguien me entendía. Se me ocurrió que una pieza teatral era parecida a una obra. Una obra sin historia, diálogo ni personajes distinguibles. Esa clase de obra. Estaba encantado.

Nos buscamos un sitio vacío, y, oh, ¡cómo adoraba la forma en que esas palabras me salían de la boca!

—Hemos encontrado un gran espacio libre para los ensayos —informé a mis otros amigos—. Se trata de un almacén de tabaco abandonado sin agua corriente ni electricidad. ¡Debemos estar a ciento veinte grados como mínimo ahí dentro! Deberíais venir a ver el espectáculo. Hay montones de moscas, y va a ser algo realmente profundo.

Mis padres asistieron al estreno. Se sentaron con las piernas cruzadas en uno de los colchones planos que se habían esparcido como islotes sobre el asqueroso suelo de hormigón. Más tarde, cuando le pregunté a mi madre qué opinaba de la obra, esta contestó, mientras se daba un masaje en las doloridas rodillas: «¿Acaso he hecho algo que merezca un castigo?».

El periódico vespertino encabezó la crítica con el siguiente titular: GRUPO LOCAL PONE MANOS A LA OBRA Y LIMPIA UN VIEJO ALMACÉN. Esto no contribuyó a animar al público potencial, cuya afluencia podía contarse con números de una cifra en la segunda noche de nuestra semana de actuaciones. El boca oreja nos hizo aún más daño, pero nos consolamos culpando a una población tan

atontada por la televisión que se mostraba incapaz de sentarse durante una *performance* de dos horas y media sin quejarse de aburrimiento y calambres en las piernas. Íbamos claramente por delante de nuestro tiempo, pero supusimos que, con la suficiente cantidad de droga, los ciudadanos de Carolina del Norte acabarían poniéndose a nuestro nivel.

()cho: El constructor de nidos anunció sus planes para la siguiente pieza en vivo, y el grupo se escindió. «¿Por qué tiene que tratarse siempre de tu pieza?», preguntamos. Como líder, era su destino recibir el castigo por tener las cualidades que antes admirábamos. Su carisma, su compromiso genuino, incluso el nido… todo resultaba sospechoso. Cuando nos ofreció la oportunidad de crear nuestros propios papeles, el enfado se hizo aún mayor. ¿Quién era él para asignarnos tareas y poner fechas límite? Nos faltaba capacidad para pensar por nosotros mismos y nos dolía tener que admitirlo. Esto condujo a una épica discusión a gritos en la que agotamos los sinónimos para luego volver a empezar desde el principio. «No somos tus marionetas ni tus perritos amaestrados, dispuestos a saltar por el aro. ¿Qué te crees que somos, marionetas? ¿Nos ves pinta de marionetas? No somos ni marionetas ni perritos, y no vamos a saltar a través de ninguno de tus aros, domador de marionetas. Adiestra a un perro. Mete las manos en el culo de una marioneta y hará más o menos lo que quieras que haga, pero nosotros ya no jugamos a ese juego, *herr* Domadorr de Marrionetas. Ya estamos hartos de tus trucos. Búscate a otros».

Yo tenía la esperanza de que el grupo se mantuviera unido para siempre, pero en diez minutos todo estaba listo para sentencia, terminado, y cada uno de nosotros deseoso de emprender el trabajo en solitario. Pasé las siguientes semanas repasando mentalmente la discusión una y otra vez, imaginando a un perrito persiguiendo a una marioneta por el suelo de un almacén abandonado. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido para arrojar por la borda la única oportunidad que tendría jamás?

Estaba en casa, trenzando las cuerdas de la escoba, cuando me llamaron del museo invitándome a participar en su nuevo festival de arte en vivo: «Mes de domingos». Sonaba a trabajo duro, pero tras un par de segundos de tenso silencio decidí aceptar por lo que llamé «razones políticas». Necesitaba el dinero para drogas.

Nueve: Al contemplar las *performances* de mis anteriores colegas, llegué a la idea de que una vez que conseguías reunir los ingredientes adecuados, la pieza salía más o menos sola. El tiburón hinchable conducía de manera natural a la masa pastosa de crema, con la que si se pringaba el suelo con lenta y firme precisión llenabas tus buenos veinte minutos de tiempo. Todo cuanto tenías que hacer era mantener una expresión sorprendida y fija, y cargar con toda una variedad de objetos contradictorios. Era obligación del artista encontrarlos, y de la audiencia descifrar su significado. Si la pieza no funcionaba, era por su culpa, no por la tuya.

Mi búsqueda de objetos adecuados me llevó a una tienda de cosas usadas. Me planté ante el mostrador con un puñado de calcetines con monos y dije a la cajera:

—Son para una pieza en la que estoy trabajando. Se trata de una *performance* encargada por el museo de arte. Soy artista.

—¿De verdad? —La mujer apagó el cigarrillo en un cubo de ceniza—. Mi sobrina también es artista. Ella es quien hizo estos calcetines con monos.

—Sí —contesté—. Pero yo soy un artista de verdad.

La mujer no pareció ofendida, solo confundida.

—Pero mi sobrina vive en Winston-Salem. —Lo dijo como si vivir en Winston-Salem te otorgara automáticamente la categoría de artista—. Es una chica grande y rubia que acaba de tener gemelos. Todo el mundo la llama la dama de los calcetines porque se pasa la vida haciendo esos monos. Es muy guapa… ese corpachón encierra todo el talento del mundo.

Miré a la cara de la mujer, los pelos colgando de la barbilla como alforjas, y la imaginé desnuda, tumbada en un charco de aceite de

cacahuete. Si su inteligencia me permitiera usarla, sería mi pieza viviente. Podría ser lo mejor que le había pasado en la vida, pero la triste verdad era que probablemente fuera demasiado ignorante para apreciarlo. Quizá algún día desarrollaría una pieza completa sobre la estupidez, pero mientras tanto me limité a pagar los calcetines, esnifar unas cuantas rayas de speed y construir un chaleco antibalas con pilas usadas de linterna.

Diez: Fueron pocos los que se presentaron a la *performance* del museo, y yo estuve entre ellos deseando que fueran la mitad de altos que yo. Llevaba tres días sin parar y había tomado tanto speed que casi era capaz de ver los átomos individuales que se empujaban para formar cada silla. «¿Por qué me miran todos? —me preguntaba—. ¿No tienen nada mejor que hacer?». Creí que era un súbito ataque de paranoia, y luego recordé por qué me miraban. Estaba en escena, y el resto era la audiencia, esperando a que yo hiciera algo que tuviera sentido. El espectáculo no había terminado. Acababa de empezar. Me recordé que ese era mi momento. Lo único que tenía que hacer era abrir la caja de objetos y el resto de la pieza saldría solo.

«Ahora cortaré la piña —pensé—. Después rasgaré los calcetines de monos y echaré los pedazos en esta bota alta de goma. Sí, eso está bien. Nadie vierte los pedazos como tú, amigo mío. Luego me cortaré un mechón de pelo con las tijeras de podar, me colocaré los tapones en los ojos, y ya casi estará».

Me moví en dirección a la audiencia y me arrodillé en el pasillo, con las tijeras cerca de la cabeza, cuando oí que alguien decía:

—Corte solo un poco de los lados y de la nuca.

Era mi padre, dirigiéndose en voz alta a la mujer que tenía sentada a su lado.

—¡Eh, chico! —gritó—. ¿Cuánto cobras por un afeitado?

El público comenzó a reírse y a divertirse.

—Quizá debería abrir una barbería, porque lo que es en el mundo del espectáculo no tiene mucho futuro.

Era él otra vez, y de nuevo la audiencia se rió. Yo sacaba espuma por la boca, mientras ponía todo mi empeño en concentrarme y dejar a un lado lo que pensaba: «¿Acaso no ve el Botticelli que cuelga detrás de mí? ¿No tiene ni idea de cómo comportarse en un museo? Es mi trabajo, maldita sea. Es lo que hago, y ahí está él tratándome como si todo fuera una broma. Eres hombre muerto, Lou Sedaris, y me ocuparé de ello personalmente».

Inmediatamente después de la *performance* una pequeña multitud se congregó alrededor de mi padre, felicitándole por su manejo de la ironía y el tiempo de intervención.

—Incluir a tu padre ha sido una idea excelente —dijo el administrador del museo al darme el cheque—. La pieza comenzó a volar de verdad cuando te relajaste y comenzaste a reírte de ti mismo.

Mi padre no solo me pidió parte del dinero, sino que empezó a llamarme con sugerencias para futuras piezas.

—¿Qué te parece si simbolizaras el desprecio del hombre hacia el hombre prendiendo fuego a un montón de soldados de plástico?

Le dije que era la idea más cursi que había oído en mi vida y le pedí que dejara de llamarme con esas propuestas huecas.

—¡Soy un artista! —grité—. Soy yo quien tiene ideas. Yo, no tú. No es ningún juego, es un trabajo serio, y antes me pegaría un tiro que escuchar una más de tus putas sugerencias.

Se produjo una pausa breve hasta que dijo:

—El fragmento de la pistola puede funcionar. Deja que piense en ello y te vuelvo a llamar.

Once: Mi carrera en las *performances* acabó efectivamente el día en que mi camello se trasladó a Georgia para ingresar en un centro de desintoxicación. Desde la del museo había hecho otra pieza en una galería y tenía una tercera apalabrada en la universidad estatal.

—¿Cómo puedes hacerme esto? —le pregunté—. No puedes irte ahora. Piensa en todo el dinero que he invertido en ti. ¿No merezco al menos una semana de aviso? ¿Y para qué necesitas un centro de

desintoxicación? La gente como tú es como es. ¿Qué te hace pensar que necesitas cambiar? Solo redúcelo un poco y todo irá bien. Por favor, no puedes hacerme esto. Tengo una pieza que terminar, maldita sea. Soy artista y necesito saber de dónde vienen mis drogas.

Nada de lo que dije alteró su opinión. Cambié unos bonos heredados de mi abuela en efectivo y utilicé el dinero para comprar lo que esperaba fuera una cantidad suficiente de speed para todo el mes. Se me acabó en diez días, y con él mi capacidad para hacer cualquier cosa excepto revolearme en el suelo y llorar. La verdad es que habría servido para una *performance* bastante decente, pero en ese momento no se me ocurrió.

El colocón alucinante del speed va seguido por una depresión brutal y suicida. Pagas con creces la diversión que creíste disfrutar. Es doloroso y humillante, y lo único en que puedes pensar es que quieres más. Podría haberme tirado por la ventana, pero vivía en un primer piso y no me quedaban fuerzas para subir hasta el tejado. Me dolía todo, e incluso sin el speed era incapaz de dormir. Pensando que quizá hubiera derramado un par de granos, aspiré todo el apartamento con una pajita en la nariz, esnifando células cutáneas muertas, residuos de Comet, y mierda de gato pulverizada. Todo lo que viajaba debajo de un zapato me subió por la nariz.

Una semana después de quedarme sin drogas, dejé la cama para montar la *performance* en la universidad, decidiendo en el último minuto pasar del desmigamiento de donuts y del desfile de muñecos de peluche sin cabeza. En su lugar, prendí fuego a un cubo de soldados de plástico, me eché un batido por la cabeza y cerré el número.

Algunos amigos se dejaron caer por la *performance*, con el mismo aspecto sudoroso y desesperado que yo. Cuando acabó, se invitaron solos a mi apartamento y yo les recibí de buen grado, con la esperanza de que alguno tuviera drogas. Resultó que ellos pensaban exactamente lo mismo. Nos sentamos a charlar de bobadas y a observarnos las manos a todos. Si alguien se la llevaba al bolsillo todos le seguíamos hasta comprobar que solo sacaba un cigarrillo. La pena no era algo que pudiera plasmarse con dedales o casquillos

rellenos de mayonesa. Un mechón de pelo ardiente no serviría para representar el desastre en que se había convertido mi vida.

Sopesé por un momento la posibilidad de ingresar en un hospital, pero había visto el aspecto de los guardas y siempre había odiado compartir habitación. Quizá podría superarlo con esfuerzo y decisión. Quizá podría recobrarme, poner en orden mi vida personal y restablecer mis prioridades. Había muchas posibilidades de que no poseyera talento artístico alguno. Si tenía que enfrentarme a este hecho, podría avanzar en la vida, tal vez aprender un oficio y enorgullecerme de mi habilidad de reparar tejados o cambiar las bujías de los coches. No había nada de malo en trabajar con las manos y volver por la noche a casa, donde te esperaba un vaso de agua helada y la satisfacción de haber alegrado la tarde de alguien con un parachoques inmaculado. Mucha gente hacía esas cosas. Tal vez sus nombres no salían en las revistas, pero seguían allí, día tras día, dando todo lo que tenían. Mejor aún, decidí, a la edad de veintisiete años, volver a la escuela de arte. Allí seguro que encontraría cantidad de droga.

Doce: Me siento en el suelo de hormigón, observando cómo una mujer de mediana edad se arrodilla ante un altar hecho de dulces. Ya ha colocado un cucurucho de jengibre, dos jarras de helado y un montón de buñuelos. El efecto es insoportable, pero soy el único a quien puedo culpar. Me veo asistiendo a estas piezas de la misma forma que ciertos amigos siguen acudiendo a las reuniones de Alcohólicos Anónimos. Sigo haciendo muchas cosas egoístas y terribles. Sin embargo, ya no me administro enemas de coco ante una audiencia selecta. Aunque parezca un logro menor, ya es algo que celebrar.

La mujer del escenario ha aparecido tambaleante sobre zancos hechos con latas vacías de Slim-Fast. Ha llevado su desorden alimenticio a la calle, adornándose el cabello con nata montada y trenzando el flequillo con salchichas de un dedo de ancho. Cuando ya creo que ha terminado con todos sus artículos y está lista para

montar el final, aparece un busto de Venus hecho de pastel helado. Al mirar alrededor, me doy cuenta de que el resto de la audiencia parece absorta en sus cutículas o miran con ansiedad el rótulo de salida. Como yo, piensan en algo positivo que decir una vez que acabe el espectáculo y el artista ocupe su lugar junto a la puerta de entrada. El comentario obvio saldría en forma de pregunta: «En el nombre de Dios, ¿cómo te ha dado por hacer una cosa así y por qué nadie te ha detenido?». No estoy aquí con ánimo de crear problemas, de manera que lo mejor es resaltar un solo detalle. Cuando llegue el momento tomaré su pegajosa mano entre las mías y le preguntaré cómo ha conseguido mantener el helado sin que se deshaga. Esto no la hundirá ni la animará. Se trata de mi pasaporte a la calle, donde podré abrazar la vida con un renovado sentimiento de libertad. La chica que está de pie junto a la tienda de *delicatessen* se agacha para atarse el zapato. Veo cómo, más abajo, un hombre de pelo blanco hace pedazos una tarjeta y los echa a la papelera. Por un momento me giro al oír el sonido de una alarma de coche y luego sigo mi camino, libre de obligaciones. Nadie espera que aplauda o considere la relación existente entre el zapato y el hombre de pelo blanco. La alarma del coche no es ninguna metáfora, sino solo una molestia accidental. Es un mundo nuevo y brillante, donde soy libre de tener prisa y, como culminación de mi notable habilidad de andar, también de correr.

NADIE PUEDE MATAR AL GALLO

Cuando yo era joven, mi padre fue trasladado y la familia en pleno nos mudamos del oeste del estado de Nueva York a Raleigh, Carolina del Norte. IBM había transferido ya a muchos otros empleados procedentes del norte, y juntos nos burlábamos sin parar de nuestros nuevos vecinos y de su rancio y anticuado estilo de vida. Corría el rumor de que los habitantes de Raleigh vivían en cobertizos y se referían a sus gatos domésticos con el nombre de «buena comida». Nuestros padres nos desaconsejaron usar palabras como «señor» o «señora» cuando nos dirigiéramos al profesor o al tendero. El tabaco era aceptado en forma de cigarrillo, pero si a alguno nos daba por experimentar con hachís sería desheredado automáticamente. El Mountain Dew estaba prohibido, y se controlaba nuestra forma de hablar buscando el menor rastro del acento local. Usa la palabra «tos», en lugar de todos, y antes de que te dieras cuenta te encontrarías en un almiar dándole un beso de tornillo a una cabra menor de edad. Junto con la sémola y hacer callar a los perritos, la forma abreviada de «todos» era un paso peligroso en un insidioso sendero que te conducía directamente a las puertas de la iglesia baptista.

Tal vez no fuéramos los ricos de la ciudad, pero al menos no éramos como ellos.

Nuestra familia permaneció inmune a la influencia exterior hasta 1968, año en que mi madre dio a luz a mi hermano Paul, un nativo de Carolina del Norte que desde entonces ha crecido para convertirse en el mejor aliado de mi padre, y también en su peor

pesadilla. Era un chico que ya en segundo curso hablaba como los pescadores desdentados que lanzan sus redes en el Albemarle Sound. Y es el adulto que ahora llama a mi padre para decirle: «Joder, hace tanto tiempo que no le echo la vista a un coño que me la machacaría a pedradas».

La voz de mi hermano, al igual que la mía, es aguda y femenina. La gente que llamaba por teléfono solía pedirnos que les pasáramos con nuestro marido o con mami. El acento de Raleigh es suave y con una bonita cadencia, pero el de mi hermano es un híbrido más complejo, influido por sus relaciones personales con obreros del campo profundo amigos de los tacos y por su infinito amor por la música rap. Habla tan rápido que incluso sus amigos tienen problemas para entenderle. Es como escuchar a un forastero del que solo descifras «mierda», «cabrón», «puta» y una única frase: «Nadie puede matar al Gallo».

«El Gallo» es el apodo con que Paul se llama a sí mismo cuando se siente amenazado. Si le preguntas de dónde sacó este nombre, su única explicación es: «Algunos cabrones creen que pueden joderme, pero nadie puede matar al Gallo. A veces igual te dan ganas de joderlo, pero, mamonazo, nadie mata al puto Gallo. ¿Entiendes lo que quiero decir?».

Uno tiene la sensación de que mi hermano y yo crecimos en dos hogares absolutamente distintos. Paul tiene once años menos que yo, y cuando entró en el instituto los demás ya habíamos volado del nido. Cuando yo era pequeño no nos estaba permitido decir «Cállate», pero cuando el Gallo entró en la pubertad gritar «Cierra la puta boca» se había convertido en algo aceptable. Las leyes sobre drogas también habían cambiado. «No fuméis porros» pasó a «No fumes porros en casa» antes de tomar la forma de «Por favor, no fumes más porros en el salón».

En términos generales, mi madre estaba encantada con mi hermano y le miraba con la emocionada curiosidad con que una gallina observaría a su retoño al descubrir que del huevo había salido un ejemplar de otra especie. «Creo que fue todo un detalle por parte de Paul regalarme este jarrón», dijo una vez mientras disponía un

ramo de flores silvestres en la calavera que mi hermano había dejado sobre la mesa del comedor. «No es algo tradicional, pero así hace las cosas el Gallo. Es un espíritu libre y tenemos suerte de tenerle con nosotros».

Como la mayoría de nuestros vecinos, fuimos educados para satisfacer unas ciertas expectativas. Mi padre esperaba que yo asistiera a una universidad de la Ivy League, donde conseguiría sobresalientes, jugaría al fútbol y dedicaría el tiempo libre a tocar la guitarra con un grupo *amateur* de *jazz*. Mi incapacidad para jugar al fútbol solo era superada por mi incapacidad de dominar el manejo de la guitarra. Mis notas eran del montón en el mejor de los casos, y finalmente aprendí a vivir con la decepción de mi padre sobre los hombros. Por suerte éramos seis hermanos y era fácil perderse en la multitud. Mis hermanas y yo nos las arreglamos para frustrar todas sus ilusiones, pero nos preocupábamos por mi hermano, a quien la familia veía como la última esperanza.

Desde los diez años, Paul iba vestido con trajes de Brooks Brothers y diminutas pajaritas. Soportó clases de trompeta, partidos de *rugby* y clases extraescolares con profesores particulares que se tomaban la molestia de cambiar de tema cuando se les preguntaba por las posibilidades de que el Gallo ingresara en Yale o Princeton. Rápido y con buena coordinación, Paul disfrutaba con los deportes pero no lo suficiente como para tomárselos en serio. El colegio no despertaba en él el menor interés y los vecinos respiraron aliviados cuando mi padre guardó por fin la trompeta. Su respuesta a las interminables e inalcanzables demandas paternas se ha convertido, con el paso del tiempo, en una especie de mantra. Corto y dulce, repetido hasta la saciedad, consta de tres palabras simples: «Que te jodan», o en los días en que se siente locuaz: «Que te jodan, mamón. Paso de esa mierda».

Mi hermano se dirige con exquisita educación a todos los extraños llamándoles señor o señora, pero los amigos y parientes, padre incluido, son «putas» o «cabrones». Los amigos alucinan con su forma de hablar con el único progenitor que le queda. Los dos vinieron una vez a Nueva York a visitarnos a mi hermana Amy y a

mí y organizamos una cena familiar. Cuando mi padre se quejó de que le dolían los pies, el Gallo dejó la botella de dos litros de Mountain Dew, se extrajo las sobras de un trozo de cordero de la boca, y dijo: «Joder, lo que te hace falta es que te afeiten los putos juanetes. Eso es lo que te pasa. Pero esta noche no puedes hacer una mierda, así que no agobies, ¿eh cabronazo?».

Todos los ojos se posaron en mi padre, que sonrió, diciendo: «Bueno, igual tienes parte de razón».

Un extraño podría interpretar con absoluta lógica que el lenguaje de mi hermano es una falta de respeto y considerar la respuesta de mi padre como una forma de rendición deshonrosa. Esto, sin embargo, deja a un lado la sutil belleza de su relación.

Para entender a mi padre basta decir que una vez recitó una rima picante diciendo: «Conozco a una mujer que lleva un moño / y tenía una trampa para osos metida en el… Bueno, ya me entendéis. Es la denominación vulgar de la vagina». Es una especie de asesino de chistes. Cuando se le presiona al límite, tenemos a un hombre que grita «Maldita sea»; un hombre que insulta a los conductores blandiendo el puño y soltando un «Que Dios te condene» que le sale del alma. Nunca le he oído decir tacos, y sin embargo él y mi hermano parecen haber hallado un lenguaje común que excluye por completo al resto de los hermanos.

A mi padre le gusta hablar de dinero. Gastarlo no le ha interesado nunca mucho, y va a peor según pasan los años. Prefiere el dinero como concepto y a menudo usa términos como «anualidades» y «fiduciario», palabras que definitivamente no constan en el diccionario del entretenimiento inconsciente. A mí consigue dormirme, pero sin embargo, mientras habla finjo escucharle, aunque sea porque me parece el comportamiento más maduro por mi parte. Cuando mi padre habla de finanzas con mi hermano, Paul le corta diciendo: «Que le den por culo a la bolsa, tío, yo paso de mierdas de inversiones». Esto rara vez desemboca en una conferencia sobre economía, pero mi hermano gana puntos extra por airear a voz en grito su falta de interés, exactamente igual que haría mi padre si alguien le arrinconara y se pusiera a hablarle de

budismo o del regreso de la moda de los chanclos. Ambos son igual de brutos. Se trata de una cualidad que mi padre admira tanto que es capaz de pasar por alto la ordinariez del lenguaje. «Ese Paul —dice— sí que es alguien que sabe dejar las cosas claras».

Cuando le fallan las palabras, el Gallo no tiene ningún problema en pasar a los puños, que, aunque gruesos y sólidos, no son mayores que dos mandarinas. Con su metro sesenta y dos centímetros es más bajo que yo, fornido pero no exactamente amenazador. El año que cumplía los treinta celebramos la Navidad en casa de mi hermana mayor, Lisa. Paul llegó horas tarde con los nudillos despellejados y un ojo morado. Había mantenido un desencuentro en un bar, eso lo entendimos, pero los detalles no quedaron tan claros:

—Un pedazo de cabrón me dijo que apartara mis putos ojos de su cara de mierda, así que le dije: «Que te jodan, mamonazo».

—¿Y luego qué pasó?

—Se dio la vuelta, pero yo le seguí y le di un puñetazo en la parte de atrás de su puto cuello.

—¿Y qué pasó a continuación?

—¿Tú qué crees que pasó a continuación, puta? Salí disparado y el cabrón me pilló en el puto aparcamiento. Era todo músculos el tío y le gustaba la puta sangre, así que me dio por el culo.

—¿Cuándo se detuvo?

Mi hermano jugueteó con los dedos en la mesa por un momento, antes de decir:

—Diría que paró cuando el cabrón hubo terminado.

El dolor físico había pasado, pero Paul estaba preocupado porque la cara le había quedado hecha una mierda para todas las putas vacaciones. Dicho esto, se retiró al baño con el juego de maquillaje de mi hermana Amy y volvió a la mesa con los dos ojos morados, el segundo pintado a base de sombra azulada. Esto pareció complacerle y llevó sus magulladuras a juego durante toda la tarde.

—¿Habéis visto lo bien que le ha quedado el ojo morado falso? —preguntó mi padre—. Este chico debería dedicarse al maquillaje en el cine. Os lo digo, el chico es un verdadero artista.

A diferencia del resto de nosotros, el Gallo siempre ha

disfrutado del apoyo y el ánimo de mi padre. Una vez que los sueños de una carrera universitaria estuvieron muertos y enterrados, mi padre envió a mi hermano a un colegio técnico esperando que desarrollara algún interés por los ordenadores. A las tres semanas del primer semestre Paul lo dejó, y mi padre se convenció de que la habilidad de su hijo para cortar el césped bordeaba la genialidad, de manera que le lanzó al mundo de la jardinería. «Le he visto en acción, ¡y lo que hace es fijar un patrón y atenerse a él!».

Finalmente mi hermano acabó en el mundo del revestimiento de suelos. Es un trabajo duro, pero él disfruta con la satisfacción que da ver una habitación bien terminada. Reflexivamente llamó a su empresa Suelos de Madera Tonto P, ya que Tonto P era el nombre que habría elegido de haber sido una estrella del rap. Cuando mi padre sugirió que la palabra «tonto» podía echar atrás a los clientes más exigentes, Paul consideró la posibilidad de cambiar el nombre a Suelos de Madera del Puto Tonto P. El trabajo le pone en contacto con fontaneros y carpinteros de ciudades como Bunn y Clayton, hombres que dan consejos sobre chicas tales como: «Si tiene edad para sangrar, tiene edad para follar».

—¿Edad de qué? —pregunta mi padre—. Paul, ese no es el tipo de gente con quien deberías asociarte. ¿Qué haces con unos canallas como esos? El objetivo debe ser mejorarte a ti mismo. Júntate con intelectuales. ¡Lee un libro!

Tras todos estos años mi padre nunca ha comprendido que nosotros, sus hijos, tendemos a gravitar hacia la gente de la que se ha pasado toda la vida advirtiéndonos en contra. La mayoría hemos dejado la ciudad, pero mi hermano sigue en Raleigh. Estaba allí cuando murió mi madre y aún hoy, años después, sigue consolando a mi padre: «El pasado ha muerto, tío. Lo que necesitas ahora es un buen coñito». Mientras mis hermanas y yo ofrecemos nuestra simpatía a larga distancia, Paul es el que va a casa de mi padre el día de Acción de Gracias y se ofrece con su mejor voluntad a cocinar recetas griegas. Es un hecho conocido que en una ocasión hizo una bandeja de spanakopita con parmesano en lugar de mantequilla fundida. De todos modos, al menos lo intenta.

Cuando la casa de mi padre fue azotada por un huracán, mi hermano se plantó allí con un hornillo de gas, tres neveras portátiles llenas de cerveza y un enorme Cubo Joder: un recipiente de plástico lleno de frutos secos y chucherías. («Cuando te hundes en la mierda, di "Que se jodan", y cómete un puto caramelo»). Estuvieron sin electricidad durante casi una semana. El patio prácticamente no tenía árboles y la lluvia se colaba por la docena de goteras del techo. Fueron momentos difíciles, pero los dos aguantaron, mi hermano colocando su mano pequeña y curtida por los hombros de mi padre y diciéndole: «Joder, estoy aquí para decirte que todo va a salir bien. Saldremos de esta mierda, cabronazo, espera y lo verás».

LA JUVENTUD DE ASIA

A principios de la década de los sesenta, durante el período que mi madre bautizó como «el fin de la era Lassie», alguien regaló a mis padres dos cachorros de collie, a los que bautizaron como Rastus y Duquesa. Vivíamos en el estado de Nueva York, en el campo, y los perros podían correr libremente por el bosque. Echaban la siesta en los valles y metían las patas en arroyos helados, coprotagonizando su propio anuncio de comida para perros. De acuerdo con nuestro padre, cualquiera podía ver que estaban enamorados.

Una noche Duquesa dio a luz sobre una manta del garaje a una camada de cachorros no mayores que una patata. Creímos que uno había muerto y nuestra madre dispuso al perrito en una cazuela y la metió en el horno, como habría hecho la bruja de Hansel y Gretel.

—Eh, no os rasguéis las vestiduras —dijo ella—. Solo está a doscientos. No voy a asarlo, lo que pretendo es solo mantenerlo caliente.

El calor revivió al perrito enfermo y asentó en nosotros la creencia de que nuestra madre era capaz de resucitar a los muertos.

Enfrentado a las responsabilidades que conlleva la paternidad, Rastus se largó. Los cachorros fueron regalados y nos mudamos al sur, donde el calor y la humedad no eran los mejores aliados de un collie. El pelaje antaño hermoso de Duquesa colgaba ahora en descuidados mechones. La edad no perdonaba, y la pobre cojeaba por la casa, desalojando las habitaciones a base de pedos sofocantes. Cuando finalmente, llena de lombrices, tuvo un infarto en el barranco que había al lado de casa, tuvimos ocasión de revaluar los

poderes curativos de nuestra madre, que al parecer no podían aplicarse al reino animal al completo: solo podía resucitar a muertos pequeñitos y monos.

El truco del horno surtió efecto en media docena de hámsteres, pero fracasó en mi primer conejillo de Indias, que murió tras comerse un par de cigarrillos y una caja entera de cerillas.

—No te lo tomes muy a pecho —dijo mi madre, mientras se quitaba los guantes—. El mundo está lleno de conejillos de Indias: mañana puedes conseguir otro.

Los responsos tendían a ser breves, siendo nuestro lema: «A rey muerto, rey puesto».

Poco después de la muerte de Duquesa, nuestro padre se presentó en casa con un cachorro de pastor alemán. Por razones que nunca estuvieron del todo claras, el privilegio de dar nombre al perro recayó en una amiga de mi hermana mayor, una chica de catorce años llamada Cindy. En ese momento Cindy estudiaba alemán y, tras examinar atentamente al cachorro y sopesarlo en las manos, anunció que se llamaría Mádchen, que al parecer significa «niña» en los Volks de Vaterland. El nombre no nos volvió locos, pero nos consideramos afortunados de que Cindy no estuviera estudiando alguna lengua asiática difícil de pronunciar.

A los seis meses, Mádchen fue atropellada por un coche y murió. La comida estaba aún en su cuenco cuando nuestro padre trajo a casa un pastor alemán idéntico, que la misma Cindy bautizó lógicamente como Mádchen Dos. Esta progresión onomástica resultaba desconcertante, en especial para el nuevo perro, de quien se esperaba que poseyera tanto los conocimientos como la personalidad de su antecesora.

—Mádchen Uno nunca habría mojado el suelo de este modo —la regañaba mi padre, y el perro suspiraba, a sabiendas de que era el equivalente canino a un rebote.

Mádchen Dos nunca nos acompañó a la playa y apenas posó en las fotos de familia. Una vez pasada su época de cachorro, perdimos

todo el interés en ella. «Deberíamos comprarnos un perro», decíamos a veces, olvidando por completo que ya teníamos uno. Entraba en casa para comer, pero se pasaba la mayor parte del tiempo en su redil, acurrucada en la caseta triangular que mi padre había diseñado y construido con piezas sueltas de secoya.

—Eh —preguntaba este—, ¿cuántos perros pueden decir que viven en una casa de secoya?

Comentario que invariablemente provocaba la misma respuesta agotada por parte de mi madre:

—Lou, por el amor de Dios, ¿cuántos perros pueden decir que no viven en una maldita casa de secoya?

Entre los collies y los pastores alemanes tuvimos también una sucesión de gatos soñolientos y enigmáticos que parecían haber trabado un estrecho vínculo con mi madre. «Es solo porque les doy de comer», decía ella, aunque todos sabíamos que la cosa tenía más miga. Lo que realmente tenían en común eran las garras. Eso y la irracional necesidad de destrozar los sacos de golf de mi padre. El primer gato se escapó y al segundo lo atropelló un coche. El tercero alcanzó una desagradable vejez y murió silbando enfurecido al minino que, prematuramente, había llegado para reemplazarle. Cuando el veterinario afirmó que el cuarto gato tenía leucemia felina, mi madre quedó hecha polvo.

—Voy a tener que poner a Sadie a dormir —nos dijo—. Es por su propio bien, así que no quiero oír ni una palabra al respecto. Ya es bastante duro así.

El gato fue sacrificado, y a su muerte le siguieron una serie de excéntricas llamadas telefónicas y notas anónimas orquestadas por mis hermanas y yo. Las notas anunciaban nuevas curas milagrosas para la leucemia felina, y quienes llamaban se identificaban como representantes de la nueva revista *Amigos de los gatos*. «Nos gustaría usar la historia de Sadie como reportaje del número de septiembre y esperábamos que nos enviara una foto cuanto antes. ¿Cree que la tendrá lista para mañana?».

Creímos que un gatito levantaría el ánimo a mi madre, pero ella se negó en redondo.

—Eso es todo —anunció—. Los días de gatos se han acabado.

Cuando Mádchen Dos desarrolló tumores esplénicos, mi padre lo dejó todo y corrió a su lado. Pasó tardes enteras en la clínica veterinaria, tumbado sobre un colchón al lado de su jaula y ajustándole el suero. Nunca le había prestado demasiada atención cuando estaba sana, pero su inminente muerte despertó en él un gran sentido del deber. Le sostenía la pata cuando murió, y se pasó las siguientes semanas preguntándonos cuántos perros podían decir que habían vivido en una casa de secoya.

Nuestra madre, por su lado, a menudo se detenía al lado de la bolsa de golf, rasgada y manchada de orina, y revivía recuerdos ella sola.

Tras un año sin animales domésticos y con solo un hijo viviendo en casa, mis padres fueron a un criadero y volvieron con un gran danés llamado Melina. El amor que sintieron por ese perro resultaba proporcional a su tamaño, y pronto en sus corazones no quedó espacio para nadie más. En términos de respeto y admiración mutua, sus seis hijos no habían sido más que un experimento fracasado. Melina era algo real. La casa se rindió al perro y se redecoraron las habitaciones a su gusto. Si entrabas en la que antes era tu habitación, oías: «Será mejor que Melina no te vea ahí», o «Aquí venimos a hacer pipí cuando no hay nadie en casa para sacarte, ¿verdad, cielo?». Los tiradores de los cajones habían quedado reducidos a muñones húmedos, y las camas cubiertas de una manta de pelos cortos y finos. Gritabas ante el cadáver de piel destrozado que había al final de las escaleras y mis padres se tronchaban de risa. «Eso te pasa por dejar la billetera en la mesa de la cocina».

El perro era su primer interés común y auténtico, y lo amaban en la misma medida, cada uno a su manera. El amor de nuestra madre tendía hacia lo horizontal, siendo la mascota el equivalente a un compañero de siesta, algo que podía mirar y decir: «Eso parece una buena idea. Déjame sitio, ¿quieres?». Un extraño que fisgara por

la ventana podría pensar que los dos habían sellado un pacto de suicidio. Ella y el perro tumbados cual cadáveres, sus miembros dispuestos en un abrazo eterno. «Dios, qué bien sienta esto… —decía mi madre cuando los dos se despertaban y se ofrecían una rascada mutua—. Probémoslo en el suelo del salón».

Mi padre amaba al gran danés por su tamaño y con frecuencia daba con ella largos y absurdos paseos, durante los cuales la perra sacaba la pesada cabeza de yunque por la ventanilla y derramaba grandes cantidades de saliva espumosa. Los demás conductores señalaban, miraban y bajaban las ventanillas para gritar: «Eh, ¿ya lleva silla para esa cosa?». Cuando el paseo era a pie, siempre había algún original con su inevitable: «¿La paseas tú, o es ella quien te ha sacado?».

«Ja, ja», se reía siempre mi padre, como si fuera la primera vez que lo oía. La atención creaba adicción, y él disfrutaba de un orgullo del que jamás había podido sentir con ninguno de nosotros. Era como si de algún modo fuera responsable de su belleza y estatura, como si hubiera diseñado personalmente las manchas de su pelaje y la hubiera entrenado para que adquiriera el tamaño de un poni. Cuando estaba fuera con el perro, llevaba la correa en una mano y una pala en la otra. «Por si acaso», decía.

—¿Por si acaso se muere de un infarto y tienes que enterrarla? —Yo no entendía nada.

—No —decía él—, la pala es para… bueno, ya sabes, por si hace algo.

Mi padre estaba jubilado, pero la perra seguía haciendo cosas.

Yo vivía en Chicago cuando compraron a Melina y cada vez que volvía a casa el bicho era más grande. Cada vez había más cartones de Marmaduke colocados en la nevera, y cada vez mi voz se hacía más potente al preguntar: «¿Quién está aquí?».

—Abajo, niña. —Mis padres reían mientras el perro saltaba jadeando para llamar mi atención. Sus grandes pezuñas como remos me llegaban a la cintura, luego hasta el pecho y los hombros, hasta que al final sus brazos me envolvían el cuello y, con la cabeza por encima de la mía, tenía todo el aspecto de una compañera de baile

que busca con la mirada una pareja mejor.

—Es solo su forma de decirte hola —saltaba mi madre mientras me pasaba una toalla para que me secara las filtraciones burbujeantes del perro—. Te has dejado una mancha en la nuca.

Entre los hijos, el diploma de Melina en la escuela de obediencia se tomó como el mayor chiste desde que nuestro hermano se graduó en Sanderson High.

—¿Qué pasa si no es tan lista? —decía nuestra madre—. No hay que hacer un drama. Yo puedo traerme mi propio periódico.

El crecimiento del perro se controlaba diariamente y cada pequeño logro quedaba inmortalizado en película. Uno podía encontrar pocas fotos de mi hermana Tiffany, pero Melina tenía álbumes enteros dedicados a sus terribles cuatro patas.

—Pégame —me dijo mi madre en una ocasión que fui a visitarla desde Chicago—. No, espera un momento, deja que vaya a por la cámara. De acuerdo, ahora puedes pegarme. O aún mejor, finge que vas a hacerlo.

Levanté la mano y mi madre soltó un grito de dolor.

—¡Ay! —gritó—. Que alguien me ayude. Este extraño está tratando de hacerme daño…

Capté una sombra en movimiento que me venía por la izquierda, y al instante siguiente estaba en el suelo con el perro entregado a la tarea de arrancar considerables trozos del cuello de mi suéter.

El *flash* de la cámara centelleó y mi madre soltó una exclamación de contento.

—¡Dios, cómo me gusta este número!

Rodé por el suelo para protegerme la cara.

—No es ningún número.

Mi madre tomó otra foto.

—Bueno, tampoco hay que ponerse tan estrictos. Se le acerca bastante.

Con nosotros crecidos y fuera de casa, mis hermanas y yo esperábamos que las vidas de nuestros padres se mantuvieran razonablemente estables. La tarea que les correspondía era estancarse y vivir en el pasado. Se suponía que nosotros éramos el

centro de sus vidas, pero en su lugar habían construido una nueva familia que comprendía a Melina y a los miembros fundadores de su club de fans. Alguien que obviamente no la conocía demasiado bien había regalado a mi madre un alegre osito de peluche con un corazoncito de calicó cosido en el pecho. De acuerdo con el fabricante, el nombre del osito era Mumbles, y lo único que necesitaba para subsistir eran dos pilas de doble potencia y una dieta regular de abrazos.

—¿Dónde está Mumbles? —preguntaba mi madre, y la perra saltaba y sacaba al oso de su escondrijo encima de la nevera, sacudiendo su cuerpo de un lado a otro con la esperanza de partirle el cuello. De vez en cuando los dientes mordían el botón de encendido y el maldito bicho levantaba los brazos y susurraba uno de los cinco mensajes grabados de agradecimientos.

—Esa es mi chica —decía mamá—. Nosotras no tragamos a Mumbles, ¿verdad?

—¿Nosotras?

Durante los últimos años de Mádchen Dos y la primera mitad de la administración Melina, yo vivía con una gata llamada Neil. De color gris rata, había sido abandonada por un vagabundo alcohólico que tenía las uñas largas y una gran colección de quimonos. Era un tipo odioso, y después de su partida, la gata fue adoptada y rebautizada por mi hermana Gretchen, que más tarde me cedió los cuidados del animal. Mi madre cuidaba de Neil cuando me marché de Raleigh y la envió por avión a Chicago cuando encontré un piso y me establecí. Yo había alquilado el apartamento más barato que pude encontrar, y eso se notaba. Aunque eran simpáticos, mis vecinos inmigrantes no veían conexión alguna entre sus actividades y los ejércitos de ratas y cucarachas que asaltaban el edificio. Con ganas de airearse ni que fuera un poco, familias enteras montaban meriendas en el vestíbulo, dejando tras de sí fruta seca y tacos a medio comer. Neil cazó catorce ratas, y muchas otras escaparon mutiladas o sin rabo. En Raleigh se limitaba a deambular por la casa sin hacer nada, pero en Chicago tenía un trabajo de verdad.

Sus intereses se ampliaron a escuchar la radio, cautivada por las

historias políticas y financieras que siempre me han dejado indiferente. «Una palabra más sobre la guerra de Irán y te mando a dormir con los aliens de la casa de al lado», le decía, aunque ambos sabíamos que no iba en serio.

Neil era vieja cuando llegó a Chicago, y allí envejeció más. Con el testimonio de Oliver North a sus espaldas, empezó a perder dientes y a desarrollar esa clase de aliento que puede hacer saltar la pintura. Dejó de lavarse y tenía que bañarla en el fregadero. Cuando estaba empapada su delgadez resultaba más visible. Los riñones disminuyeron hasta adoptar el tamaño de dos granos de uva, y aunque yo le deseaba lo mejor asumí que el veterinario bromeaba cuando sugirió la diálisis. Además de vieja, desdentada e incontinente, por el módico coste de unos miles de dólares, podía pasarse tres días por semana enchufada a una máquina. «La oferta es tentadora —dije—. Denos un par de días para pensarlo». Fui en busca de una segunda opinión. El veterinario número dos le hizo un análisis de sangre y llamó unos días más tarde sugiriendo que considerara la posibilidad de la eutanasia.

No oía esa palabra desde que era un crío, y de inmediato vinieron a mi mente una desigual pareja de escolares japoneses que estaban solos en un patio vacío de escuela. Uno de los chicos, visiblemente obeso, intentaba escalar el palo de la bandera que ondeaba sobre sus cabezas. Su silueta, recortada sobre el cielo oscuro, logró alzarse unos metros del suelo y se quedó allí, temblorosa y sin aliento. «No puedo hacerlo —dijo—. Es demasiado duro para mí».

Su amigo, un chico serio y flaco llamado Komatsu, estaba tras él, brindándole su apoyo. «Eh, claro que puedes hacerlo. Es más, debes hacerlo. Es necesario».

Era una escena que había olvidado hacía tiempo, y pensar en ella me puso extremadamente triste. Los chicos eran personajes de *Fatty and Skinny*, una película japonesa que emitían regularmente en el *CBS Children's Film Festival*, una serie semanal de televisión presentada por dos marionetas y una mujer muy paciente que fingía reírse de sus chistes. Mis hermanas y yo veíamos ese programa cada

sábado por la tarde, pese a las interrupciones en forma de explosiones de gas de nuestro collie.

Habiendo escalado unos centímetros más por el palo, Fatty perdió pie y cayó a la arena. Mientras se sacudía, Skinny corrió por la montaña hacia la frágil casa de papel que compartía con su familia. Esa había sido la última oportunidad de Fatty para probarse a sí mismo. Había creído que la paciencia de su amigo era inagotable, pero ahora sabía que estaba en un error. «Komatsuuuuuuuuu —gritaba—. Komatsu, por favor, concédeme una última oportunidad».

La voz del doctor me sacó del patio japonés.

—Hablando de la eutanasia, ¿ha podido pensarlo?

—Sí —contesté—. De hecho, lo estoy haciendo ahora mismo.

Al final volví a la clínica e hice que la durmieran. Cuando el veterinario le inyectó el pentobarbital sódico, Neil cerró los ojos, se colocó en posición de siesta y murió. Mi novio de aquel momento se quedó para encargarse de los trámites, y yo salí corriendo a llorar a la calle al lado del coche aparcado y, desgraciadamente, cerrado con llave. Neil había entrado en su maleta de viaje convencida de que iba a volver a casa, y eso me destrozaba. Alguien había sido lo bastante ingenuo como para confiar en mí, y yo la premiaba con la muerte. Corroídos por la culpa, la juventud en Asia derramaba lágrimas de amargura sentada en los pupitres del aula.

Una semana después de sacrificarla, recibí las cenizas de Neil metidas en una lata color verde selva. Ella nunca había expresado ningún interés especial por la calle, así que esparcí sus restos sobre la alfombra y luego pasé el aspirador. La muerte de la gata me sacudió como si se tratara del final de una era. Era, claro, el final de su era, pero la muerte de un animal doméstico siempre conlleva la imperiosa necesidad de correr un tupido velo sobre un período de diez o veinte años. El final de mi vida universitaria, el final de mi cintura de cuarenta centímetros, la fallida relación con mi primer novio de verdad: lloré por todo ello y me extrañé ante el reducido número de canciones compuestas sobre gatos.

Mi madre me envió una carta de condolencia junto con un

cheque para cubrir el coste de la incineración. En el margen izquierdo, en la línea marcada como MEMO había escrito: «Cremación gato». Ya la tenía.

Cuando mi madre murió y fue incinerada, nos asaltó la preocupación de que, obedeciendo a su instinto, nuestro padre pudiera salir a buscar un recambio de inmediato. Al volver del funeral, mi hermano, mis hermanas y yo casi esperábamos encontrar a alguien vagamente familiar llamada Sharon Dos de pie en la cocina tratando de descifrar el crucigrama del *TV Guide*. «Sharon Uno ya habría terminado con el horizontal», la regañaría mi padre. «Venga, chica, a ver si puedes».

Sin mi madre, mi padre y Melina podían dedicarse en exclusiva el uno al otro. Aunque ahora ella ocupaba el lado de la cama que su antigua ama había dejado vacante, la perra supo que nunca llegaría a ser una sustituía viable. Su amor era demasiado fiero y simple, y no tenía talento para las discusiones. Pese a todo, ella y mi padre hicieron honor a la promesa de adorarse y protegerse mutuamente. Celebraban los aniversarios, renovaban regularmente los votos y aullaban cuando eran desafiados por fuerzas exteriores.

—¿Adónde quieres que vaya?

Cuando uno de sus hijos lo invitaba a visitarlo, mi padre se negaba diciendo:

—No puedo dejar la ciudad. ¿Quién se ocuparía de Melina?

La mención de una perrera era recibida con una carcajada.

—Debes haber perdido el juicio. ¡Una perrera! ¿Lo has oído, Melina? Quieren que te meta en la cárcel.

Debido a su tamaño, los gran danés no suelen vivir muchos años. Hay quesos en los supermercados que tienen más esperanza de vida. Con doce años, el pelo gris y casi sin poder tenerse en pie, Melina era un milagro de la ciencia. Mi padre le daba masajes en las piernas artríticas, la llevaba en brazos por las escaleras y la metía y sacaba de la cama. La trataba de la misma forma que los hombres de las películas tratan a sus mujeres enfermas, igual que habría tratado a

mi madre si ella hubiera consentido tales muestras de sumisión y afecto. La era de Melina abarcó los últimos doce años de su vida de casado. El perro se había montado en la última estación del vagón de la vida familiar, asistido a la fiesta de jubilación de mi padre y celebrado las elecciones de dos presidentes republicanos. Se volvió débil y perdió el apetito, pero contra todo consejo, mi padre no podía soportar la idea de separarse de ella.

La juventud de Asia le rogó que pusiera fin a su vida.

—No puedo —dijo él—. Es demasiado duro para mí.

Un mes después de que Melina fuera sacrificada, mi padre volvió al criadero y llegó a casa con otro gran danés. Hembra como Melina, con manchas grises como Melina, pero llamada Sophie. Hace esfuerzos para quererla, pero se muestra dispuesto a admitir que quizá ha cometido un error. Es un perro agradable, pero llega fuera de tiempo.

Cuando pasea a Sophie por el barrio, mi padre no se siente muy distinto del recién casado maduro que avanza a trompicones tras su caprichosa y joven flamante esposa. La energía del cachorro le incomoda, al igual que el interés que esta siente por los hombres más jóvenes. Los conductores reducen la velocidad hasta casi pararse y bajan las ventanillas. «Eh, ¿la paseas tú, o es ella quien te ha sacado?». Esas palabras le recuerdan otra época más feliz, de mayores fuerzas al otro lado de la tensa correa. Ha conseguido mantener la atención, pero ahora, en respuesta, levanta la pala y sigue su camino.

LA CURVA DE APRENDIZAJE

Un año después de graduarme en la School of Art Institute de Chicago se cometió un terrible error y se me ofreció un trabajo de profesor en un taller de escritura. Yo no había asistido nunca a la escuela superior, y aunque varias de las historias que escribía habían sido fotocopiadas y grapadas, ninguna había sido publicada en el sentido tradicional de la palabra.

Al igual que equilibrar volantes o embalsamar a los muertos, la enseñanza era una profesión que nunca había considerado en serio. Estaba claramente poco cualificado, pero acepté el trabajo sin dudarlo porque me permitía llevar corbata e ir por el mundo bajo el nombre de señor Sedaris. Mi padre usaba el mismo nombre, y aunque vivía a miles de kilómetros de distancia, me gustaba imaginar a alguien confundiéndonos. «Espera un minuto —decía ese alguien—, ¿me hablas del señor Sedaris, el jubilado que vive en Carolina del Norte, o el señor Sedaris, el distinguido académico?».

La oferta del puesto llegó en el último minuto, cuando el profesor previsto encontró un trabajo mejor pagado como repartidor de *pizzas*. Me concedieron dos semanas para prepararme, período de tiempo que invertí en buscar un maletín y en plantarme delante del espejo del armario repitiendo las palabras: «Hola, clase, mi nombre es señor Sedaris». En ocasiones dotaba a mi voz de un punto agresivo y un timbre firme y atlético. Este era el viril señor Sedaris, quien escribía con conocimiento de causa sobre heridas en carne viva y poleas de tractor. También lograba componer el ladrido cazallero del editor de periódico, un tono que aunaba la sabiduría

con una capacidad ilimitada para la crueldad. Intentaba sonar ocupado y mundano, pero cuando por fin llegó el día, los nervios me traicionaron y el verdadero señor Sedaris entró en acción. Con una voz que expresaba duda, miedo y un inconfundible deseo de ser amado, no daba para nada la imagen del sesudo profesor universitario, sino más bien la de una pizpireta niña de doce años; alguien que bien podía llamarse Brittany.

El primer semestre tuve solo nueve alumnos. Con la esperanza de que me vieran como a alguien profesional y bien preparado, llegué al aula provisto de etiquetas en forma de hojas de arce. Las había fabricado yo mismo con papel de construcción color naranja y las pasé a los alumnos junto con una caja de alfileres. Mi profesora de cuarto había hecho lo mismo, explicando que debíamos coger un solo alfiler por persona. Ya que estábamos en la universidad y no en la escuela animé a mis alumnos a que cogieran tantos alfileres como quisieran. Escribieron sus nombres en las hojas, los prendieron del pecho y se sentaron en torno a la larga mesa de roble que servía de pupitre común.

«Muy bien —dije—. Allá vamos». Abrí el maletín y me di cuenta de que nunca había pensado en lo que sucedería a partir de ese momento. Las hojas de color naranja eran todo mi plan de estudios, pero seguí revolviendo el interior del maletín vacío, consciente de que había armado a mi audiencia con un arsenal de alfileres. Supongo que mi idea era que, sin provocación alguna, mis alumnos hablarían, ofreciendo sus pensamientos y opiniones sobre los temas del día. Me había imaginado sentado en el borde del pupitre, viendo desde las alturas una selva de manos alzadas. Los alumnos gritarían a la vez para que se oyera su voz y yo tendría que golpear la mesa con algo con el fin de acallarlos. «Eh, chicos —gritaría—. Calma, todos tendréis vuestro turno. De uno en uno por favor, de uno en uno».

El error de esa idea no tardó en quedar patente ante mis ojos. Un terrible silencio invadió el aula, y viendo que no tenía otra opción, ordené a los alumnos que sacaran una hoja de papel y escribieran un ensayo breve, relacionado con el tema de la decepción

profunda.

Yo siempre había odiado que un profesor nos obligara a inventar algo al momento. Dejando a un lado la presión obvia que esto implicaba, parecía que todo el mundo tenía su propia forma de hacer las cosas, especialmente en el tema de la escritura. Quizá alguien necesitaba un lápiz o una lámpara en particular, o su máquina de escribir. Por mi experiencia, escribir sin tus herramientas habituales era bastante duro, pero sin un cigarrillo se revelaba como una empresa imposible.

Escribí una nota para que trajeran ceniceros y luego revolví la papelera en busca de alguna lata vacía. De pie ante el reluciente cartel de no fumar, repartí las latas, dejé mi paquete de tabaco sobre la mesa y animé a los alumnos a coger cuantos quisieran. En esto radicaba, a mi entender, la esencia de la enseñanza, y creí que había marcado un verdadero hito hasta que el asmático de la clase levantó la mano y dijo que, por lo que él sabía, Aristófanes no se había fumado un cigarrillo en toda su vida. «Ni tampoco Jane Austen —dijo—. Ni las Bronté».

Anoté estos nombres en mi cuaderno, junto a la palabra «buscalíos», y dije que estudiaría el tema. Como era el profesor de escritura, se asumía automáticamente que había leído todos y cada uno de los tomos forrados de cuero de la Biblioteca de Clásicos. Lo cierto es que no había leído ni uno solo de esos libros, ni tenía la menor intención de hacerlo. Sorteé la mayoría de las preguntas con los retazos que lograba recordar de las miniseries basadas en las obras en cuestión, pero era un ejercicio agotador y finalmente aprendí que era más sencillo limitarse a contestar con una pregunta, diciendo: «Sé lo que Flaubert significa para mí, pero ¿qué opinas tú de ella?».

La existencia como señor Sedaris era una vida en constante temor. Por un lado, existía el temor comprensible de que mi impostura quedara al descubierto, y por otro existía el temor más profundo a que mis alumnos me odiaran. Les imaginaba llamando por teléfono a sus amigos: «¿Adivina quién nos ha tocado?». La mayor parte de los profesores sosos al menos tenían un currículum

que les respaldaba. Tenían una filosofía de la enseñanza y un plan de clases y no necesitaban esconderse tras una corbata de clip y un maletín vacío.

Siempre que me asaltaba el miedo a perder la autoridad, cruzaba la clase y cerraba o abría la puerta. Un alumno tenía que pedir permiso para regular la temperatura o el nivel de ruido, pero yo podía hacerlo cuando me viniera en gana. Era la única actividad que me recordaba sin género de duda que era yo quien estaba al cargo, y me aprovechaba de ello plenamente.

«Ahí va otra vez —susurraban mis alumnos—. ¿Qué le habrá dado con esa puerta?».

El asmático se cambió de grupo dejándome con solo ocho alumnos. De estos, cuatro eran fumadores expertos que daban largas y reflexivas caladas y en ocasiones mostraban su maestría exhalando fantasmagóricos anillos concéntricos de humo que flotaban como halos sobre sus cabezas inclinadas. Los otros hacían lo que podían, pero no les salía tan bien. Al final de la segunda sesión, lo único que habían producido mis alumnos eran cenizas. La tos seca y la absoluta falta de resultados sugerían que, para ciertos escritores, el tabaco no era suficiente.

Con la idea de que una tarea inteligente lograría soltarles ordené a los alumnos que escribieran una carta a una supuesta madre encarcelada. Eran libres para decidir tanto el delito como la pena, y animé con especial énfasis que se hicieran referencias a las compañeras de celda.

El grupo puso manos a la obra con tal dedicación y entusiasmo que me sentí orgulloso de mí mismo, hasta que la chica más silenciosa de la clase me entregó su ejercicio, aprovechando el momento para susurrarme que tanto su padre como su tío cumplían condena por timo y chantaje.

—Nunca se me había ocurrido la posibilidad de que mamá también acabara en la cárcel —dijo la chica—. Ha sido un ejercicio tan… deprimente.

Nunca había pensado en cómo sería de verdad una carta entre un hijo y un padre encarcelado, pero ahora me hacía una idea bastante clara. Imaginé a dos convictos compartiendo celda. Uno estaba de pie ante el lavamanos, mientras el otro, tumbado en la litera, leía el correo.

—¿Algo interesante? —preguntaba el primero.

—Oh, es de mi hija —contestaba el otro—. Acaba de empezar la universidad y en apariencia su profesor de escritura es un capullo integral.

Fue la última vez que pedí a los alumnos que escribieran en clase. A partir de ese momento las historias tenían que escribirse en casa sobre un tema de elección propia. Si me hubieran dejado a mí, todos nos habríamos quedado en casa y habría dirigido la clase mediante señales de humo. Tal y como estaban las cosas, tenía que encontrar la forma de pasar el tiempo y a la vez engañar a mis alumnos para que creyeran que estaban aprendiendo algo. La clase era de dos horas, dos veces por semana. Como llenar una sesión con una sola actividad estaba fuera de cuestión, comencé a fragmentar cada clase en una serie de períodos de discusión breves y estructurados. Empezábamos con el Rincón de la Fama, que daba a los chicos la oportunidad de compartir interesantes retazos de información proporcionados por sus amigos de Nueva York o Los Ángeles que presumían de tener noticias de primera mano acerca de la inminente ruptura de un grupo de *rock* o la vida secreta de una estrella de cine. Por suerte, todos parecían tener este tipo de amigos, y nunca nos quedábamos cortos de material.

Al Rincón de la Fama le seguía el Foro Gastronómico Casero, nombre que sin vergüenza alguna di al intercambio de recetas culinarias sencillas que implicaran un solo utensilio en su elaboración, el tipo preferido por las tías ancianas y las abuelas cuyo estatus dental requiere que toda la carne se desprenda del hueso sin esfuerzo. Cuando me preguntaron qué tenía que ver la ternera asada de Arkansas con el arte de escribir, me abstuve de mencionar mi reciente adquisición de una cazuela; en su lugar, mentí entre dientes afirmando que no era la receta en sí, sino el ritmo que se le imprimía

para atraer la atención del lector.

Tras el Foro Gastronómico Casero llegaba el momento de la Charla íntima, definido como «una oportunidad de oro para discutir vuestra vida sexual en un entorno seguro e intelectual». La mayor parte de los alumnos se mostraron reticentes a compartir sus experiencias, de manera que llegamos a un acuerdo con el departamento de audiovisuales. Yo empujaba un carrito con ruedas cargado con un gran televisor en color y nos pasábamos una hora viendo *One Life to Live*. En esos momentos, Victoria Buchanan asistía a su vigésima reunión de ex compañeros de promoción y recordaba que, en lugar de graduarse con el resto de la clase, ella había optado por irse en autostop a Nueva York, donde se había emparejado con un *hippy* y dado a luz a una hija de la que no sabía nada desde hacía años. Suena rebuscado, pero al igual que el asado chamuscado en el horno o el cambio de hora en la cita con el dentista, los nacimientos son uno de esos detalles menores que tienden a ocupar las mentes de muchos de los personajes de culebrón. Se trata de un rasgo de personalidad que debes limitarte a aceptar.

En *Hospital general* o *Guiding Light* una historia parecida habría sido vista como una cursilada o algo francamente risible. Esto, sin embargo, era *One Life to Live*, y nadie podía recordar de repente el nacimiento de un hijo como Erika Slezak, que representaba los papeles de Victoria Buchanan y su personalidad alternativa, Nicole Smith. Yo había adoptado la costumbre de grabar los episodios para verlos por la noche mientras cenaba. Ahora que me dedicaba a la enseñanza podía verlos durante la clase y aprovechar la hora de la cena para ponerme al día con *All My Children*. Algunos alumnos protestaron, pero volví a asegurarles que todo formaba parte de mi plan de estudios.

De parte de secretaría llegó la noticia de que había habido ciertas quejas relativas al empleo del tiempo en mi clase. Esto significaba que debía justificar mis pases de vídeo adjuntándoles una tarea escrita para casa. A partir de entonces los alumnos veían el capítulo y luego escribían lo que di en llamar «predicciones», un breve

resumen de lo que creían que iba a suceder en el episodio siguiente.

—Recordad que esto no es Port Charles ni Pine Valley —dije —. Estamos en Llanview, Pensilvania, y hablamos de la familia Buchanan.

En realidad no era un mal ejercicio corto. Aunque los diálogos suelen fallar, hay que reconocer que los culebrones prestan una notable atención a la trama. Sí, siempre había los consabidos secuestros y los triángulos amorosos de verano, pero una buena serie siempre podía sorprenderte con algo tan simple como el hallazgo de una ciudad subterránea. Entrené a mis alumnos pasándoles media docena de episodios, proporcionándoles información pasada y explicándoles que los niños desaparecidos no se limitan a irse por la puerta tras los diez minutos de rigor del *flashback*. El inevitable reencuentro debe tramarse con delicadeza e incluir al menos a dos tercios del reparto.

Creía que por fin había establecido la seriedad de la tarea. Creía que a mi manera les había enseñado algo de verdad, de manera que me enfadé al constatar que sus ejercicios incluían predicciones tales como «la hija perdida resulta ser un vampiro» o «al día siguiente Vicki se atraganta comiendo un sándwich gigante y muere». El tema de los vampiros procedía de la reposición de *Dark Shadows*, y me negué a tomarlo en serio. Pero morir atragantado comiendo un sándwich era un completo insulto. Victoria era una Buchanan y nunca iría a un restaurante de comida rápida, ni mucho menos se atragantaría hasta la muerte en un solo episodio. Especialmente en miércoles. Nadie muere en miércoles. ¿Es que esa gente no había aprendido nada?

En el pasado había hecho grandes esfuerzos por explicarme, llegando al extremo de permitir la conjugación de nombres y el uso de palabras tan cuestionables como «cualquieramente». Esto, sin embargo, era ir demasiado lejos. Había dedicado a los Buchanan de Llanview el mismo tiempo e intensidad que otros colegas dedican al Dublín de Joyce o al Mississippi de Faulkner, pero esto se había acabado. Era obvio que ciertas personas no se merecían ver la televisión a media tarde. Si los alumnos querían pasarse dos horas al

día con la vista fija en las paredes, pues bien, a partir de ese momento así sería, nos mantendríamos fieles a lo básico.

No sé quién inventó el modelo de taller de escritura, pero quienquiera que fuera parece haber alcanzado el equilibrio perfecto entre sadismo y masoquismo. Ahí tenemos un sistema diseñado para eliminar el placer para todos los implicados. La idea es que un alumno aporta un relato, que es leído y concienzudamente criticado por el resto de la clase. En mi experiencia el proceso como tal funcionaba: es decir, las historias se entregaban, fotocopiaban y distribuían para todos. Dobladas, entraban en bolsos y mochilas, pero a partir de ahí el sistema tendía a colapsarse. Cuando llegaba el momento de la crítica, la mayoría de los alumnos se comportaba como si la tarea hubiera sido confinar los relatos en un área oscura y cerrada y evaluar su reacción ante la privación sensorial. Incluso cuando se leían en voz alta en clase, las discusiones tendían a ser breves, ya que la combinación entre buena educación y una absoluta falta de interés evitaba que la mayoría de los participantes expresara su sincera opinión.

Con algunas notables excepciones, la mayor parte de los cuentos eran velados relatos de lo que sucedía al autor en los días en que él o ella trataba de terminar el cuento. Los compañeros de cuarto no paraban de salir de la ducha, y las camareras aparecían como por arte de magia para servir los aros de cebolla y los burritos del desayuno que manchaban las páginas de los manuscritos. La falta de originalidad me molestaba, pero no tenía dónde quejarme. Era una escuela de arte, y el taller de escritura era famoso por suponer la forma más fácil de superar los créditos obligatorios de lengua inglesa. Mis alumnos habían sido admitidos por su habilidad de pintar, esculpir o grabar en vídeo sus cuerpos hasta el más mínimo detalle, ¿acaso no bastaba con eso? Explicaban historias divertidas y conmovedoras sobre sus vidas, pero consignar los detalles en papel era, para ellos, más una obligación que una aspiración. Tal y como yo lo veía, si mis alumnos deseaban fingir que yo era el profesor, lo menos que podía hacer era devolverles el favor y fingir que eran escritores. Incluso si alguien hubiera usado su nombre auténtico y

narrado, pongamos por ejemplo, su última cita con un cirujano bucal, yo aceptaba la historia como pura ficción, diciendo: «Dean, cuéntanos, ¿cómo te hiciste con el personaje?».

El alumno podía murmurar, mientras señalaba el algodón ensangrentado que le deformaba la mejilla, y yo preguntaba: «¿Cuándo decidiste que tu personaje debía buscar tratamiento para ese molar inflamado?». Esta línea de interrogatorio permitía a los autores sentirse creativos y al mismo tiempo protegía a quienes manifestaban alguna opinión política impopular.

—A ver si lo entiendo —comentó un alumno—. Lo que me dice es que si digo algo en voz alta, soy yo quien lo dice, pero si escribo exactamente lo mismo en un pedazo de papel, entonces es otra persona. ¿Es así?

—Sí —dije—. Y a eso lo llamamos ficción.

El alumno sacó su cuaderno, anotó algo y me pasó una hoja de papel que decía: «Esa es la mayor gilipollez que he oído en mi vida».

Eran chicos listos.

Como correspondía al señor Sedaris me marqué la obligación de pronunciar una evaluación informal de cada relato que se entregaba. Normalmente empezaba con los puntos fuertes y terminaba, una o dos páginas más adelante, dispensando consejos profesionales del calibre de: «Los puntos y las comas nunca hicieron daño a nadie» o «¡Piensa en los verbos!». Tendía a perder la paciencia con algunas de las secuencias oníricas más largas, pero en general nos llevábamos bien, y los alumnos aceptaban o hacían caso omiso de mis consejos con la misma educación.

Los problemas surgían únicamente cuando los autores usaban sus historias para reivindicar su postura ante un agravio grave o alguna injusticia. Este era el caso de una mujer a la que la oficina de admisión habría puesto en el grupo de los «estudiantes aplicados», queriendo decir que su vida social no giraba en torno a la cafetería. La mujer en cuestión tenía sus buenos quince años más que yo y desaprobaba claramente mis métodos de enseñanza. Nunca contribuía a la Charla Intima ni al Foro Gastronómico Casero, y yo tenía mis razones para sospechar que fue ella quien se quejó de los

episodios de *One Life to Live*. Con los estudiantes más jóvenes yo aguantaba el tipo, pero no había nada que hacer con alguien que se quejaba regularmente de que ya había perdido suficiente tiempo. La clase se dividió en dos grupos distintos, ella en un bando y todos los demás en el otro. Lo intenté todo excepto las abrazaderas, pero nada pudo lograr que ambas partes se pusieran de acuerdo. Era un verdadero problema.

La estudiante reincidente acababa de salir de un divorcio difícil, y como soportaba un significativo dolor, creía que sus escritos también eran profundos. Bajo un título del estilo «Merezco una segunda oportunidad», su relato no fue bien recibido por el grupo. Siguiendo a la breve discusión, le di mi evaluación escrita y ella la leyó por encima en silencio antes de levantar la mano.

—Disculpe —dijo—. Si no le importa, tengo una pequeña duda. —Encendió un cigarrillo y dedicó un momento a identificarse con la cerilla gastada—. ¿Quién es usted? Quiero decir, ¿quién coño se cree que es para decirme que mi relato no tiene final?

Era una buena pregunta que tenía que salir en algún momento. Era obvio que el relato terminaba en mitad de una frase, pero dejando esta minucia a un lado, ¿quién era yo para criticar a nadie, en especial en algo relacionado con la escritura? Había querido dedicarle algún pensamiento serio al asunto, pero tenía camisas por planchar y etiquetas que hacer y, entre una cosa y otra, se me pasó.

La mujer repitió la pregunta con voz temblorosa:

—¿Quién… coño… se cree… que es?

—¿Puedo contestarte mañana? —pregunté.

—No —ladró—. Quiero saberlo ahora. ¿Quién se cree que es?

A juzgar por la expresión de sus rostros habría jurado que el otro bando de la clase se hacía la misma pregunta. La duda se extendía por la sala como los gérmenes del catarro que se ven cuando se pasa un estornudo a cámara lenta. Me vi a mí mismo ardiendo en una pira de secuencias oníricas, y luego supe la respuesta.

—¿Quién soy yo? —pregunté—. Soy el único que cobra por estar en esta sala. —Esto no era algo que yo quisiera bordar en una almohada, pero pese a todo, una vez dicho, me aferré a ello como a

un lema educativo perfectamente aceptable. Las dudas y temores previos se evaporaron, ya que ahora tenía excusa para todo. El nuevo señor Sedaris ya no volvería a disculparse ni a achicarse. Desde este momento, ordenaría a los alumnos que abrieran y cerraran la puerta y dejaría que eso me recordara que yo estaba al mando. Podíamos hacer lo que yo quisiera porque yo era un profesional cualificado: eso decía, al menos, la copia de la nómina. La voz se me hizo más grave mientras me ponía en pie para ajustarme la corbata—. Muy bien, ¿alguien más tiene otra pregunta estúpida para el señor Sedaris?

La estudiante reincidente levantó otra vez la mano.

—Sé que es una pregunta personal, pero ¿podría decirme cuánto le paga la escuela por estar en esta sala?

Respondí con sinceridad y entonces, por primera vez desde el comienzo del curso escolar, los alumnos formaron una piña. No recuerdo qué bando empezó, solo recuerdo que las carcajadas fueron tan fuertes, tan violentas y prolongadas que el señor Sedaris tuvo que correr a cerrar la puerta para que los verdaderos profesores pudieran dar sus clases en paz.

GRANDULLÓN

Era domingo de Pascua en Chicago, y mi hermana Amy y yo asistíamos a una merienda en casa de nuestro amigo John. Hacía buen tiempo y el anfitrión había montado la mesa en el patio trasero para que pudiéramos sentarnos al sol. Todos habían ocupado sus sitios cuando, con una disculpa, anuncié que iba al lavabo, y allí, en el interior de la taza, estaba el zurullo más grande que he visto en mi vida. Ni papel higiénico ni ninguna otra cosa, solo ese largo y anillado espécimen, grueso como un burrito.

Tiré de la cadena y el gran zurullo tembló. Cambió de posición, pero eso fue todo. Esa cosa no tenía intenciones de irse a ningún sitio. Por un instante pensé en dejarlo allí y cargar el muerto a otro, pero ya era demasiado tarde para eso. Demasiado tarde ya que, antes de levantarme de la mesa, había proclamado estúpidamente que iba al lavabo. «Vuelvo enseguida —había dicho—. Solo voy un segundo al baño». Mi destino era, pues, de dominio público. Debería haber dicho que iba a hacer una llamada. Mi intención era mear y lavarme un poco la cara, pero ahora tenía que encargarme de esto.

La cisterna volvió a llenarse de agua y yo hice una promesa silenciosa. El trato era que si esa cosa desaparecía devolvería el favor al mundo realizando algún acto inesperado de bondad. Tiré de la cadena por segunda vez y el gran zurullo trazó un perezoso círculo. «Sigue —susurré—. ¡Esfúmate! ¡Lárgate!». Me aparté, dispuesto a realizar mi buena obra, pero cuando volví a mirar seguía allí, flotando hacia la superficie en un charco de agua fresca.

Justo en ese momento alguien llamó a la puerta. Empecé a sentir

pánico.

«Un minuto».

A muy temprana edad mi madre me sentó un buen día y me explicó que todo el mundo tiene movimientos intestinales. «Todos —me dijo—. Incluidos el presidente y su esposa». Mencionó a nuestros vecinos, al cura y a varios actores que aparecían semanalmente por televisión. Yo capté la idea global, pero fuera natural o no, no tenía intención de asumir la responsabilidad de este monstruo.

«Solo un minuto».

Por un momento consideré seriamente la posibilidad de sacar el zurullo de la taza y arrojarlo por la ventana. Debo admitir que la idea cruzó por mi mente, pero John vivía en el piso de abajo y había una docena de personas sentadas en una mesa de pícnic a solo treinta metros. Verían la ventana abierta, advertirían que algo caía por ella hasta chocar contra el suelo. Y se trataba de personas que, con toda seguridad, se levantarían e irían a ver de qué se trataba. Entonces aparecería yo, con las manos indescriptiblemente pringosas, tratando de explicar que no era mío. Pero ¿por qué molestarse en lanzarlo por la ventana si no era mío? Nadie me habría creído a excepción de la persona que lo había dejado en primer lugar, y había pocas posibilidades de que el monstruo en cuestión diera un paso al frente y asumiera su culpa. Estaba atrapado.

«¡No tardo nada en salir!».

Agarré la escobilla y usé el mango para romper el zurullo en fragmentos más manejables, sin dejar de pensar por un instante que no era justo, que esto no era técnicamente hablando asunto mío. Una nueva descarga de agua, sin éxito. «Venga, tío. Vamos a moverlo». Mientras esperaba a que se rellenara la cisterna, pensé que quizá debería lavarme el pelo. No es que estuviera sucio, pero necesitaba alguna excusa para justificar el tiempo que llevaba en el baño. «Rápido —pensé—. Haz algo». Para entonces lo más probable es que el resto de los invitados se estuviera preguntando si yo era la clase de personas que utiliza las casas ajenas como

oportunidad de defecar y avanzar un poco en el libro que está leyendo.

«Ya salgo. Me estoy lavando las manos».

Una descarga más acabó con él. La cosa se había ido de mi vida. Abrí la puerta para encontrarme con mi amiga Janet, que me dijo: «Bueno, ya era hora». Y me marché pensando que la persona que había abandonado un zurullo de tales dimensiones no había tenido el menor remordimiento en hacerlo. Entonces, ¿por qué yo sí? ¿A qué venía tanto esfuerzo? ¿Lo habían dejado allí para darme una lección? ¿Había sacado alguna consecuencia de todo aquello? ¿Tenía algo que ver con la penitencia? Resolví dejarlo todo atrás. Salí al patio y comencé a observar a los sospechosos.

EL GRAN PASO ADELANTE

La primera vez que llegué a Nueva York compartí un apartamento de precio razonable a una manzana del río Hudson. En esa época no tenía trabajo y vivía de lo que, en un chiste macabro, denominaba mis ahorros. Por las tardes, a falta de algo mejor que hacer, solía irme hacia el este y atisbar por las ventanas de esas bonitas casas unifamiliares, mientras me preguntaba qué pasaría en el interior de aquellas decoradas estancias. ¿Cómo sería tener no solamente un apartamento para ti solo sino todo un edificio donde pudieras hacer lo que te viniera en gana? Observaba cómo un hombre de cabello blanco se despojaba de un collarín cervical y me decía qué habría hecho ese tipo para merecer una vida tan privilegiada. De haber podido cambiarme por él, lo habría hecho de inmediato.

Nunca había dedicado mucho tiempo a la envidia mientras vivía en Chicago, pero allí era posible alquilar un apartamento de tamaño normal y seguir teniendo dinero para ir al cine o comer un buen filete. Estar arruinado en Nueva York era sentir una eterna y punzante sensación de fracaso, ya que regularmente te topabas con gente que tenía ya no mucho, sino mucho más. Yo tenía un presupuesto diario de doce dólares, que duraban poco, y cualquier capricho exigía su correspondiente sacrificio. Si compraba un perrito en la calle, tenía que compensar el gasto cenando huevos o caminando cincuenta manzanas hasta la biblioteca en lugar de tomar el metro. Sacaba el periódico, sección a sección, de los cubos de basura, y siempre estaba alerta en busca de una buena receta a base de pollo. Al otro lado de la ciudad, en el East Village, los *graffitis*

exigían que los ricos fueran devorados, encarcelados o borrados del mapa. Y aunque a veces esto me parecía una idea bastante buena, esperaba no vivir para ver la revolución. No quería que los ricos desaparecieran hasta poder, al menos, unirme a ellos ni que fuera por un breve período de tiempo. El dinero era tentador. Lo que pasaba es que ignoraba cómo conseguirlo.

Me acercaba al final de un breve empleo temporal cuando advertí que mi casa unifamiliar favorita había sido puesta en venta. «Un diamante federal», la habrían llamado los periódicos. Con cuatro pisos de altura, el edificio se alzaba en una manzana tranquila bordeada de árboles y disponía de jardín privado. Por lo que a mí respectaba, esa casa me pertenecía. Había pasado mucho tiempo fisgando por la ventana del estudio revestido de madera del segundo piso e imaginándome sacando el polvo a las librerías. Mantener el lugar limpio debía de llevar mucho trabajo, pero estaba absolutamente dispuesto a hacer el sacrificio.

Pocos meses después de ser puesto en venta, el edificio se vendió y fue pintado de rosa rabioso con rebordes mandarina, combinación de colores que daba a la casa un aire crudo y nervioso. Si mirabas la fachada durante más de un minuto, las puertas y ventanas parecían ponerse a temblar, como si sufrieran los efectos de una poderosa anfetamina.

Como siempre me había fijado en esa casa, me pareció una notable coincidencia que, gracias a la recomendación de un conocido casual, la propietaria me contratara para trabajar como secretario personal tres días por semana. Valencia era una colombiana impactante con un guardarropa lleno de minifaldas y un especial talento para despertar simpatía entre sus vecinos. Tras pintar la librería de castaño en un amarillo chillón, colgó una cuerda de tender en la barandilla de hierro forjado del siglo XIX que el anterior propietario había hecho traer de Nueva Orleans.

—Dime dónde está la ley que me prohíbe secar la ropa al sol —dijo mientras estrujaba uno de los numerosos anónimos de queja—. Quizá esta gente debería ocuparse de sus asuntos por una vez en la vida y dejarme en paz, por Dios.

Corría el rumor de que Valencia era una especie de heredera que había pagado el millón de dólares de la casa en metálico, de la misma forma que otros compran un cinturón o una maquinilla eléctrica. El dinero parecía incomodarla, y aunque su estatus económico saltaba a la vista, ella prefería fingir lo contrario. La casa estaba amueblada a base de mesas y sillas rotas que había recogido en la calle, y discutía todos y cada uno de los precios. Si un taxista le cobraba cuatro dólares, ella regateaba hasta que se lo dejaba en tres. Si el tipo en cuestión insistía en mantener el precio convenido de antemano, ella le acusaba de intentar abusar de una pobre inmigrante que vivía de un negocio inseguro y tenía un niño al que alimentar. Agotados por la reprimenda, había un sorprendentemente elevado número de personas que cedían a la presión. A menudo se trataba de comerciantes y trabajadores por cuenta propia, y yo siempre me sorprendía al ver la alegría que la invadía por ahorrarse unos dólares a sus expensas.

El negocio al que aludía Valencia era una modesta editorial que ella dirigía desde el llamativo estudio del cuarto piso. Era más un *hobby* que una empresa, pero el trabajo satisfacía su interés por el arte y un cierto gusto por la escritura. En su primer año de operaciones había producido dos volúmenes de poesía, escritos por hombres más famosos por su temperamento violento que por su calidad literaria. Una o dos veces por semana llegaba algún pedido, y era tarea mía servirlo. Había también encargos ocasionales o cartas que fotocopiar, pero en general lo que yo hacía era sentarme ante el escritorio y redecorar mentalmente la casa. Alguien más trepador habría soñado con formas más inteligentes de promocionar los dos impopulares títulos, pero la verdad es que no tengo ningún talento para los negocios y consideraba que bastante hacía ya con permanecer despierto.

A principios de mes, cuando llegaban las facturas de teléfono, gas y electricidad, Valencia me hacía revisar los libros de cuentas y confeccionar una lista de todos aquellos que le debían dinero. Así advertía, por ejemplo, que una librería de Londres tenía un impago de diecisiete dólares. «¡Diecisiete dólares! Quiero que les llames

ahora mismo y les digas que me los envíen».

Yo me tomaba la molestia de señalar que el coste de la llamada a larga distancia era superior a la cantidad adeudada, pero a ella no parecía importarle y afirmaba que era el concepto lo que la molestaba. «Llámales antes de que se pongan a tomar el té».

Entonces yo descolgaba el teléfono y fingía marcar el número. No había la menor posibilidad de que yo pudiera ponerme duro y exigirle al inglés en cuestión que me enviara el dinero, ni siquiera aunque me lo hubiera debido a mí. Con el auricular pegado al oído, echaba un vistazo al jardín que daba a las ordenadas casas de los vecinos de Valencia. Doncellas uniformadas servían el té en bandejas de plata. Hombres y mujeres sentados en sillas de cuatro patas contemplaban las paredes de sus casas sin necesidad de ponerse gafas de sol. Lo que me inquietaba era la idea de que en realidad yo pertenecía a la casa de Valencia, que de todas las casas de Nueva York mi puesto estaba allí, con la Condesa Descalza. «En Londres no contestan», decía yo al final. «Creo que hoy es fiesta nacional allí».

—Bueno, pues creo que ahora no estaría de más que llamaras a la tienda de Michigan que nos debe doce dólares con cincuenta.

A última hora de la tarde recibíamos a menudo la visita de uno o más de sus poetas beat fracasados que siempre, mira qué coincidencia, parecía encontrarse en la zona. Se les conocía más por sus amistades célebres que por la obra que habían producido, pero Valencia tenía bastante con eso y coleccionaba a esos hombres como sus vecinos coleccionaban teteras estilo regencia o cuernos de Staffordshire. De vez en cuando el poeta en cuestión se presentaba borracho, cargado con objetos callejeros en los que había grabado crípticos mensajes. «Mira qué he hecho —decían—. ¿Quieres comprarlo?». Ese tipo de obras conformaban la decoración de la casa, y a menudo se me regañaba por tirar sin querer la taza de plástico de Robert o la brocha especial de Douglas. Valencia era increíblemente generosa con aquellos desgraciados. Memorizaba sus poemas y disculpaba sus malos modos. Les daba de beber y les obligaba a comer, pero si Valencia hubiera sido pobre dudo que ellos

hubieran querido tener nada que ver con ella. En su presencia, Valencia se mostraba encantadora y atractiva, pero ellos parecían buscar algo más que amistad. Al observarla en su compañía comprendí por qué la gente rica suele tener amigos igual de ricos. Una cosa es no caer bien, pero supongo que debe fastidiar que los demás te tomen siempre el pelo.

Mi carrera como secretario personal tocó fondo una mañana de verano cuando Valencia me saludó con un cartel que había arrancado del escaparate de una tienda de aves exóticas que había en la esquina. Bajo una borrosa foto fotocopiada de algo con aspecto de pollo constaba la descripción de una cotorra gris africana que había huido volando de la tienda en un descuido de un cliente. El anuncio decía que el pájaro respondía al nombre de Caradura y que se ofrecían setecientos cincuenta dólares por su devolución.

—Ya está —dijo Valencia—. Encontraremos a este tal Caradura, cobraremos el dinero y seremos ricos.

Las posibilidades de encontrar al loro me resultaban más que dudosas. Tras dos días de disfrutar de libertad, habría podido llegar hasta Brooklyn hace tiempo aunque hubiera ido andando. Me puse a formalizar el pedido de un libro, preocupado de que Valencia demostrara tamaño placer en fingirse pobre. No cabe duda de que encontrar al pájaro estaría bien, pero era una idiotez actuar como si necesitara el dinero para sobrevivir. En algún momento de su vida había adoptado la idea de que los arruinados llevan vidas más ricas que nadie, que eran más nobles o más inteligentes. En un esfuerzo por mantener mi nobleza, me pagaba menos de lo que había cobrado el secretario anterior. La mitad de los cheques no tenían fondos, y ella se negaba en redondo a reembolsarme los recargos que tenía que pagar arguyendo que era culpa de mi banco y no del suyo.

Estaba metiendo un libro en un sobre cuando Valencia susurró:

—¡Psst, David, mira! ¡Ahí fuera! Creo que estoy viendo al pájaro de los setecientos cincuenta dólares.

Miré por la ventana abierta: apoyado en una rama de un ginkgo un palomo se estaba examinando la pata herida.

—Llámalo para que entre —murmuró Valencia—. Dile que

tienes pan para él y vendrá.

Le dije que se trataba de un palomo, pero ella lo negó, presentándome como prueba la arrugada fotocopia.

—Llámalo Caradura. Atrápalo y compartiremos el dinero.

Recordé una vez más los cheques sin fondos y comprendí que, de haberse tratado de la verdadera cotorra, ella habría encontrado algún modo de renegar del trato y cambiar el prometido reparto al cincuenta por ciento. Podía verla claramente diciendo que había sido la primera en ver al ave y que se merecía una parte mayor ya que el bicho había sido capturado en su propiedad. En el pasado había soportado sus berrinches y no había protestado cuando me gritaba delante de los vagabundos, pero esto ya era pedir demasiado. Aunque podía seguirle la corriente y atraer al pájaro, supe que definitivamente nunca podría llamarlo Caradura. Me daba demasiada vergüenza.

—¿A qué esperas? —preguntó—. Date prisa, antes de que se vaya.

Adopté una voz grave y emití una serie de arrullos amables. Prometí comida y cobijo, pero el palomo no tenía el menor interés de entrar en casa. Me miró como si estuviera juzgando los muebles rotos y las paredes de vivos colores, y luego se fue volando.

—¿Cómo has podido dejarlo escapar? —gritó Valencia—. Podríamos haber ganado una fortuna, y en su lugar, te has comportado como un imbécil con esos ruidos ridículos. De verdad, ¿cómo has podido?

Se echó en la cama que tenía aparcada en el rincón y sollozó durante un rato antes de descolgar el teléfono astillado y llamar a alguien de su tierra natal. Yo estudié español en el instituto, pero no conseguí entender a quién llamaba o de qué hablaban. Por su tono, se diría que estaba pidiendo a alguien algo tan importante como un corazón o un hígado. El ruego fue seguido por un prolongado período de gritos que finalmente desembocó en un segundo lamento. Este tipo de llamadas no era infrecuente y, aunque a veces acababa gimoteando, nunca decía nada de la conversación después de colgar.

Valencia llevaba al teléfono unos diez minutos cuando dejó de hablar español y cambió a inglés.

—¡David! ¡Ha vuelto! Es el pájaro de los setecientos cincuenta dólares y esta vez tienes que hacer que entre en casa. Cázalo. ¡Atrapa a Caradura!

Se trataba de otra paloma, esta con los dos pies sanos y una capacidad de concentración notablemente menor. Se marchó y Valencia comenzó a chillarme de nuevo.

—No sirves para nada. No puedo creer lo que pasa contigo. ¿De qué sirve alguien que no consigue ni atrapar a un pájaro?

La escena fue repitiéndose a lo largo de la semana y marcó el principio del fin de mi relación con Valencia. Comenzó a llamarme a primera hora de la mañana para decirme que aquel día no me necesitaría. Yo sabía que acababa de comprarse un ordenador y que estaba pagando a una estudiante universitaria para que la enseñara a utilizarlo. La estudiante era alegre, eficiente y adoraba la poesía beat. De pedírselo, habría sido perfectamente capaz de recaudar los diecisiete dólares del inglés o de capturar al palomo con sus propias manos. El nombre Caradura habría salido de sus labios sin dificultad, de manera que lo más sensato era darme el pasaporte. Yo debería haber dimitido dignamente, pero por cutre y mal pagado que fuera el trabajo la verdad es que no tenía ganas de buscar otro. Así que me quedé y esperé a que me despidieran.

Mi jornada ya se había reducido a un día y medio cuando Valencia llamó a un transportista para que trasladara un cargamento de muebles a un apartamento que había alquilado para uno de sus vagabundos. El hombre vino solo, sin ayudantes, ya que le habían dicho que había trabajo solo para uno. Pero cargar un sofa a lo largo de tres tramos de escaleras es tarea dura para uno solo y, como tampoco tenía nada mejor que hacer, me ofrecí a ayudarle. El hombre se llamaba Patrick, y hablaba en un tono de voz dulce e hipnótico que hacía que sus palabras sonaran sabias y reconfortantes.

—Veo que estás harto de esa —dijo, señalando con los ojos hacia el despacho de Valencia—. He conocido a montones así durante toda mi vida. Va de bohemia y se ha acostumbrado a ser

tacaña. Seguro que no me da ni propina.

Después de llevar el mueble al nuevo apartamento del vagabundo, Patrick me ofreció un empleo y yo acepté.

—Genial —exclamó—. Consíguete una faja para la espalda y nos vemos por la mañana.

Como era un comunista con carnet del partido, Patrick odiaba que alguien le llamara jefe.

—Esto es un equipo —decía—. Da la casualidad de que yo poseo el camión, pero eso no me convierte en alguien más valioso que otro. Si soy mejor que tú, es solo porque soy irlandés.

Yo nunca me había preocupado por los que se autoproclamaban marxistas que había conocido en la universidad, pero Patrick era diferente. Solo con mirarle a los dientes ya comprendías su cruzada por la atención sanitaria universal. Tanto las gafas como la sonrisa permanecían pegadas gracias a la cinta adhesiva. También resultaba notable su empeño en enredarse en cualquier trabajo físico. Los comunistas que yo conocía siempre habían funcionado basándose en que cuando llegara la revolución, ellos serían los que estarían apoltronados en los cuarteles del partido con portafolios en las manos. No eran capaces ni de lavarse una taza de café, aunque sí se habían despachado a gusto con el fabricante de jabón.

Las tazas de Patrick estaban limpias y ordenadamente alineadas en el estante. Vivía solo en un apartamento pequeño de renta limitada lleno de comida para picar, de cartas de presos radicales y del tipo de periódicos que no tienen sección de moda. Su negocio consistía en él, un camión de reparto abollado y un grupo de ayudantes a tiempo parcial o completo a los que contrataba en función de la disponibilidad y la envergadura del encargo. Juntos dábamos la sensación de ser el reparto de una tonta comedia de situación, algo llamado *Cárgalo y Vete*, o *Hello, Dolly*. Los ayudantes a tiempo parcial incluían a Lyle, un cantante y guitarrista de folk procedente de Queens, e Ivan, un inmigrante ruso en tratamiento por una esquizofrenia residual. Yo trabajaba a tiempo completo, a

menudo en compañía de un asesino convicto llamado Richie, quien, con sus casi dos metros y ciento diez quilos, era un ejemplo vivo tanto para la industria del transporte como para el fracaso del sistema de rehabilitación criminal. Arrestado con quince años, había cumplido diez años de condena en una combinación de instituciones penitenciaras juveniles y de adultos bajo cargos de incendio provocado y asesinato en segundo grado. La víctima fue el novio de su hermana, a quien Richie redujo a cenizas porque, según sus palabras:

—Pues no sé. El tío era un capullo. ¿Qué quieres que te diga? —Se pensaba lo que acababa de decir y se retractaba, diciendo—: La verdad es que descubrí que no era de fiar. ¿Cómo te suena eso? —Y en un esfuerzo de impresionar al último encargado de su condicional, Richie trató de mejorar su vocabulario—. No puedo prometer que no volveré a matar a nadie —me dijo una vez mientras cargaba una nevera a sus espaldas—. Es poco realista vivir la vida en unos parámetros tan estrictos.

Sería absurdo decir que me divertía subir colchones a un quinto piso, pero sí que resultaba agradable sentirse parte de un equipo. El dinero no era nada en comparación con lo que otros ganaban atendiendo al teléfono o metiendo supositorios en los anos de ancianos ciudadanos, pero era más de lo que ganaba trabajando para Valencia. El dinero en efectivo siempre era válido y casi siempre recibía propinas. Después de un año y medio encerrado en un cuartucho, me sentaba bien salir y moverme. Regó Park, Bayside, Harlem, Coney Island, el trabajo me permitía conocer muchos barrios de Manhattan y sus alrededores. Me daba la oportunidad de fisgar en las vidas ajenas, conocer a otros neoyorquinos y cargar con sus cosas.

Dado que Patrick no creía en los seguros, pocas veces transportábamos objetos de valor: ni cuadros importantes para museos ni muebles de extraordinaria calidad. La mayoría de nuestros clientes se trasladaban a lugares que apenas podían costearse. El nuevo y más elevado alquiler que debían pagar significaba tener que recortar gastos, trabajar más horas o tratar de

prescindir de sus carísimos psiquiatras. Estaban nerviosos por el futuro y siempre a punto de quejarse si una parte de su pasado se rayaba o rompía.

—El efecto del traslado les jode las neuronas —explicó Richie durante la primera semana de trabajo—. Yo me limito a pasar de su exagerado estrés y a concentrarme en el trabajo.

Trasladar objetos pesados me hacía sentir masculino a los ojos de otros hombres. Con las mujeres me daba igual, pero disfrutaba de un placer sutil intimidando a los tipos con problemas de espalda que creían que nos ayudaban diciéndonos cómo cargar el camión. La idea de base era que unos transportistas no podían poseer una mente muy brillante. Además de ser fuertes y estúpidos, también se nos consideraba peligrosos. Para Patrick y los otros debía ser ya historia sabida, pero a mí me hacía gracia que me vieran capaz de agredirlos. Lo único que tenía que hacer era soltar la carretilla con un poco más de fuerza para que aquel cliente mandón se apresurara a decir:

—Será mejor que nos calmemos e intentemos resolver esto.

Empecé a experimentar sutiles modificaciones y a perder la paciencia con la gente que poseía demasiados libros. Lo que antes consideraba una inclinación de lo más honrosa me parecía ahora una manía pesada e inconveniente. Aunque su conversación era menos brillante, descubrí que prefería a los coleccionistas de animales de peluche. Las cajas de discos me hacían pensar que los LP deberían ser prohibidos o cuando menos limitados a cinco por persona, y pronto llegué a despreciar al tipo de gente que embala hasta las botellas de champú vacías con la idea de que ya se ocupará de tirar lo que no sirva cuando se instale en el piso nuevo.

Cuando me enfrentaba a un apartamento lleno de cajas, fingía ser una hormiga a la que se había asignado el transporte de migas para la colonia. No tenía sentido estimar el número de viajes implicados; ideas como esas solo servían para agotarme antes de empezar. En su lugar iba llevando la carga caja a caja hasta que me llegaba el turno de vigilar el camión. Cuando llegábamos al nuevo edificio, el proceso empezaba de nuevo, con suerte provistos de ascensor. En ese nuevo apartamento, con el aire aún contaminado

por el olor a pintura, los clientes decidían el orden de sus nuevas vidas.

—El sofá cama, allí… No, no, quizá mejor allá. ¿Usted qué opina?

El esquizofrénico era quien daba los mejores consejos de decoración, aunque Richie no se quedaba atrás.

Tras acabar el trabajo, nos quedábamos en la calle bebiendo cerveza o Gatorade multisabor. Se discutía la cantidad de la propina, y las desventajas de vivir en ese barrio concreto. Era opinión común que un estudio del tamaño de un ataúd en la avenida D era preferible a vivir en uno de los distritos de las afueras. Trasladarse de un barrio de Brooklyn o Staten Island a otro estaba bien, pero a menos que tuvieras niños en que pensar, incluso los sin techo veían como una degradación abandonar Manhattan. Los clientes que cambiaban la isla por Astoria o Gobble Hill afirmaban dar la bienvenida al cambio de escenario, ensalzando las ventajas de un jardín o la proximidad al aeropuerto. Ponían buena cara, pero uno siempre podía detectar en ellos una subyacente sensación de fracaso. Los apartamentos eran más grandes y más baratos en otros sitios, pero uno nunca podía contar con que su círculo de amigos estuviera dispuesto a realizar un largo viaje para asistir a su fiesta de cumpleaños. Incluso Washington Heights se consideraba ya un lugar remoto: aunque estaba en el mismo Manhattan, la gente se refería a él como Upstate New York.

Una vez que habíamos dado cuenta de las bebidas, Patrick nos llevaba de vuelta al lugar que todos, con la excepción de Lyle, considerábamos el centro del universo. Trasladar gente de un lugar a otro me hacía sentir como si estuviera realizando un servicio valioso, reconocido y apreciado por la ciudadanía. Por fin tenía un papel en el gran esquema del mundo. Mi lugar no estaba con Valencia, sino aquí, montado en un camión de pan con mis amigos. Mi amigo el comunista, mi amigo el esquizofrénico y mi amigo el asesino.

Los inicios de cada mes eran siempre la época más atareada, pero ya había trabajos menores y rupturas matrimoniales para mantenernos ocupados el resto del tiempo. En otras partes del

mundo la gente intentaba seguir junta por el bien de los niños. En Nueva York intentaban resolver las cosas por el bien del apartamento. Abandonar un estudio espacioso y de precio moderado a mediados de mes solía implicar que alguien había hecho algo realmente malo. Vaciábamos la mitad de las cosas del piso y escuchábamos los detalles mientras conducíamos al antiguo ocupante al guardamuebles conseguido el día anterior. El camión hacía mucho ruido, y aunque la parte injuriada siempre estaba deseosa de hablar, tenía que elevar la voz significativamente si quería que lo oyeran. Me gustaba oír sus historias, pero resultaba raro oír esa información de índole personal a gritos en lugar de en el tono más bajo que caracteriza a las confidencias.

—¿Y QUÉ HIZO LUEGO? —gritábamos Richie o yo.

—SE FOLLÓ A SU EX NOVIO EN EL SOFÁ QUE COMPRÉ PARA NUESTRO ANIVERSARIO.

—¿EN DÓNDE?

—EN EL SOFÁ DONDE ME SIENTO. SE FOLLÓ A SU EX NOVIO EN ESTE SOFÁ.

—¿CUÁNTAS VECES?

—¿EH?

—DIGO QUE CUÁNTAS VECES.

—SOLO UNA QUE YO SEPA, ¿NO LE PARECE BASTANTE?

—DEPENDE. ¿CUÁNTO PAGABA DE ALQUILER?

Los ciudadanos de Nueva York acudían a nosotros cuando buscaban apartamento. Había transportistas que cobraban por proporcionar esa información, pero, con la excepción de Richie, los demás siempre la dábamos gratis. Los extranjeros a menudo asomaban la cabeza por la ventanilla del camión cuando lo veían cargado y nos preguntaban de dónde veníamos. «¿Sabe si ya lo han alquilado? ¿Tiene ducha o baño completo?». Preguntaban en el mismo tono que usa el personal de urgencias médicas. «¿De qué piso cayó la víctima? ¿El apartamento tenía mucha luz?».

Yo había crecido con la impresión de que hacía falta una cierta habilidad personal para manejarse en Nueva York, pero un sorprendente número de clientes me demostró lo contrario. Aquí

había gente que embalaba cincuenta kilos de platos en una caja del tamaño de una caseta de perro, o, aún peor, gente que no embalaba nada en absoluto. Una tarde fuimos a hacer el traslado de una joven atractiva que encontraba encantador deletrear el nombre Kim con una hache, una i griega y dos emes. La puerta se abrió y a través de ella llegó hasta nosotros el atronador sonido de un enorme aparato de alta fidelidad. Había restos de palomitas por la alfombra y todo parecía estar en su lugar. Deduje que nos equivocábamos de apartamento y estaba a punto de disculparme cuando ella dijo: «¿Son los del traslado? Genial, pasen».

Sonó el teléfono y ella se pasó unos minutos hablando antes de cubrir el aparato con la mano y susurrar:

—No he podido encontrar cajas ni nada, así que… bueno, ya saben.

—¿Ya sabemos qué? —preguntó Richie—. ¿Usamos los putos poderes mágicos o nos vamos directamente a casa?

Él y yo estábamos decididos a irnos. Nos irritaba que esa chica no hubiera sido capaz ni de embalar. No puedes plantar una cacerola caliente en el suelo de un camión en marcha, y además, si no se había molestado en conseguir unas docenas de cajas había pocas posibilidades de que nos diera propina. Khymm me dio la impresión de ser la clase de persona que siempre ha contado con su aspecto físico para salirse con la suya. La gente le habría perdonado toda clase de cosas a lo largo de su vida, pero dudaba que inspirara mucha simpatía en Patrick. A mi entender los comunistas preferían a chicas fuertes y bien alimentadas, de gruesos tobillos y espaldas anchas, listar para trillar la harina o cargar pesados sacos de arroz.

—¿Y bien? —preguntó Richie.

Patrick levantó los brazos.

—Diablos, ahora ya estamos aquí, ¿no?

La chica tenía un perrito, un Pomeranian que ladró sin parar durante las tres horas que tardamos en vaciar el apartamento. Ella no hizo nada por ayudar. Se pasó el tiempo hablando por teléfono, con pausas ocasionales para gritar: «Cuidado con eso» o «No zarandeen la pecera, creo que la hembra está preñada». Mientras

subíamos los tres pisos de escaleras en busca de un nuevo cargamento de botes de champú, empecé a entregarme a fantasías crueles, que fueron en aumento una vez que cargamos todo el camión y llegamos a su nuevo apartamento, situado en el quinto piso de otro edificio sin ascensor. Tal y como yo había predicho, la propina consistió en una sonrisa de anuncio de dentífrico y la ridícula sugerencia de que pasáramos una buena tarde. Patrick nos dio algo más por las molestias pero se negó a unirse a nosotros en nuestras críticas a la singular idiotez de la joven.

—Eh, dejadla en paz. Era una buena chica.

Podía ser así de imprevisible. A veces entrábamos en un apartamento organizado y perfectamente embalado, y si el cliente era hombre y obviamente de éxito, Patrick cancelaba el trabajo, arguyendo que se le había roto el eje o que fallaba la transmisión del camión.

—Lo siento, amigo, pero no puedo.

Daba al hombre el número de uno de sus competidores y se iba, encantado por la gran molestia que acababa de causar.

—Ese tipo de tíos son como malas noticias —decía, al volver al camión—. ¿Qué, chicos, os apetece una buena taza de café bien caliente? Pago yo.

Pocas veces me sentía atraído por las palabras «bien caliente». Yo no quería una taza de café, quería trabajar.

—¿Qué tenía de malo ese tío? —preguntaba—. Era un inmueble con ascensor, por el amor de Dios. Y una buena pasta.

Patrick echaba la cabeza hacia atrás y soltaba la risa de comunista que le salía del alma, una carcajada prolongada que sugería que yo era joven e incapaz de entender la diferencia entre dinero bueno y dinero malo.

—Ya conseguiremos algo mejor mañana —decía—. Relájate, hermano. ¿Cuánto dinero necesitas?

—El necesario para una casa unifamiliar.

—Tú no quieres una casa unifamiliar.

—Sí la quiero.

—Pues entonces te has metido en el negocio equivocado.

En eso tenía razón. Llevar cajas de un lado a otro no iba a reportarme un millón de dólares. Pese a todo, el dinero extra del bolsillo me permitía cruzar la calle sin preocuparme de que otros tuvieran más que yo. Podía irme al cine o comprarle a Richie una bolsa de marihuana y no sentir el peso de la envidia. Solo tenía que comprender que, para Patrick, hacer el traslado de un cierto tipo de personas era una acción equivalente a llamar Caradura a una paloma: simplemente no merecía la pena. Quizá creía que esos hombres le miraban los dientes y le creían un fracasado. En su intenso y tenaz impulso por triunfar, quizá Patrick veía la futilidad de su propia lucha. Si ahondabas en esas cuestiones te salía con citas de Marx y Lenin, de manera que pronto aprendí a no hacer preguntas.

Lo mejor eran las tardes soñolientas de otoño cuando acabábamos de trasladar a un cliente de un piso de dos dormitorios de Manhattan a algún barrio lejano de Brooklyn o Queens. Dejábamos abiertas las puertas laterales mientras nos agrupábamos en el asiento delantero, con Patrick escuchando una traducción grabada del Jefe Mao despotricando contra «el gran paso adelante». Los coches parados en el puente debido a un accidente y, ya que nos pagaban por horas de viaje, esperaba que el siniestro incluyera alguna máquina grande y pesada. Cuando la cinta se ponía demasiado aburrida, yo preguntaba a Richie por sus días en el reformatorio y me amodorraba satisfecho mientras él hablaba de ladrones de coches de doce años y de chicos que habían matado a sus hermanos por un corte de helado. Patrick se metía en la conversación, diciendo que el crimen violento era una consecuencia natural del sistema capitalista, y entonces, por fin, el *skyline* de Nueva York aparecía en el horizonte y todos nos callábamos. Aunque vivas allí, siempre resulta refrescante ver Manhattan desde lejos. De cerca la ciudad no es más que una agobiante serie de escaleras, pero desde la distancia inspira fantasías de riqueza y poder tan profundas que incluso nuestros comunistas se quedan temporalmente sin habla.

UN DÍA ESPECIAL

Es su cumpleaños: Hugh y yo estamos sentados en un restaurante de Nueva York a la espera de que lleguen nuestros entrantes de quince palabras. Él tiene muy buen aspecto, vestido con el traje y el suéter que siempre han sido suyos. En cuanto a mí, poseo solo los zapatos, pantalones, camisa y corbata. La americana pertenece al restaurante, y me fue cedida en préstamo por el *maître*, que aparentemente pensó que me sentiría más cómodo vestido como si estuviera dirigiendo una banda de música escolar.

Observo preocupado las cadenas doradas que decoran las mangas cuando el camarero nos sirve lo que él llama «una cosita para alegrar la *palette*». Rozando el tamaño y color de una tirita, la diversión flota en un hondo y pringoso charco de salsa coronado por una espiga verde.

—¿Y esto qué… era exactamente? —pregunta Hugh.

—Esto —anuncia el camarero— es nuestro pez espada crudo del Atlántico servido sobre una base de chocolate negro y acompañado de menta fresca.

—No, por favor —digo yo—. Chicos, ¿no podéis traer algo un poco menos convencional?

—Me encanta su chaqueta —susurra el camarero.

Por regla general, no soy un gran aficionado a comer fuera en Nueva York. Resulta duro aceptar un lugar que ha prohibido fumar pero encuentra perfectamente natural servir pez crudo bañado en chocolate. No quedan restaurantes normales, al menos en nuestro barrio. Los de siempre han sido reemplazados por pequeños

restaurantes que anuncian un menú de cocina indígena americana. Afirman que se trata de comida tradicional, aunque pocas veces te ofrecen los platos americanos que yo recuerdo. La empanada ha sido arrinconada en favor de los medallones de corazón de alcachofas enanas rellenos de hierbas, que nunca me hacen pensar: «¡Ah, sí! Me pregunto si serán tan buenas como las de mi madre».

Parte del problema radica en que vivimos en la parte equivocada de la ciudad. El Soho no es el tipo de lugar donde se sirven macarrones. Se trata de la zona donde los jóvenes talentos más brillantes de Nueva York acuden a degustar tiras caramelizadas de pájaro cantor alimentado con alpiste biológico o virutas de calabacín seco servidos con un acompañamiento de jengibre y rodeadas por una tribu de setas chilenas asadas, rociadas con unas gotas de aceite puro de almizcle. Incluso cuando prometen algo sencillo, tienen que complicarlo: la carne tiene que haber sido marinada en agua salada, o encuentras higos en la ensalada de atún. Si la cocina es un arte, creo que estamos en plena fase Dada.

Nunca me he considerado como un comedor especialmente melindroso, pero resulta difícil jugar limpio cuando cada plato parece incluir no menos de doce ingredientes, uno de los cuales tiende a no ser de mi agrado. Estuve a punto de pedir el filete con guarnición de melocotones pochados, pero la salsa de aspirina me echó para atrás. Las vieiras tienen buen aspecto hasta que me dicen que vienen servidas en un caldo de licor de malta con nueces chinas momificadas. Lo que de verdad me apetece es un cigarrillo, y no me canso de revisar el menú con la esperanza de que algún valeroso chef joven se haya atrevido a reconocer el tabaco como verdura. Ya sea al horno, hervido, a la plancha o de relleno de almejas a la marinera, lo único que necesito es algo reconocible a lo que agarrarme.

Cuando el camarero nos trae los entrantes no tengo la menor idea de cuál de los dos es mi plato. En los restaurantes de antes era posible tanto visualizar como reconocer la comida. Siempre había sutiles diferencias, pero en la mayoría de los casos una chuleta de cordero tendía a conservar su forma básica. Es decir, tenía el aspecto de una chuleta de cordero. Tenía un mango de hueso y una lágrima

de carne rodeada de una gruesa capa de grasa. Sin embargo, en apariencia, eso resultaba demasiado predecible. Pide una chuleta de cerdo moderna y es probable que su apariencia no difiera en nada del plato de grilletes de pompano que ha pedido tu acompañante. La comida actual siempre aparece colocada en la forma absurda de una pirámide vertical. No contenta ya con yacer sobre el plato, ahora mira hacia el cielo, cual rascacielos urbano. Es como si los platos fueran valiosas parcelas de tierra y el chef hubiera comprado un pequeño terreno sin límites aéreos. Los linguini al azafrán de Hugh parecían un turbante en miniatura, decorados con arquivoltas de gambas. La comida aparece enhiesta en el centro mientras que el resto del enorme y vacío plato parece haber sido cedido como posible zona de aparcamiento. Yo había pedido el filete, que, obedeciendo a la misma moda minimalista, es servido sin hueso, las finas lonchas de carne dispuestas para imitar el aspecto de una pila funeraria. Las patatas que yo esperaba encontrar han sido aparentemente reducidas a su esencia o bien se usaron para alimentar la lumbre.

—Quizá —dice Hugh— estén escondidas en la torre de carne.

A eso hemos sido reducidos. Hugh aparta de un soplido el polen de yuca de la gamba negra mientras yo retiro las mangas de mi abrigo de deporte prestado y registro la torre de carne en busca de las patatas prometidas.

—Ahí están, ahí. —Hugh utiliza el tenedor para señalar lo que bien podría haber sido confundido con el hueco de cinco molares extraídos. Los agujeros negros deben de ser la verdura.

Como de hecho soy glotón y masoquista, mi queja típica «Era horrible» siempre va seguida de: «¡Y encima en tan poca cantidad!».

Nos retiran los platos y nos ofrecen la carta de postres. De ella aprendo que el jamón picante ya no es un segundo y que incluso los puntos negros de *Smithsonian* pueden ser convertidos en sorbete.

—La verdad es que no puedo más —digo al camarero cuando este nos recomienda el chocolate blanco con cuscús de frambuesas salvajes.

—Si les preocupan las calorías, podría conseguir que el chef les

sirviera sin crema fresca.

—No —respondo—. De verdad, no puedo más.

Pedimos la cuenta explicando que vamos al cine. No tardamos más de diez minutos a pie hasta la sala, pero miro ansioso a mi alrededor porque me gustaría comer algo antes de que empiece la película. En el bar del cine tienen cantidad de cosas de comer, pero no soy de los que mezclan cine y comida. Por suerte veo un carrito de perritos calientes que no queda demasiado lejos.

Mis amigos siempre dicen:

—¿Cómo puedes comerte eso? Leí en el periódico que los hacen de labios de cerdo.

—¿Y…?

—Y corazones y pestañas.

Para mi mente eso supone solo tres ingredientes y constituye un refrescante cambio de escenario. Pido el mío solo con mostaza y alucino al ver que el vendedor me sirve el perrito caliente en posición horizontal. Es tan primitivo y eterno que lo reconozco, inmediatamente, como comida.

CIUDAD DE ÁNGELES

Alisha, una de mis amigas de la infancia, vive en Carolina del Norte, pero suele venir a verme a Nueva York al menos dos veces al año. Siempre ha sido una huésped fácil y poco exigente, y era un placer tenerla en casa ya que se mostraba feliz acompañándome a hacer encargos o simplemente tumbada en el sofá leyendo una revista. «Tú piensa que yo no estoy», decía, y yo a veces lo hacía. Silenciosa y deseosa de hacer lo que los demás querían, a menudo se la comparaba favorablemente con una sombra.

Una semana antes de su habitual visita de diciembre, Alisha llamó para decir que traía consigo a una amiga que respondía al nombre de Bonnie. La mujer trabajaba en una cafetería y nunca se había alejado más de cien kilómetros de su hogar en Greensboro. Alisha no la conocía desde hacía mucho tiempo, pero me dijo que era una persona muy dulce. Esa es una de las palabras favoritas de Alisha, «dulce», y la usa para describir prácticamente a todo el mundo. Si le dieras una patada en el estómago, lo máximo que podrías esperar sería descender a la categoría de «semidulce». Nunca he conocido a nadie con mayor tendencia a evitar los juicios y a pasar por alto lo que a mí me parecían defectos mayores de personalidad. Como todos mis amigos, es una pésima juez del carácter ajeno.

Las dos mujeres llegaron a Nueva York un viernes por la tarde, y tras saludarlas advertí una expresión poco habitual en el rostro de Alisha. Era la mirada de alguien que ha descubierto demasiado tarde que ha prendido fuego a su casa o se ha comprometido a viajar con

la persona equivocada. «Huye si aprecias tu vida», susurró.

Bonnie era una mujer larguirucha y de aire austero, cuyas trenzas gruesas e infantiles caían como correas sobre los inocentes cachorros dibujados en su sudadera. Tenía un marcado acento de Greensboro y había aterrizado en el JFK convencida de que, si se les daba la mínima oportunidad, la gente de Nueva York le robaría hasta los dientes, algo que no estaba decidida a consentir.

—En cuanto el taxista dijo: «Ustedes dos no tienen pinta de ser de la ciudad», supe que planeaba timarnos.

Alisha se llevó las manos a la cabeza, dándose un masaje para aliviar lo que se había convertido en una evidente jaqueca.

—Supe exactamente qué quería decir con eso. Conozco las reglas, no soy tonta, así que anoté su nombre y el número de matrícula y dije que daría parte a la policía si trataba de engañarnos. No he hecho todo este camino para que me vacíen los bolsillos, y así se lo dije, ¿no es verdad, Alisha?

Me mostró el recibo del taxi y le aseguré que le habían cobrado un precio correcto. Era la típica cuenta de treinta dólares desde el JFK a cualquier destino de Manhattan.

Volvió a meterse el recibo en el bolsillo.

—Pues confío que no esperara propina porque no me sacó ni un centavo.

—¿No le diste propina?

—¡Por Dios, claro que no! —dijo Bonnie—. No sé tú, pero a mí me cuesta mucho ganar el dinero. Es mío, y no voy a dar propina a alguien a no ser que me den el servicio que espero.

—Correcto —dije—. Pero ¿qué clase de servicio esperas si nunca habías montado antes en un taxi?

—Espero ser tratada como cualquiera, eso espero. Espero que me traten como a una norteamericana.

Ahí estaba la raíz del problema. Los turistas norteamericanos se sentirán mejor acogidos en Teherán que en Nueva York, una ciudad fundada sobre el principio de «Nosotros contra Ellos». No hablo latín, pero siempre he asumido que el lema de la ciudad puede traducirse como «Vete a casa» o «Tú tampoco nos caes bien». Al

igual que yo, la mayoría de la gente que conocía se había mudado a Nueva York con el expreso deseo de escapar de norteamericanos del tipo de Bonnie. El miedo había trabajado a nuestro favor hasta que un nuevo alcalde comenzó a promocionar la ciudad como el nuevo parque temático familiar. La campaña había funcionado, y ahora las Bonnies llegaban en manada, exigiendo la misma hospitalidad que habían recibido en Orlando el mes anterior.

He recibido visitas de todo el mundo, pero la amiga de Alisha era la primera en llegar con un itinerario prefijado, un grueso fajo de folletos y horarios que guardaba en una riñonera de nailon. Antes de abandonar Carolina del Norte había hablado con un agente de viajes que le proporcionó una lista completa de destinos que cualquiera en su sano juicio intentaría evitar, especialmente en vacaciones, cuando las multitudes se multiplican en proporciones chinas.

—Bien —dije—, veremos lo que podemos hacer. Estoy seguro de que Alisha tiene pensado visitar algún lugar, de manera que quizá podamos turnarnos.

La expresión de su cara sugirió que el intercambio democrático suponía para Bonnie de Greensboro un concepto nuevo y desagradable. Con la mandíbula tensa fijó la vista en los folletos mientras murmuraba:

—He venido a Nueva York a ver Nueva York y nadie va a detenerme.

Los problemas empezaron a la mañana siguiente cuando, saltándome el itinerario previsto, llevé a ambas mujeres al mercado de las moscas de Chelsea. Alisha quería mirar discos y autógrafos. A Bonnie no le iban mucho las compras, pero tras lamentarse profundamente, decidió que no le importaría añadir un nuevo ejemplar a la colección de ángeles que hacía desde su más tierna infancia. Los ángeles, nos dijo, eran la representación física del saludo de Dios.

En el mercado de las moscas podías encontrar un buen surtido de discos y autógrafos, pero ninguno de los ángeles parecía saludar como Dios manda.

—No a ese precio. Pregunté a una señora cuánto pedía por un

angelito de cristal que tocaba la trompeta y cuando me dijo que costaba cuarenta y cinco dólares la mandé a donde ya sabéis. Le dije que no pensaba pagar esa barbaridad ni loca cuando en casa puedo conseguir diez ángeles por la mitad de ese precio. Y, le dije, más espirituales que esos lamentables ángeles neoyorquinos que tiene ahí. Así mismo se lo dije.

Declaró que el mercado de las moscas era una completa pérdida de tiempo, a lo que añadió que tenía frío, hambre y ganas de marcharse. Se decidió que, pese a que un dólar con cincuenta era una cantidad excesiva para un trayecto de diez minutos, tomaríamos el metro en dirección a la parte alta de la ciudad y comeríamos algo allí. Las cosas fueron bien hasta que la persona que vendía los billetes se equivocó y le dio un níquel de menos. Bonnie pegó la boca a la ventanilla y empezó a gritar: «Discúlpeme, pero para su información, le diré que no consiento que me traten como si fuera tonta. Tal vez sea de Greensboro, Carolina del Norte, pero sé contar tan bien como cualquiera. ¿Va a darme los cinco centavos o me veré obligada a hablar con su superior?».

Ya en el restaurante insistió en que la camarera le había cobrado de más por el batido, aunque el precio estaba claramente fijado en la carta. Cuando sugerí irnos al cine, Bonnie se apartó de la mesa y gruñó: «Yo quería ir a un espectáculo de Broadway, y a vosotros os da por ir a ver una película que podría ver en casa por tres dólares con cincuenta. He volado mil kilómetros para ver Nueva York, y lo único que he conseguido es un batido de chocolate y un plato de galletas duras. Menudo viajecito está resultando».

Deberíamos haberla molido a palos. Esa era sin duda la mejor solución al problema, pero en su lugar nos dirigimos a la taquilla de venta a mitad de precio. Alisha llevó a su monstruo a un *show* de Broadway, y yo quedé con ellas después.

Esperábamos que la obra aplacara a Bonnie, pero una vez que cogió el gusto a su itinerario ya no hubo quien la parara. A la mañana siguiente despertó a Alisha a las siete de la mañana para poder empezar con el *tour* visitando la estatua de la Libertad y el Empire State Building. Visitaron la ONU y el puerto de South

Street, regresando al apartamento a las cuatro de la tarde. Alisha estaba para el arrastre, pero Bonnie se empeñó en ir a tomar el té al hotel Plaza. El té está bien si te gustan ese tipo de cosas, pero se enfadó cuando le propuse que cambiara su atuendo por algo más adecuado. La mujer llevaba lo que en el sur se conoce con el nombre de «guardapolvo», una especie de gabardina tejana que suelen usar los granjeros. La gente del Plaza iría elegantemente vestida y me preocupaba que se sintiera fuera de lugar con un atuendo asociado por la mayoría con las duras labores del campo. Solo intentaba hacerle un favor, pero Bonnie no lo vio así.

—Deja que te diga algo, señor New York City. Me siento muy cómoda tal como voy, y si en el hotel Plaza no les gusta cómo visto, ese es su problema y no el mío.

Había hecho cuanto estaba en mi mano para advertirla, pero secretamente me encantó que rechazara el consejo. Yo no tenía nada en contra del disfraz de espantapájaros, pero estaba seguro de que las tropas de damas cafeínicas de la alta sociedad con miras elevadas y exigentes se la comerían viva. Nadie la atendería, se acabaría elevando el tono de voz y acabaría tomando el té en cualquier cafetería corriente del centro. Alisha se puso un vestido y yo las acompañé hasta el hotel, regresando una hora más tarde para encontrar a Bonnie deambulando por el salón de té armada con su cámara instantánea.

—¿Le importaría hacerme una foto al lado del camarero? Se lo pediría a mi amiga, pero no sé dónde se ha metido.

Yo esperaba que alguien la expulsara físicamente del edificio y contemplé horrorizado que el hotel Plaza era esencialmente la Central de Bonnies. Vestidos cómodamente con sudaderas y pantalones de chándal, los espantapájaros congéneres la recibieron con los brazos abiertos. Las bombillas arrojaban una luz cegadora.

—Aquí sí que había neoyorquinos amables —dijo ella, despidiéndose con la mano de la gente del salón de té. Traté de explicarle que no se trataba de auténticos neoyorquinos, pero ella ya no me escuchaba. Arrastró a Alisha a dar un paseo en carruaje por Central Park y después me llegó el turno de visitar a la que ella

llamó «Fayo Schwartz». La tienda de juguetes fue seguida por un peregrinaje brutal que comprendió el Radio City Music Hall, la catedral de St. Patrick y el árbol de Navidad del Rockefeller Plaza. La multitud era tal que si levantabas los pies del suelo el gentío te arrastraba varios metros en el sentido de su marcha. Yo estaba martirizado, pero Bonnie se movía en un estado de alegría narcótica, satisfecha de haber descubierto un Nueva York libre de neoyorquinos. Aquí se congregaban turistas de Omaha y Chattanooga, ultrajados por el precio de las castañas asadas. Se disculpaban cuando pisaban a alguien y jamás se les ocurría quejarse cuando algún imbécil armado con una cámara de vídeo bloqueaba el camino. La multitud era insistente y patológicamente amable y su entusiasmo resultaba agotador. Mirando a su alrededor, Bonnie vio un paraíso centelleante lleno de personas decentes y sensatas, enviadas por Dios para saludar al mundo. Rodeada por su ejército de ángeles, cruzó la avenida para fotografiar a un malabarista mientras yo me escabullía hacia mi casa, sintiéndome un absoluto marginado en una ciudad que estúpidamente había considerado como propia.

UN DIAMANTE EN BRUTO

Llevaba ocho años viviendo en Manhattan cuando un día llamó mi padre, emocionado por la noticia de que mi hermana Amy iba a figurar en un reportaje que una revista dedicaba al tema de mujeres interesantes de Nueva York.

—¿Te lo imaginas? —preguntó—, ¡Dios, coloca una cámara delante de esa chica y brillará como un diamante! Entre los hombres solteros y las ofertas de trabajo, su teléfono no parará de sonar. —Hizo una pausa, quizá al imaginar el tipo de vida de una joven neoyorquina a la que llaman a todas horas—. Solo tenemos que asegurarnos de que no la llame quien no debe. Te ocuparás de eso, ¿verdad?

—Ahora mismo lo anoto en mi lista de obligaciones.

—Buen chico —dijo—. El problema es que ella es tan, tan guapa. Ahí está el peligro. Además, claro, es una chica.

Mi padre siempre ha dado una gran importancia a la belleza física de sus hijas. Para él, se trata de su mayor activo y controla su apariencia con la intensidad de un macarra. ¿Qué queréis que os diga? Nació hace mucho tiempo y está convencido de que el matrimonio es la única posibilidad que tiene una mujer de ser feliz. Dado que siempre se creyó que seríamos profesionales de algo, mi hermano y yo éramos libres de crecer tan fofos y feos como quisiéramos. Se veía nuestros cuerpos como meros vehículos, blandas y barrigudas máquinas diseñadas para transportar nuestros pensamientos de un lugar a otro. Yo podía deambular por casa bebiendo batido de panqueque de un envase de plástico, pero en el

mismo momento en que una de mis hermanas se salía del biquini mi padre estaba ahí con su mezcla de metáforas.

—Por Dios, Flossie, ¿qué tenemos aquí? ¿Una granja de leche? Mírate, estás tan grande como una casa. Tres kilos más y no podrás cruzar la frontera del estado sin un permiso de vehículos pesados.

—Eh, Lou —protestaba mi madre—, por el amor de Dios, déjala en paz.

—Ah, chorradas. Luego me lo agradecerán. —Creía sinceramente que estaba haciéndoles un favor, y nunca entendió que las gracias no llegaran jamás.

En respuesta a su vigilancia y presión, mis hermanas fueron poniéndose a la defensiva y creciendo cada vez más tímidas. La única excepción resultó ser Amy, que es capaz de mantener la calma sin necesidad de enfadarse antes. Nada parece afectarla, en parte porque ella ya es pocas veces ella misma. Su afición por transformarse empezó a una edad muy temprana y se ha convertido en algo parecido a un desorden de personalidad múltiple. Es Sybil con sentido del humor, Eve sin las crisis de llanto.

—¿Y quién somos hoy? —solía preguntar mi madre, provocando siempre la misma respuesta por parte de Amy.

—¿Quién no quieres que sea?

A los diez años pillaron a Amy cogiendo un montón de monedas de la caja de la frutería. Yo estaba con ella y asistí atónito a la calma y absoluta falta de miedo de la que hizo gala mi hermana. Cuando llamaron al encargado, ella explicó con toda tranquilidad que no estaba robando: solo fingía que era una ladrona.

—Y los ladrones roban —dijo—. Por eso lo hice.

Para ella todo tenía sentido.

Suspendió primer curso por fingir que era tonta, pero el fracaso no pareció molestarla. Para Amy, la escuela estaba dedicada únicamente al estudio de sus maestros. Anotaba meticulosamente la repetición de zapatos y pendientes y era rápida en pillar cualquier tic o manía. Después del colegio, sola en su fingida clase, hablaba como ellos, se vestía como ellos y se asignaba deberes que jamás llegaba a completar.

Se hizo *girl scout* solo para ser su propia líder. En Navidad o en su cumpleaños siempre pedía pelucas y maquillaje, batas de hospital y uniformes. Amy se convertía en mi madre y luego en las amigas de esta. Estaba genial haciendo de Sooze Grossman y Eleanor Kelliher, pero su mejor caracterización fue la de Penny Midland, una mujer elegante de cincuenta y dos años que trabajaba a media jornada en una galería de arte que mis padres frecuentaban regularmente. Penny tenía una voz profunda y áspera. No era tímida, pero cuando hablaba había palabras que parecían reticentes a salir de su boca, como si las pronunciara contra su voluntad.

Vestida de caftán y con una peluca rubia con corte a lo paje de lo más apropiada, Amy comenzó a llamar por teléfono a la oficina de mi padre.

—¡Lou Sedaris! Soy Penny Midland. ¿Cómo… diablos estás?

Sorprendido porque esta mujer le llamara al trabajo, nuestro padre fingió entusiasmo lo mejor que supo.

—¡Penny! Bien, ya sabes. Caramba, ¡qué sorpresa oírte!

Las primeras veces que llamó, Amy se limitó a discutir temas relacionados con la galería, para, poco a poco, pasar a las quejas sobre su marido, un ejecutivo de Westinghouse llamado Van. El hogar no era feliz. El matrimonio, al parecer, se tambaleaba.

Nuestro padre ofreció consuelo con sus frases estándar que no comprometían a nada, recordando a Penny que toda moneda tenía dos caras y que a la noche siempre le sigue la luz del amanecer.

—¡Oh, Lou! Me hace tanto bien… hablar con alguien que… me entiende de verdad.

Entré en la cocina una tarde a última hora y me encontré a mi hermana de doce años insinuándose a nuestro padre, con un diálogo extraído de *Guiding Light*:

—Creo que ambos lo hemos visto venir desde hace tiempo. La única pregunta que queda es… ¿qué vamos a hacer ahora? Oh, cariño, dejémonos arrastrar por el deseo.

Esto es una muestra de lo que mi madre solía llamar juego peligroso. Si nuestro padre llega a aceptar la oferta de Penny, Amy habría sabido que era un adúltero y se habría empezado a preguntar

con quién más se habría acostado. Todo lo que él dijera a partir de ese momento sería puesto en duda. ¿Era de verdad un viaje de negocios, o se había largado a Myrtle Beach con una de las gemelas Strivides? ¿Quién era realmente ese hombre?

Amy estudiaba su imagen reflejada en la puerta del horno, mientras se arreglaba un rizo rubio satisfecha de lo que veía.

—Lo único que digo es que creo que eres un hombre muy… atractivo. ¿Te parece… un crimen?

Hay que reconocer que mi padre siempre fue todo un caballero. Dejando claro que se sentía halagado por la petición, rechazó a Penny con tanta amabilidad como le fue posible. Después de ofrecerse a animarla presentándole a algunos solteros de la oficina y del club de campo, dijo a mi hermana que se cuidara añadiendo que era una mujer muy especial y que merecía ser feliz.

Tuvieron que pasar años antes de que Amy admitiera lo que había hecho. Fueron años relativamente tranquilos en la familia, pero, supongo, un período muy confuso para la pobre Penny Midland, que recibía frecuentes visitas de mi padre en la galería de arte siempre acompañado de algún socio divorciado.

—Este es el chico de quien te hablaba —le decía él—. ¿Por qué no me voy a echar un vistazo y os dejo solos?

El paso del tiempo no ha alterado la obsesión de mi padre por el aspecto y el peso de mis hermanas. Se pregunta por qué las chicas no le visitan más a menudo, y cuando lo hacen, en cuanto abre la puerta les pregunta:

—¿Son imaginaciones mías o has engordado unos cuantos kilos?

Como ha mantenido una piel preciosa y una envidiable figura, Amy sigue siendo el gran tesoro de mi padre. Es, con diferencia, el miembro más atractivo de la familia, pese a que invierte mucho tiempo y dinero disfrazándose con prótesis de jorobas y aplicándose manchas en la piel para fingir enfermedades cutáneas. Tiene tal cantidad de collarines y dientes falsos que no sabe qué hacer con ellos, y sus cajones y armarios rebosan cabello humano. Después de

haber soñado con tener uno durante años, un día se decidió y se hizo a medida medio «traje de gordo» acolchado. Disfrutaba llevándolo bajo gruesos pantalones sucios tan tiesos y poco alentadores como el revestimiento de una salchicha. Incapaz de costearse la parte de arriba del traje, se paseaba por las calles como si fuera dos mujeres fundidas a modo de experimento cruel. De cintura para arriba es delgada y atractiva, pero se sostiene sobre dos piernas del tamaño del tronco de un árbol a las que sigue un culo amplio y generoso, tan grueso que podría sentarse sobre una aguja sin notar nada.

Una Navidad se presentó en casa vestida con ese traje. Nuestro padre fue a recogernos al aeropuerto de Raleigh. Visiblemente turbado, se las arregló para no decir nada en el corto trayecto hasta casa, pero en el momento en que Amy se metió en el baño se volvió hacia mí, gritando:

—¿Qué coño le ha pasado? ¡Por Dios, esto me matará! Siento un gran dolor aquí.

—¿Qué?

—Tu hermana, qué va a ser. La vi hace solo seis meses, ¡y ahora parece un tanque! Creía que te ocuparías de vigilarla un poco.

Le rogué que bajara la voz.

—Papá, por favor, ni se te ocurra decir una palabra delante de ella. Amy está muy sensible en relación con… bueno, ya te lo imaginas.

—¿Su qué? Adelante, dilo: su gran y gordo culo. Eso es lo que le da vergüenza, ¡solo faltaría que no se la diera! Un cortafuegos podría aterrizar en un culo como ese.

—Oh, papá.

—No trates de defenderla, chico listo. Es una mujer soltera y el reloj no para de avanzar. ¿Quién la querrá, quién se casará con ella con un culo así?

—Bueno —dije—, por lo que me cuentan, muchos hombres prefieren traseros como ese.

Me miró con una gran piedad, el corazón roto por segunda vez aquel día.

—Chico, lo que tú ignoras podría llenar libros enteros.

Mi padre recobró la compostura en cuanto Amy salió del lavabo, pero cuando fue a abrir la puerta de la nevera, reaccionó como si mi hermana estuviera lanzando una cerilla encendida en el depósito de gasolina de su Porsche.

—¿Se puede saber qué haces, en el nombre de Dios? Mírate: te estás matando.

Amy clavó un cucharón en un bote de mayonesa de tamaño familiar.

—Tu problema es que te aburres —dijo mi padre—. Te aburres, estás sola y engulles comida basura para llenar el vacío. Sé por lo que estás pasando, pero créeme, lo superarás.

Amy negó estar aburrida ni sola. El problema, dijo, es que estaba hambrienta.

—En el avión solo tomé un par de yogures. ¿Podemos ir a comprar panqueques?

Lo mantuvo hasta que mi padre, con la voz rota por el dolor, se ofreció a buscarle ayuda profesional. Habló de granjas y terapeutas personales, ofreciéndose a prestarle —no a darle— el dinero.

—Y además, te recompensaré por cada kilo que pierdas.

Cuando Amy rechazó la oferta, él intentó dar ejemplo. Su cena de Nochebuena desapareció en tres mordiscos y el postre se cambió por una carrera de tres kilómetros.

—¿Alguien se viene? ¿Amy?

Prolongó su régimen de ejercicio para la tercera edad hasta la hora en lugar de los diez minutos habituales y trotó mientras hablaba por teléfono.

Amy conservó puesto el traje hasta que notó las piernas dormidas y calientes. El día que teníamos que volver reveló la broma y nuestro padre lloró de alivio.

—Ja, ja, esta vez sí que me has engañado. Debería haber sabido que nunca te harías algo así. ¿Y es falso de verdad? Ja, ja.

Él reflexionó sobre aquel incidente durante varios meses.

—Me engañó como a un tonto, pero incluso con un culo grande y gordo ella no puede disimular el hecho de que es hermosa, por

fuera y por dentro, y eso es lo que importa. —Tal epifanía duró poco, y a medida que se aproximaba la fecha del reportaje empezó a llamarme con preguntas técnicas—. ¿Por casualidad sabes si esta revista contratará a una esteticista profesional? Espero que sí, porque el pelo se le está quedando muy fino. ¿Y qué harán con las luces? ¿Podemos confiar en que el fotógrafo haga un trabajo de primera o deberíamos llamar para asegurarnos de que no pueden conseguir a alguien mejor?

Hay muchas cosas que no cuento a mi padre cuando me llama preguntando por Amy. No entendería que ella no tiene el menor interés en casarse y que, de hecho, estuvo encantarla de romper con su compañero sentimental, a quien reemplazó por un novio imaginario llamado Ricky.

La última vez que un soltero rico le propuso salir, Amy dudó antes de decir:

—Gracias por pedírmelo, pero en este momento no me van los chicos blancos.

Esa sola frase habría frenado en seco el latido del corazón de mi padre.

—El reloj avanza —dice él—. Si espera mucho más, estará sola el resto de su vida.

Al parecer, eso es perfecto para Amy.

Cuando llamó mi padre preguntando por el reportaje fotográfico, fingí no saber nada. No le dije que, a la hora prevista, mi hermana llegó al estudio con el pelo sin lavar y tomó asiento junto a la otra docena de mujeres de Nueva York que la revista había elegido. Amy alabó los elegantes y cuidadosamente elegidos atuendos de las otras y esperó a que las peinaran, les arreglaran las cejas y les cubrieran las ligeras imperfecciones faciales con maquillaje.

Cuando le tocó el turno en la mesa de estilismo, Amy dijo:

—Quiero que parezca como si alguien me acabara de dar una paliza de muerte.

El artista del maquillaje hizo un buen trabajo. Los ojos negros y la barbilla rosada fueron acentuados gracias a marcas de arañazos en la frente. Manchas amarillentas rodeaban su nariz llena de costras y los labios carnosos quedaron rodeados por diminutas filas de puntos de sutura.

Amy adoró tanto su nueva imagen como a la nueva persona que se permitía ser. Después del reportaje fotográfico, llevó los morados a la lavandería y a la frutería. La mayoría de la gente prefería apartar la vista, pero en las raras ocasiones en que alguien le preguntaba qué había sucedido, mi hermana sonreía con su mejor sonrisa y decía:

—Estoy enamorada. ¿Puede creerlo? Por fin, estoy absolutamente enamorada, y me siento genial.

CASCANUECES.COM

El sueño de mi padre era que un día el mundo entero estuviera conectado entre sí a través de una red de ordenadores compactos del tamaño de una nevera, muy parecidos a los que estaba ayudando a desarrollar en IBM. Imaginaba a las familias del futuro reunidas alrededor de enormes terminales, pidiendo verdura y pagando impuestos cómodamente sentados en sus casas. La gente podría componer música, diseñar casetas de perro y… algo más, algo incluso mejor. «La gente podría… podría…».

Cuando predecía esta utopía siempre había un momento en que le fallaban las palabras. Se le abrían los ojos, la mirada brillante ante el pensamiento de este indescriptible algo más. «Quiero decir, por Dios… —decía—… solo pensad en ello».

Mis hermanas y yo preferíamos no hacerlo. No puedo hablar por ellas, pero yo esperaba que el mundo entero se uniera gracias a algo más interesante, como las drogas o un ejército armado contra los muertos vivientes. Por desgracia ganó el equipo de mi padre, de manera que el nexo de unión son los ordenadores. Lo único que lamento es haber vivido para verlo.

En algún recoveco de mi mente existe un débil recuerdo de estar haciendo cola con una carta perforada en la mano. Recuerdo el sentimiento barato, ligeramente clínico, que me asaltaba al respecto, y recuerdo pensar que el ordenador nunca iría mucho más lejos. Llamadme ingenuo, pero al parecer de subestimado el deseo universal de sentarse en una silla de plástico duro y mirar una pantalla hasta que se te caen los ojos. Mi padre lo vio venir, pero

para mí este era un futuro que me pilló completamente por sorpresa. No había ordenadores en mi instituto, y en las dos primeras ocasiones que asistí a la universidad, la gente seguía contando con los dedos y quitándose los zapatos cuando el número pasaba de diez. No tuve conciencia de los ordenadores hasta mediados de los ochenta. Por alguna razón, entré en contacto con varios diseñadores gráficos cuyos hogares y oficinas apestaban agradablemente a *Spray* Mount. Tenían los suelos salpicados de papelitos sueltos, y moscas atrapadas pedían ayuda desde los pegajosos campos de la muerte de sus portátiles. Siempre había contado con estos amigos para que me dejaran el adhesivo que yo eligiera, pero entonces, de la noche a la mañana, la cinta escocesa y el cemento de goma desaparecieron, siendo sustituidos por ordenadores impolutos y alfombrillas deslizantes para el mouse. Ya no tenían nada que yo quisiera, de manera que los dejé para unirme a un grupo de secretarios que también acabó traicionándome.

Gracias a mi absoluta carencia de habilidades de oficina, me resultó bastante fácil evitar el contacto directo con la nueva tecnología. Ya me enervaba bastante el contacto indirecto. Todavía vivía en Chicago cuando empecé a recibir espantosas felicitaciones de Navidad diseñadas para que tuvieran el aspecto de periódico e informe anual. Los procesadores de texto convertían el hecho de escribir en algo divertido. Sin embargo, no convertían el leer en diversión, punto que hicieron notar dolorosamente publicaciones como *The Herald Family Tribune o Wassup with the Wexlers!*

Los amigos que antes habían expresado su completo desinterés por la tortura comenzaron a enviar cartas que parecían menús de restaurante chino o papiros del mar Muerto. Todos tenían una letra preferida, y me dijeron que también yo debía tener una. Los autores de estas cartas compartían su entusiasmo con la clase de gente que esos días llegaba a una cena cargada con carísimas cámaras de vídeo, y la sugerencia de que, después del postre, nos sentáramos y revisáramos la velada en la tele. Nosotros, la gente normal del mundo, teníamos acceso a los medios de producción, pero yo seguía sin verle la gracia a todo aquello. Una carta tonta siempre será una

carta tonta, sin importar cómo la vistas; y existe una razón que explica por qué la gente normal no sale por la tele: somos aburridos.

A principios de los noventa vivía en Nueva York y trabajaba para una empresa de limpieza doméstica. Mi trabajo me enseñó que, dejando a un lado sus incontables virtudes, costaba un huevo mantener limpio un ordenador. La superficie troquelada es un imán para la grasa y la suciedad, y ya puedes olvidarte de escariar los huecos del teclado. Más de una vez apreté sin querer un botón y retrocedí aterrado mientras la pantalla blanca cobraba vida con peces tropicales exóticos o manadas de tostadoras volando. Igualmente desconcertante resultaba el modo en que la gente usaba los terminales para colgar de ellas fotos enmarcadas y toda una fauna de criaturas de peluche o plástico, con tendencia a caerse detrás del escritorio en el momento en que yo empezaba a limpiar la pantalla. Nunca había ningún enchufe al que conectar el aspirador, ya que todos estaban copados por algún miembro de la familia informática. Los cables corrían a su antojo, y todo el mundo parecía poseer una de esas ominosas bandas eléctricas con una luz roja intermitente que lanza el mensaje debes dejarnos solos. Yo estaba más que encantado de obedecer, pero las protestas llegaban en tropel.

Debido a mi aversión general a las máquinas y a varios pronunciados episodios histéricos, se me etiquetó de tecnófobo, un término que cae bastante bajo en mi escala de palabras en pie de guerra. La palabra «fobia» tiene su sentido cuando se usa con propiedad, pero últimamente ha sido degradada por la pomposa insistencia de que la mayor parte de las animosidades se basan más en el miedo que en el odio. No se tía crédito alguno para distinguir entre estas dos emociones diferentes. Las serpientes me dan miedo. A los ordenadores, los odio. Es un sentimiento enraizado que yo alimento diariamente. Estoy cómodo con él y ningún programa comunitario conseguirá que cambie de opinión.

Odio a los ordenadores porque tienen su propia sección en el *New York Times* y por alargar los anuncios con la mención de una dirección web. ¿Quién quiere saber algo más sobre Procter & Gamble? Compra el detergente o el dentífrico, y arreando. Los odio

por crear la palabra «org» y los odio por el *e-mail*, que no es correo de verdad sino una variación de las notas absurdas que la gente solía pasarme en clase. Odio a los ordenadores por reemplazar el catálogo en papel de la Biblioteca Pública de Nueva York y odio la forma en que han invadido las películas. No hablo sobre su contribución al mundo de los efectos especiales. No tengo nada en contra de un mutante bien definido o contra una invasión completa de aliens: eso es tecnología útil. Hablo de su presencia en cualquier película. Son como los caballos en los wésterns: quizá no sean el punto principal pero todo el mundo parece tener uno. Cualquier *thriller* que se precie tiene una escena en que el héroe, atrapado por alguna versión del enemigo, revuelve su escritorio en una desesperada carrera contra el tiempo. La música se hace más profunda y gotas de sudor caen sobre el teclado cuando se sienta ante el portátil en una frenética búsqueda de la respuesta al enigma. Sería distinto si huyera de un coche o intentara llamar por teléfono pidiendo ayuda, pero escribir en un teclado, en sí mismo, no es precisamente una actividad muy dramática.

Odio a los ordenadores por muchas razones, pero los desprecio más por lo que han supuesto para mi amiga, la máquina de escribir. En un país democrático pensarías que existe lugar para ambos, pero los ordenadores no descansarán hasta que me haga los lazos con camisas rotas y limpie la bañera con Wite-Out. Su objetivo es colocar a la IBM Selectric II detrás de la pluma de ave y condenarla a vivir en un museo de artículos de escritura anticuados. Son voraces y ambiciosos, y alguien tiene que pararlos.

Cuando me dijeron que soy como el chico que suspira por cintas de ocho pistas, digo: «¿Tenéis cintas de ocho pistas? ¿Dónde?». En realidad no sé de qué me hablan, pero presiento la importancia de expresar cierta solidaridad con el resto de los marginados. No me importa que pueda contar palabras o reordenar los párrafos con solo darle a una tecla, no quiero un ordenador. Al contrario del sonido sordo que provocan los dedos al deslizarse por un teclado de ordenador, el traqueteo de la máquina de escribir sugiere que estás creando algo de verdad. Al final de un día asqueroso, en lugar de

lamentar mi nada virtual, puedo echar un vistazo a la papelera rebosante de cuartillas y decirme a mí mismo que, si he fracasado, al menos me he llevado unos cuantos árboles en el intento.

Cuando me veo obligado a dejar mi casa por un largo período de tiempo, me llevo la máquina de escribir, y juntos soportamos la desdicha de pasar por el escáner de rayos X. Los portátiles se deslizan alegremente por la cinta, mientras que un guardia suspicaz me solicita que espere a un lado y abra la bolsa. Para mí es un utensilio de lo más normal, pero la popularidad decreciente de las máquinas de escribir levanta sospechas y acaba despertando la clase de reacción que uno podría esperar si viajara con un cañón. «Es una máquina de escribir —dije—. Se usa para escribir cartas de protesta a las autoridades del aeropuerto».

Entonces empieza el golpeteo y registro de teclas, y me veo obligado a explicar que si quieres que aparezcan las palabras primero tienes que conectarla y colocar una hoja de papel.

Los guardias sacuden la cabeza y me dicen que debería pasarme al ordenador. En eso consiste su trabajo, permanecer de pie ataviados con un uniforme horrible y decirte cómo debes vivir. Lo mismo me dice esa tarde el botones del hotel. Las personas cuyos televisores oigo con absoluta claridad se han quejado del ruido de las teclas y han venido a decirme que pare. Al oírles hablar se diría que estaba tocando la batería.

En el gran esquema de las cosas, la máquina de escribir no es ni la mitad de ruidosa de lo que era, pero discutir no tiene sentido. «Hombre —dice—, la verdad es que debería usar el ordenador».

Debes empezar a preguntarte qué haces mal cuando te ofrecen consejo dos hombres con gorra en un solo día. Cuanto más me insisten en el uso del ordenador, más me resisto. Uno por uno, todos mis amigos me han abandonado y se han pasado al lado oscuro. «¿Cómo quieres que te escriba si no tienes correo electrónico?», preguntan. Hablan de sus árboles B y disk doctors, y luego tienen el valor de quejarse cuando discuto las obstrucciones intestinales mientras cenamos.

«¿Quién los necesita?», pienso. Supuse que siempre tendría a la

familia a mi lado y quedé destrozado cuando mi hermana Amy trajo a casa un portátil de colorines. «Solo lo uso para el correo», dijo ella. En su boca, estas palabras me pusieron físicamente enfermo. «Es divertido —dijo—. La gente te envía cosas. Mira esto». Apretó una tecla, y ahí, en la pantalla, apareció un hombre desnudo tendido bocabajo sobre una alfombra. Tenía el pelo canoso y las manos esposadas a la espalda. Una mujer entró en la habitación. No le veías la cara, solo las piernas y los pies, grandes y feos, embutidos en zapatos de puntera afilada y tacones de aguja. El hombre de la alfombra cambiaba de postura, y cuando se le veían los testículos, la mujer reaccionaba como si hubiera visto una rata, una alimaña a la que llevara tiempo persiguiendo. Pateó los testículos con la punta del zapato y luego dio la vuelta y los pisó con los tacones. Les daba patadas sin piedad y, justo cuando creí que había terminado, dio marcha atrás y comenzó un segundo asalto.

Nunca había creído que un ordenador pudiera funcionar como un aparato de televisión. Nadie me había dicho nunca que la imagen sería tan clara, que los gritos de dolor podrían ser tan nítidos. Esto, pensé, fue lo que mi padre imaginaba hace años, cuando le fallaban las palabras. No necesariamente esta escena, claro, sino algo igualmente capaz de provocar tal sorpresa.

«¿Otra vez?». Amy le dio a un botón y, con las caras iluminadas por el brillo de la pantalla, asistimos por segunda vez a una proyección de ese futuro que ya se había convertido en presente.

DEUX*

* Dos

NOS VEMOS AYER

Nunca he sido uno de esos norteamericanos que salpican sus conversaciones con frases en francés y entretienen a sus invitados con porciones de brie. En mi caso Francia nunca fue un destino específico ni premeditado. Acabé en Normandía exactamente igual que mi madre acabó en Carolina del Norte: conoces a un chico, pierdes un poco los papeles y cuando te quieres dar cuenta te estás comiendo el pastel al otro lado del globo.

Conocí a Hugh a través de una amiga común. Ella y yo estábamos pintando un apartamento y él nos ofreció una escalera de veinticinco metros para que la utilizáramos. En Nueva York poseer una escalera de más de veinte metros es una inequívoca señal de éxito, ya que significa que dispones de espacio suficiente para guardarla. En ese momento Hugh vivía en un *loft* en Canal Street, una antigua fabrica de chocolate donde las cámaras de refrigeración habían sido transformadas en dormitorios. Llegué a su casa un viernes por la noche y advertí que había un pastel en el horno. Mientras el resto de Manhattan deambulaba por la ciudad él se había quedado en casa pelando manzanas y escuchando música *country*.

Hugh estaba soltero, como yo, hecho que no era en absoluto sorprendente teniendo en cuenta que dedicaba todo su tiempo libre a enrollar pasta y a llorar con los discos de George Jones. Yo acababa de mudarme a Nueva York y me preguntaba si estaba condenado de por vida a la soledad. Parte del problema consistía en que, de acuerdo con varias fuentes fiables, yo tendía a agotar a la gente. Otra

parte del problema tenía que ver con mi larga lista de condiciones. Los novios potenciales no podían fumar cigarrillos Merit, tener ni llevar botas camperas, ni comer o beber nada que llevara la etiqueta «*light*» o «bajo en grasas». La forma de hablar era importante y las frases prohibidas incluían «No encuentro la anilla del pezón» o «Este fue mi primer tatuaje». Era obligatorio que dijeran los nombres de las calles completos, no «Cincuenta y nueve con Lex» y definitivamente jamás «Mad Ave». No podían beber más que yo, ni llenar cuadernos con poesía para leerla en voz alta a una audiencia de extraños, ni usar las palabras «capirotazo», «ganga», «ciberespacio», «progresivo» o «Zeitgeist». No podían considerar la cabeza humana como una paleta apropiada para la expresión personal, poseer una bandera con el arco iris, ni decir que habían «descubierto» una tienda o restaurante que constara en el listín de teléfonos. La edad, la raza y el peso eran intrascendentes. En términos de intereses mutuos, siempre supuse que podíamos pasarnos el resto de la vida discutiendo cuánto odiábamos las características antes mencionadas.

Hugh se había instalado en Nueva York después de pasar seis años en Francia. Le formulé unas cuantas preguntas, intuyendo acertadamente que no soltaría prenda si no le provocaba. Había, según dijo, una casa en Normandía. Normalmente este tipo de afirmaciones vienen seguidas de «pero está en ruinas». Probablemente se dedicó a describirla con todo lujo de detalles, pero en ese momento yo solo le escuchaba a medias ya que había empezado a imaginarme viviendo en un país extranjero, una tierra lejana donde, si las cosas iban mal, siempre podría echar la culpa a otro arguyendo que, en primer lugar, yo nunca había querido vivir allí. Pasaría un par de años duros, pero resistiría, porque la vida en un país extraño es una de esas cosas que todos deberíamos intentar al menos una vez. Estaba convencido de que esa experiencia te convertía en una persona completa, enterrando las asperezas provincianas y transformándote en un ciudadano del mundo.

No lo vi desde una perspectiva romántica. No tenía nada que ver con Francia como tal, ni con llevar sombrero o escribir cartas

atormentadas sentado en un café bohemio. No me importaba dónde bebía Hemingway ni dónde le rizaban el bigote a Alice B. Toklas. Lo que me llamaba la atención de la vida en el extranjero era el inevitable sentimiento de indefensión que inspiraba. Igualmente excitante sería el esfuerzo que habría que hacer para superar esa indefensión. Eso implicaría un objetivo, y tener objetivos es algo que me encanta.

«Construida alrededor de 1780… a dos horas de tren de París… el vecino tiene caballos en mi patio trasero… hago pasteles con las manzanas de mi propio huerto…».

Pillé las ideas principales del tema y comprendí que el primer paso consistía en convertirle en mi novio, engañarle o chantajearle hasta que llegara a algún tipo de compromiso. Sé que suena calculador, pero cuando uno no es guapo no tiene más remedio que ser listo.

Para conseguir mis propósitos siempre me resulta útil fingir que soy un personaje de una serie dramática, un intrigante. Los personajes de culebrón pronuncian enfáticas afirmaciones. «Voy a destruir las Empresas Buchanan», dicen por ejemplo. «Phoebe Wallingford pagará por el daño que ha hecho a nuestra familia». De camino a casa, cargado con la parte trasera de la escalera de veinticinco metros, me giré en dirección al *loft* de Hugh y exclamé: «Serás mío».

Nueve meses después de haberle pedido la escalera, Hugh dejaba la fábrica de chocolate para irse a vivir conmigo. Como tenía por costumbre, planeaba pasar el agosto en Normandía, para ver a sus amigos y trabajar en la restauración de su casa. Yo tenía previsto acompañarle, pero ese primer año, cuando llegó el momento de comprar el billete, me eché para atrás dándome cuenta de que Francia me asustaba. Un miedo que no tenía nada que ver con los franceses, ya que no conocía a ninguno. Lo que me aterraba era la idea que me había formado de los franceses en base a películas y comedias de situación. Siempre que alguien se comporta como un auténtico capullo lo hace en un restaurante francés, no en un japonés o en un italiano. Los franceses son los tipos que se abofetean con un

guante y llevan pañuelos de cuello para cubrir sus dilatados *hickies*. Mi idea era que, por mucho que nos esforzáramos, los franceses nunca nos apreciarían, un pensamiento confuso para un norteamericano criado con la creencia de que los ciudadanos de Europa deberían mostrarse agradecidos por todas las cosas maravillosas que hemos hecho por ellos. Cosas como películas que los ridiculizan gracias a tópicos como que son pedantes y esnobs, y comentarios puntuales como: «Os salvamos el culo en la Segunda Guerra Mundial». A los americanos se nos recuerda cada día que vivimos en el país más grande de la tierra. Y es algo que se dice como si fuera un hecho innegable: los que nacen entre el 23 de julio y el 22 de agosto son Leo, las sábanas de matrimonio miden 1,20 por 1,80, y América es el mejor país del mundo. Al crecer con eso en la cabeza, resulta desalentador darse cuenta de que otros países poseen sus propios eslóganes nacionalistas, sin que ninguno sea: «¡Somos el segundo país del mundo!».

Los franceses han decidido hacer caso omiso a nuestra asumida superioridad, hecho que desde aquí se percibe como arrogancia. Hasta donde yo sé, nunca han dicho que son mejores que nosotros; lo único que sucede es que no han dicho que nosotros somos los mejores. Ahí está la cuestión. Hay muchos lugares de la tierra donde los turistas norteamericanos son recibidos con gran entusiasmo. Por desgracia se trata de lugares que no tienen nada que desees comprar. Y ese, para mí, constituye el único motivo que me lleva a salir de casa: comprar cosas. Hugh me compró regalos fantásticos el verano que me quedé en casa mientras él se iba a Francia. Dado que Hugh no es precisamente un as de las compras, deduje que si se las había apañado para encontrar esas cosas es porque debían estar al alcance de cualquiera. Por lo que a mí se refería, los franceses podían ser fríos o abiertamente hostiles. Podían quemar mi bandera o arrojarme piedras, pero si allí podía conseguir gatitos disecados, estaba dispuesto a hacer el viaje para luego traerlos al mejor país del mundo.

Por un lado estaban las compras, y por otro el tabaco. Hugh regresó de su viaje, y días después yo aún parecía un chino

comunista entregado a un interrogatorio sobre la democracia occidental. «¿De verdad la gente fuma en los restaurantes? ¡No puedo creerlo! ¿Y en las oficinas también? Eh, vuelve a contarme lo de los ceniceros de la sala de espera del hospital y no te dejes nada».

El verano siguiente me fui a Francia sabiendo únicamente la expresión que utilizaban allá para decir «cuello de botella». Dije «cuello de botella» en el aeropuerto, «cuello de botella» en el tren que iba a Normandía y «cuello de botella» cuando me planté delante del amasijo de piedras que constituía la casa de campo de Hugh. No había agua corriente, ni electricidad, ni nada que comprar, a excepción de las tuberías y los cables imprescindibles si querías vivir con agua y luz. Como no había nada decente que comprar, la gente te recibía con gran entusiasmo. Era igual que si un francés fuera, por ejemplo, a Knightdale, Carolina del Norte. «Por Dios —dirían todos—, ¿y ha hecho todo este camino solo para vernos?».

Si mi vocabulario hubiera sido más extenso podría haber dicho: «Pues no exactamente». Tal y como estaban las cosas les ofrecí la única respuesta posible: «Cuello de botella».

«Oh, cuello de botella —decían todos—. Hablas muy bien».

No tenían nada que ver con los franceses que había imaginado. Si se les podía acusar de algo era de ser demasiado generosos, demasiado amables y demasiado expertos en temas de fontanería y electricidad. La casa está situada en un pequeño pueblo, un Hooterville con ocho casas de piedra arracimadas en un valle y rodeadas por rotundas colinas decoradas con vacas y ovejas. No hay cajas registradoras, pero a tres kilómetros de distancia, en el pueblo vecino, hay una charcutería, una panadería, una estafeta de correos, una tienda de bricolaje y una pequeña verdulería. Hay una iglesia, un hostal, una escuela primaria y un lugar donde comprar cigarrillos. «¡Nueva York! —decían los tenderos—. Ha venido desde muy lejos, ¿verdad?». Lo decían como si hubiera salido de Manhattan para dar un paseo y se me hubiera ido la mano.

Daba la sensación de que, puestos a ser norteamericano, Nueva York era un origen tan bueno como otro cualquiera. La gente lo conocía de oídas, en especial los tres adolescentes del pueblo que

estudiaban inglés en el colegio y a menudo se dejaban caer por casa para discutir la vida en lo que ellos llamaban «Ny». Intenté explicarles que la *N* y la *Y* eran las iniciales de *New y York*, pero pese a todo insistían en unirlas como si fueran una sola palabra. Ny, decían, así lo llamaban los nativos. ¿No usa esa palabra todo el mundo en Estados Unidos?

Los adolescentes vivían convencidos de que Nueva York era una tierra fantástica y llena de *glamour*, un eterno carrusel de celebridades donde uno no podía salir de casa sin tropezarse con Madonna o Michael Jackson sentados en el parque amamantando a sus retoños. Sin pensar di los nombres de algunas estrellas que había visto por mi barrio; a partir de entonces, cuando la gente del pueblo quería describir nuestra casa, decía: «Sí, hombre, es ese lugar donde siempre hay adolescentes en la puerta». Se tumbaban en medio de la calle, de espaldas, sin querer perderse el momento en que uno de mis amigos famosos decidiera pasarse a echarme una mano en el drenaje del pozo. Me daba miedo que los atropellara un coche y me echaran la culpa de su muerte. «Oh, no se preocupe —dijeron los vecinos—. Son cosas de la edad. Ya se les pasará».

Esto es lo que deduzco que dijeron. Sin Hugh a mi lado para traducir, cualquier interacción verbal se basaba en una serie de deducciones. El amable charcutero podía no haber sido en absoluto amable y el verdulero podría haber dicho: «A la mierda contigo y tu cuello de botella. Lárgate de una vez y déjame en paz». Sus personalidades eran fruto de mi propia invención. Y por otro lado, también mi personalidad era fruto de su invención. Yo parecía haber llegado a los treinta y tantos solo para que me conocieran como «el chico que dice "cuello de botella"», el flautista de Hammelin que convence a los jóvenes para que yazcan en el suelo, el hombre adulto que hace caso omiso de los avisos de vallas eléctricas y asusta a los caballos con sus gritos. Si alguien me describiera a esa persona, yo diría: «Ah, sí, te refieres al tonto del pueblo».

En esta situación, fingir que eres un personaje de culebrón no resulta de ninguna ayuda. Cuando les dices: «Me comprenderéis», los ciudadanos de Francia responden con miradas atónitas. Aprendí

unas cuantas palabras más, pero la situación en conjunto parecía desesperada. Los vecinos pasaban por casa mientras Hugh estaba en la droguería y yo me esforzaba por entretenerlos con una serie patética de sustantivos.

—¡Cenicero!

—Sí —confirmaban—. Muy bien, es un cenicero.

—¿Martillo? ¿Destornillador?

—No, gracias, en casa ya tenemos.

Yo esperaba que el idioma viniera por sí solo, tal y como les llega a los bebés, pero la gente no habla a los forasteros como si fueran críos. No te hipnotizan con objetos brillantes ni repiten las mismas palabras una y otra vez, premiándote con carantoñas cuando por fin dices «papi» o «guauguau». Mi angustia llegó hasta tal punto que cuando veía a un bebé en la panadería o en la verdulería, instintivamente apretaba los puños, celoso por lo fácil que lo tenía. Yo quería dormir en una cuna francesa y empezar desde cero, aprendiendo el idioma desde la base. Quería ser un bebé, pero en su lugar era un adulto que hablaba como tal, un patético hombre-niño que exigía más atención de la que le correspondía por edad.

En lugar de admitir el fracaso, decidí variar el objetivo. Me dije que nunca me había interesado aprender el idioma. Mi prioridad número uno era arreglar la casa. Los verbos llegarían a su debido tiempo, pero hasta entonces necesitaba un lugar cómodo donde esconderme. Cuando revelamos las fotos, parecía que habíamos ido de vacaciones a un campo de trabajo. Yo derribaba paredes y cargaba vigas enormes, colocaba tuberías y cables, y me convertí en una cara polvorienta y familiar tanto en el vertedero como en la farmacia. La recompensa a ese mes de duro trabajo fueron cuatro días en París, una ciudad donde, sin ni siquiera buscarlo, uno puede encontrar un ejemplar en cera de doscientos años de una vagina con vello púbico incluido. En el avión de vuelta a casa tuve que rellenar el informe de aduanas con todas mis compras:

Una calavera de dos cabezas.
Un cenicero con forma de molar extraído.

Las entrañas de alguien, debidamente etiquetadas y presentadas en un elegante tarro.

Un juego de ocho platos de postre de Limoges hechos para una farmacia y pintados a mano con los nombres de varias enfermedades letales.

Un feto de cabritilla con cordón umbilical.

Un gráfico francés que incluye sin querer la palabra «Gordo». Guías ilustradas de erupciones cutáneas y heridas de guerra.

Me quedé sin espacio antes de poder mencionar el instrumental quirúrgico antiguo. Hugh me dijo que perdía el tiempo, que buscaban a personas que hubieran comprado relojes de platino, no sierras craneales oxidadas. Mi formulario para la aduana era, para mí, una lista de razones para regresar a Francia y dominar el idioma. La conversación sería agradable, pero la auténtica recompensa sería la capacidad de regatear con fluidez y conseguir la próxima calavera de dos cabezas por el mismo precio que una normal.

De vuelta en Nueva York me aproveché totalmente de mi estatus de hablante nativo. Solté la lengua con los dependientes y escuché las conversaciones ajenas, dándome cuenta de que llevaba todo un mes sin oír a nadie quejarse de estar estresado, una palabra que siempre ha conseguido sacarme de quicio. Los neoyorquinos disfrutan contándote lo exhaustos que están. Luego se quedan de piedra si alguien va y les dice: «Sí, tienes cara de cansado». Mantuve el ojo avizor para los extranjeros, los europeos que compraban por el Solio y la mujer de la limpieza que respondía «Polonia» o «El Salvador» cuando se le hacía una pregunta cuya respuesta era sí o no. Me sentía en la obligación de proteger a esa gente, de darles indicaciones que no pedían y, por regla general, acababa asustándoles con mi amabilidad. Un norteamericano en el extranjero viaja siempre con una innata sensación de seguridad. Si algo va mal, lo primero que piensas es: «Llamaré a la embajada y veremos qué dicen ellos». La gente sabe situar América en un mapa. Saben que es grande y poderosa. No puede decirse lo mismo de otros países. «Ah,

sí, Lao —oí decir a alguien en una fiesta privada—. ¿No os hemos bombardeado un par de veces?».

Hugh y yo volvimos a Normandía el verano siguiente, y yo retomé mi identidad de tonto del pueblo. «Te veo ayer», dije al carnicero. «¡Cenicero! ¡Cuello de botella!». De nuevo me oculté en el interior, pintando y rascando paredes hasta que los nudillos me sangraron. No paré de prometer que asistiría a clases de francés, promesa que olvidé en cuanto el avión aterrizó en Nueva York.

En el siguiente viaje embaldosé el suelo y me empeñé en aprender diez palabras por día.

Exorcismo
Despellejamiento facial
Pena de muerte

Buscaba las palabras en el diccionario, las mecanografiaba en fichas y las memorizaba durante mis paseos hasta el pueblo vecino.

Matadero
Monstruo marino
Curandero

A finales de mes había conseguido retener trescientos nombres, todos absoluta y totalmente inútiles. El verano siguiente pasamos seis semanas en Francia y añadí otras cuatrocientas veinte palabras, extraídas en su mayor parte de la revista francesa *Void*. «Devorahombres —decía—. Sacacuartos, aprovechada, canalla».

«¿De quién habla? —preguntaban los vecinos—. ¿Quién es una arribista? ¿Dónde?». En mi quinto viaje a Francia me limité a las palabras y frases que usa la gente. De los propietarios de perros aprendí: «Al suelo», «Calla» y «¿Quién se ha cagado en la alfombra?». La pareja de enfrente me enseñó a hacer preguntas

correctamente y el verdulero me enseñó a contar. Las cosas empezaron a unirse y pasé de hablar como un bebé a hacerlo como un granjero. «¿Se le ven los pensamientos a las vacas? —preguntaba al carnicero señalando los cerebros cortados del mostrador—. Quiero unas costillas de cordero con palo».

A finales de nuestro sexto viaje a Francia, la casa estaba terminada y yo había aprendido un total de 1.564 palabras. Era una sensación extraña poder sostener todo mi vocabulario en las manos, echar la vista atrás y recordar la tarde en que aprendí a describir con fluidez mis resacas. Guardaba el vocabulario en una caja de madera construida para contener un sombrero de Napoleón, y me preocupaba que, de prenderse fuego a la casa, volvería a empezar otra con «cuello de botella» y «cenicero», y perdería el intenso placer que sentía cuando oía que alguien usaba una palabra que yo consideraba solo mía.

Cuando las grúas acabaron de construir un hotel de doce pisos justo enfrente de la ventana del dormitorio, Hugh y yo decidimos irnos de Nueva York durante un par de años, solo hasta que nuestro resentimiento se mitigara un poco. Estoy decidido a aprender tanto francés como pueda, de manera que alquilaremos un apartamento en París, donde hay carteles, titulares y un gran número de palabras esperando ser capturadas y transcritas en fichas, donde puedes fumar cómodamente mientras te comportas como un auténtico capullo, y donde, si las cosas no van bien, siempre podré mentir diciendo que en principio nunca quise venir aquí.

PLUS, POR FAVOR, PLUS…

Con cuarenta y un años vuelvo al colegio y debo pensar en mí mismo como lo que mi libro de francés llama «un auténtico debutante». Previo pago de la matrícula consigo un carnet de estudiante que me permite entrar con descuento en cines, teatros de marionetas y en Festyland, un inmenso parque de atracciones que se anuncia con la imagen de un tiranosaurio sentado en una canoa y comiendo algo que recuerda a un bocadillo de jamón.

Me he trasladado a París con la esperanza de aprender el idioma. La escuela está a diez minutos andando de mi apartamento y el primer día de clase llegué temprano y contemplé cómo los antiguos alumnos se saludaban en el vestíbulo. Se intercambiaron relatos sobre las vacaciones y se formularon preguntas relativas a amigos comunes con nombres como Kang y Vlatnya. Dejando a un lado sus nacionalidades, todos hablaban en lo que a mí me sonaba como un francés excelente. Algunos acentos eran mejores que otros, pero los estudiantes hacían gala de una facilidad y confianza que yo encontré intimidante. Para añadir mayor incomodidad, todos eran jóvenes, atractivos y elegantes; me hacían sentir como Papá Oso atrapado en las bambalinas de un desfile de moda.

El primer día de clase fue una prueba para los nervios porque yo sabía que lo que se esperaba de mí era que tomara la iniciativa. Así hacen aquí las cosas: todos a la piscina del idioma, nada o ahógate. Entró la profesora, luciendo un intenso bronceado fruto de las recientes vacaciones, y procedió a anunciar una serie de normas administrativas. He pasado varios veranos en Normandía y tomé un

curso de francés de un mes antes de salir de Nueva York. No estoy absolutamente a oscuras, pero solo comprendí la mitad de lo que decía aquella mujer.

—Si todavía no habéis *meimslsxp* o *Igpdmurct*, no deberíais estar en esta aula. ¿Todos habéis *apzkiubjxow*? ¿Seguro, todos? Entonces podemos empezar. —Desplegó sobre la mesa el *planning* de clases y suspiró, diciendo—: Muy bien, ¿quién se sabe el alfabeto?

Fue chocante porque *a)* no me hacían esta pregunta desde hacía años y *b)* mientras me reía, caí en la cuenta de que no me sabía el alfabeto. Son las mismas letras, pero en Francia se pronuncian de forma distinta. Conozco la forma del alfabeto, pero no tenía ni idea de cómo sonaba en realidad.

—Ahhh. —La profesora se dirigió a la pizarra y trazó en ella la letra *a*—, ¿Hay alguien en la clase cuyo nombre de pila comience por «ahh»?

Dos Annas de origen polaco levantaron la mano, y la profesora les dijo que se presentaran diciendo sus nombres, nacionalidades, ocupaciones, y dieran una lista breve de las cosas que les gustaban y disgustaban en este mundo. La primera Anna procedía de una ciudad industrial de las afueras de Varsovia y tenía los dientes frontales del tamaño de lápidas. Trabajaba de costurera, le gustaba pasar la tarde tranquilamente con sus amigos y odiaba a los mosquitos.

—Oh, ¿de verdad? —dijo la profesora—. Qué interesante… Yo creía que todo el mundo adoraba a los mosquitos, y mira tú, aquí delante de todos, tú afirmas detestarlos. ¿Cómo hemos sido bendecidos con la presencia de un ser tan único y original como tú?

La costurera no entendió lo que ella le decía, pero por el tono dedujo que era momento de avergonzarse. La boquita de conejo buscó el aire y bajó los ojos hacia su regazo como si…

La segunda Anna tomó ejemplo de la primera y proclamó su amor por el sol y su odio por las mentiras. Sonaba como la traducción de la entrevista a la Playmate del mes, las respuestas escritas con la misma letra sinuosa: «Le gusta: el famoso chile con carne de mamá. No le gusta: la inseguridad, ¡¡¡y los chicos que van

de duros!!!».

Las dos Annas polacas tenían seguramente nociones claras sobre sus filias y fobias, pero al igual que el resto de nosotros estaban limitadas en términos de vocabulario y eso les confería un aire menos sofisticado. La profesora siguió hurgando y así aprendimos que Carlos, el concertista de mandolina argentino, adoraba el vino, la música y, en palabras textuales, «practicar el sexo con todas las mujeres del mundo». Luego llegó el turno de una joven yugoslava que se identificó como optimista, diciendo que le encantaba todo lo que la vida tenía que ofrecerle.

La profesora se relamió los labios, revelando un hilo de la mala leche que con el tiempo tendríamos ocasión de conocer más a fondo. Se agachó un poco para atacar, colocó las manos sobre la mesa de la chica y se inclinó hacia ella diciendo:

—¿De verdad? ¿Y vuestra pequeña guerra también te encantó?

Mientras la optimista luchaba denodadamente por defenderse, yo buscaba con desesperación una respuesta a algo que se había revelado sin duda como una pregunta con trampa. ¿Cuántas veces le preguntan a uno qué es lo que le gusta del mundo? Es más, ¿cuántas veces le preguntan a uno lo que sea para luego ridiculizar públicamente la respuesta? Recordé a mi madre, alegre por el vino, poniendo el mantel una noche y diciendo:

—¿Que qué me gusta más? Me pirro por un buen filete poco hecho. Adoro a mi gato y me encantan… —Mis hermanas y yo inclinados para oír nuestros nombres—: Los Turns —dijo por fin—. Me encantan los Turns.

La profesora invirtió un buen rato en acusar a la yugoslava de poner en marcha un programa de genocidio mientras yo tomaba notas frenéticas en los márgenes del cuaderno. Aunque puedo decir con total sinceridad que adoro hojear textos médicos dedicados a enfermedades dermatológicas graves, esa afición cae fuera de los márgenes de mi vocabulario francés y representarlo con mímica habría llevado a confusión.

Cuando me llegó el turno solté una larga lista de cosas que detesto: la morcilla, los patés de hígado, el pastel de sesos. Había

aprendido estas palabras por las malas. Tras pensarlo un poco, declaré mi amor por las máquinas de escribir IBM, la palabra francesa que equivale a «magulladura» y mi enceradora eléctrica. Era una lista corta, pero aun así me las arreglé para pronunciar mal tanto la enceradora como la máquina de escribir. La reacción de la profesora me llevó a la conclusión de que estos errores eran considerados crímenes deleznables en Francia.

—¿Siempre has sido tan *palicmkrexis*? —preguntó ella—. Hasta un *jiuscrzsa ticiwelmun* sabe que máquina de escribir es femenino.

Absorbí todos los insultos que pude comprender, mientras pensaba —aunque no decía— que en mi opinión resulta ridículo asignar sexo a objetos inanimados incapaces de desnudarse y hacer el tonto de vez en cuando. ¿A santo de qué debíamos referirnos a la señora Pipa de *Crack* o al buen señor Trapo cuando estas cosas nunca podrán vivir todo lo que implica el sexo?

La profesora procedió a ridiculizar a todos, desde la alemana Eva, que odiaba la pereza, al japonés Yukari, que adoraba los pinceles y el jabón. Italianos, tailandeses, holandeses, coreanos y chinos: todos salimos de clase animados por la estúpida convicción de que había pasado lo peor. Nos había sacudido un poco, cierto, pero seguro que era solo un acto diseñado a eliminar a los pesos muertos. Entonces no lo sabíamos, pero los siguientes meses nos enseñaron lo que era compartir el tiempo en compañía de un animal salvaje, un ser completamente imprevisible. Su temperamento no se basaba en una sucesión de días buenos y malos, sino más bien en una serie de buenos y malos momentos. Pronto aprendimos a esquivar la tiza y a protegernos la cabeza y el estómago cada vez que se aproximaba a nosotros con una pregunta. No es que hubiera golpeado nunca a nadie, pero parecía un acto de prudencia protegerse contra lo inevitable.

Aunque se nos prohibía hablar nada que no fuera francés, la profesora nos utilizaba de vez en cuando para practicar uno de los cinco idiomas que dominaba.

—Te odio —me dijo una tarde. Su inglés no tenía el menor acento extranjero—. Te odio con toda mi alma. —Podéis llamarme

sensible, pero no pude evitar tomármelo como algo personal.

Tras ser etiquetado como un *kfdtinvfm* vago, adopté la costumbre de dedicar cuatro horas cada noche a hacer los deberes, cantidad de tiempo que aumentaba si la tarea asignada era una redacción. Supongo que podría haberlo hecho en menos, pero estaba decidido a forjarme una identidad propia: David el trabajador, David el tenaz. Ante uno de esos ejercicios en que hay que completar una frase, me colgaba durante horas, llegando a conclusiones como: «¿Vamos al lago a dar un paseo? ¡Me encantaría! Dame solo un minuto para que me coloque la pierna de madera». La profesora, mediante palabra y acción, transmitía el mensaje de que, si ese era mi concepto de tener una identidad propia, a ella le importaba un comino.

Mis temores e incomodidades rebosaron los límites de la clase y me acompañaban en mis paseos por los amplios bulevares. Tomar un café, pedir indicaciones, ingresar dinero en el banco: eran acciones que quedaban fuera de lugar ya que implicaban la obligación de hablar. Antes de empezar las clases nadie conseguía callarme, pero ahora estaba convencido de que todo cuanto decía estaba mal. Dejaba que el teléfono sonara sin contestar. Si alguien me hacía una pregunta, fingía ser sordo. Supe que el miedo estaba devorando lo mejor de mí cuando comencé a preguntarme por qué no se vendían filetes en máquinas expendedoras.

Mi único consuelo era ser consciente de que no estaba solo. Encorvados en los pasillos y tratando de poner en juego todo el francés que sabían, mis compañeros de clase y yo nos enfrascábamos en el tipo de conversaciones que suelen oírse en los campos de refugiados.

—A veces lloro solo por noche.

—Esto es normal para yo también, pero tú ser más fuerte. Mucho trabajo y algún día hablarás bonito. La gente te querrá. Quizá mañana, de acuerdo.

A diferencia del curso de francés que hice en Nueva York, aquí no había el menor sentido de la competitividad. Cuando la profesora hirió en la ceja a una tímida coreana con un lápiz recién

afilado, no nos proporcionó el menor consuelo el hecho de que, a diferencia de Hyeyoon Cho, todos sabíamos cuál era la forma correcta del pasado irregular del verbo «derrotar». Seamos justos y admitamos que la profesora no había tenido la intención de clavarle el lápiz a la chica, pero tampoco es que perdiera mucho tiempo en disculparse. Solo dijo: «Bueno, deberías haber estado más *kdeynfulh*».

Con el tiempo la idea de que pudiéramos mejorar se fue revelando como imposible. Llegó el otoño y con él las lluvias diarias, lo que implicaba que a las broncas habituales se unirían las del agua que goteaba de gabardinas y paraguas. Estábamos a mediados de octubre cuando la profesora me llamó la atención diciendo: «Cada día que paso contigo es como sufrir una cesárea». Y me sorprendió que, por primera vez desde que llegué a Francia, era capaz de comprender todo lo que alguien me decía.

Comprender no implica que de repente puedas hablar el idioma. Ni mucho menos. Es un pequeño paso, nada más, aunque sus recompensas son a la vez adictivas y decepcionantes. La profesora prosiguió con su diatriba y yo me apoltroné, empapándome de la sutil belleza inherente en cada nueva maldición e insulto.

—Tu estupidez me agota, me esfuerzo contigo y lo único que obtengo es dolor, ¿me entiendes?

El mundo se abrió ante mí e, impulsado por una gran alegría, respondí:

—Sé lo que me está diciendo ahora. Háble me más, por favor, plus, por favor, plus.

JESÚS EL SALTADOR

—¿Y qué se hace el catorce de julio? ¿Se celebra el día de la Bastilla?

Estaba en el segundo mes del curso de francés, y la profesora había propuesto un ejercicio diseñado para promover el uso del «sé» en su función impersonal.

—¿Se canta el día de la Bastilla? —preguntó—. ¿Se baila en las calles? Que alguien me conteste.

En nuestros libros de texto figuraba toda una lista de festividades acompañada de fotos sueltas con imágenes de franceses en plena celebración. El objeto de la lección era unir las festividades con la imagen correspondiente. Era bastante simple, pero quizá era un ejercicio que habría funcionado mejor para promover el uso del pronombre «ellos». No puedo hablar por el resto de los alumnos, pero cuando llegara el día de la Bastilla yo pensaba quedarme en casa y aprovechar para limpiar el horno.

En general, siempre que trabajábamos con el libro de texto, yo solía desconectar de mis compañeros y concentrarme en la pregunta que calculaba que podía tocarme, pero esta tarde la clase no funcionaba en la tónica habitual. Las preguntas se contestaban voluntariamente, así que pude ponerme cómodo y relajarme, confiando en que los cuatro alumnos de siempre se encargarían de decirlo todo. La discusión de aquel día estaba dominada por una niñera italiana, dos polacas con ganas de charlar, y una robusta y malcarada marroquí que hablaba francés desde la infancia y se había matriculado en el curso para mejorar la pronunciación. Había aprendido estos temas en tercero de primaria y aprovechaba

cualquier oportunidad para demostrar su superioridad. Si se formulaba una pregunta, ella respondía con la velocidad del rayo, comportándose como si la clase fuera un concurso en el que, con suerte, podría ganar unas vacaciones en el Caribe o un combi gigante. En el primer día de clase levantó tantas veces el brazo que se le descoyuntó el hombro. Ahora se limitaba a permanecer apoltronada y gritar las respuestas, los brazos bronceados cruzados sobre el pecho como si fuera un gran genio de la gramática.

Una vez discutido el día de la Bastilla, la profesora pasó a la Pascua, representada en el libro de texto por una fotografía en blanco y negro de una campana de chocolate colocada sobre un lecho de hojas de laurel.

—¿Y qué se hace en Pascua? ¿Alguien nos lo quiere explicar?

En mi caso esta era otra de las festividades que tendía a evitar. Por regla general, mi familia siempre había hecho caso omiso de la Pascua que celebraban nuestros vecinos y amigos no ortodoxos. Mientras los demás degustaban figuritas de chocolate, mi hermano, mis hermanas y yo soportábamos banquetes épicos, doblando nuestros huesitos en señal de oración y rogando para que llegara el final de la monotonía que marcaba la Iglesia de la Santa Trinidad. Como griegos, teníamos nuestra propia Pascua, observada en cualquier sitio entre dos y cuatro semanas más tarde de lo que se conocía en nuestro círculo como «la versión americana». El motivo tenía algo que ver con la luna o con el calendario ortodoxo —algo tan misterioso como eso— aunque nuestra madre siempre sospechó que se celebraba más tarde para que los griegos pudieran comprar los marshmallows y la hierba de plástico a precio de ganga.

—Tacaños hijos de perra —decía—. Si fuera por ellos celebraríamos Navidad a mediados de febrero.

Dado que nuestra madre había crecido en la fe protestante, la Pascua en casa era una híbrida mezcla de las tradiciones griega y americana. Recibimos cestas llenas de dulces hasta que fuimos lo bastante mayores como para jubilar al conejito de Pascua. A partir de entonces los fumadores despertaban ante un cartón de tabaco y un surtido de encendedores desechables, y los que no fumaban

recibían algo equivalente en función de su propio vicio. Por la noche tomábamos la cena tradicional griega, a la que seguía un juego en el que nos lanzábamos huevos de color sangre unos a otros. El simbolismo se me escapa, pero el que consiguiera quedarse con el único huevo sin romper de la mesa era supuestamente recompensado con un año de buena suerte. Yo solo gané una vez. Fue el año en que murió mi madre, me asaltaron el piso y acabé en urgencias víctima de lo que el médico de guardia diagnosticó como «rodilla del ama de casa».

La niñera italiana intentaba responder a la última pregunta de la profesora cuando la estudiante marroquí la interrumpió a gritos:

—Disculpadme, pero ¿qué es la Pascua?

Uno creía que, pese a haber crecido en un país musulmán, podía haber oído hablar de ella alguna vez, pero no era así.

—Lo digo en serio. No sé de qué están hablando.

La profesora nos animó al resto a que se lo explicáramos.

Los polacos pusieron en el empeño su mejor voluntad.

—Es —dijo una— una fiesta para el niño de Dios que se llama a sí mismo Jesús y… oh, mierda. —Le fallaron las palabras, así que su compatriota varón acudió en su ayuda.

—Él se llama a sí mismo Jesús y luego muere un día o dos… equis de madera.

Los demás estudiantes saltaron como impulsados por un resorte y ofrecieron retazos de información que habrían provocado un infarto al Papa.

—Un día muere y se va encima de la cabeza a vivir con tu padre.

—Él llevaba largos cabellos y después de que muere, el primer día viene aquí a saludar a sus gentes.

—Buen hombre, Jesús.

—Hace cosas buenas, y en Pascua somos tristes porque alguien le muere hoy.

Parte del problema estaba vinculado al vocabulario. Simples sustantivos como «cruz» o «resurrección» quedaban fuera de nuestro alcance, y no hablemos ya de frases complejas como «dar en sacrificio a su único y bienamado hijo». Frente al desafío de explicar

las bases de la cristiandad, hicimos lo que haría cualquier grupo de personas con amor propio: hablar de comida.

—La Pascua es una fiesta para comer cordero —explicó la niñera italiana—. Algunos también comen mucho chocolate.

—¿Y quién trae el chocolate? —preguntó la profesora.

Eso lo sabía, así que levanté la mano y dije:

—El conejo de Pascua. Él trae de chocolate.

—¿Un conejo? —La profesora, convencida de que me había equivocado de palabra, se colocó los dos dedos índices sobre la cabeza y los agitó como si fueran orejas—. ¿Te refieres a uno de estos bichos? ¿Un conejo conejo?

—Sí, claro —dije—. Viene en mitad de la noche cuando se duerme en la cama. Con una mano que tiene cestas de comida.

La profesora suspiró y sacudió la cabeza. Por lo que a ella se refería, lo que yo acababa de explicar reflejaba todo lo que mi país tenía de malo.

—No, no —dijo—. Aquí en Francia el chocolate lo trae una gran campana que vuela desde Roma.

Eso sí que no podía dejarlo pasar.

—Pero la campana ¿cómo sabe dónde vives?

—Vaya —dijo—, ¿y cómo lo sabe el conejo?

Ahí se anotó un tanto, pero reconozcamos que un conejo al menos tiene ojos. Ya es algo. Los conejos se mueven de un lugar a otro, mientras que la mayoría de las campanas solo pueden ir de atrás hacia delante, y ni siquiera por voluntad propia. Para colmo, el conejito de Pascua tiene personalidad. Es alguien a quien te gustaría conocer y estrecharle la mano. Una campana tiene la misma personalidad que un cubo de acero. Es como decir que por Navidad un recogedor mágico vuela desde el polo Norte conducido por ocho ladrillos flotantes. ¿Quién querría pasar la noche en vela para ver a una campana? ¿Y por qué ir a buscar una a Roma cuando en París hay tantas campanas que no saben qué hacer con ellas? Ese es el aspecto más inverosímil de toda la historia, ya que no hay forma de que las campanas de Francia dejen que una inmigrante vuele hasta aquí y les quite el trabajo. Esa pobre campana romana podría

considerarse afortunada si la dejaban trabajar colgada de un perro… Y hasta para eso necesitaría papeles. La historia no cuadraba por ningún lado.

Nada de lo que dijimos le fue de ninguna ayuda a la estudiante marroquí. Un hombre de pelo largo que supuestamente vivía con su padre, una pata de cordero servida con hojas de laurel y chocolate. Confusa y disgustada a la vez, encogió sus enormes hombros y volvió a concentrarse en el cómic que llevaba escondido debajo de la carpeta.

Fue entonces cuando me pregunté si, aun sin la barrera del idioma, mis compañeros y yo hubiéramos hecho un mejor trabajo dando sentido al cristianismo, una idea que de entrada ya parece bastante inverosímil.

Al comunicar cualquier creencia religiosa, la palabra clave es «fe», un concepto plenamente ilustrado por nuestra presencia en aquella clase. ¿Por qué molestarse en luchar con las lecciones gramaticales de un niño de seis años si no creyéramos que, contra todo pronóstico, acabaríamos mejorando? Si yo podía mantener la esperanza de que algún día sería capaz de hablar con fluidez, creer que un conejo viniera a casa a medianoche y dejara un cargamento de besos de chocolate y un cartón de cigarrillos mentolados tampoco era una idea tan descabellada. ¿Por qué detenerse ahí? Si pudiera creer en mí mismo, ¿por qué no dar a otras improbabilidades el beneficio de la duda? Me dije que, pese a su conducta previa, la profesora era una mujer amable y cariñosa que pensaba solo en lo que era mejor para mí. Acepté la idea de que un Dios omnisciente me había creado a su imagen y semejanza, y queme vigilaba y guiaba mis pasos de un lugar a otro. El alumbramiento de la Virgen, la resurrección, los incontables milagros… mi corazón se expandió hasta abrazar todas las maravillas y posibilidades del universo.

Pero lo de la campana… Y una mierda.

RATA DE AUDIOTECA

—Amigos, ¿qué queréis hacer? ¿Salimos?

—¿Salir adónde? ¿Vamos a la discoteca?

—No, a un restaurante, a la Casa de las Mariposas.

—¡La Casa de las Mariposas! ¡Qué restaurante tan agradable!

—Y no es nada caro, si estás pensando en eso.

—Bien, pues asunto zanjado. ¡Vayamos a la Casa de las Mariposas!

Antes de irme de Nueva York me matriculé en un curso intensivo de francés impartido por una joven y bella parisina que nos hacía memorizar toda una serie de diálogos sacados de una cinta que iba con el libro de texto. Dado que era un curso para principiantes, los personajes de la cinta solían mantenerse alejados del argot y de la polémica. Evitando tanto el pasado como el futuro, se abrazaban al presente con un estoicismo compartido por budistas y alcohólicos recién rehabilitados. Fabienne, Carmen y Eric invertían mucho tiempo en restaurantes al aire libre, discutiendo su amor por la vida y degustando refrescos de cola servidos sin hielo. Regularmente nos presentaban a conocidos casuales y a menudo se mencionaba que el cielo era azul.

Tomados uno por uno, el surtido de verbos y nombres estaba a mi alcance, pero debido al abuso de drogas y a mi estrecha relación con disolventes químicos, ya me cuesta repetir mi código postal, así que no hablemos de toda una conversación dedicada a los placeres que despierta la luz del sol. Con la esperanza de mejorar en mis tareas memorísticas, me arruiné y me compré un *Walkman*. Y me

sorprendió. En mi *ranking* de accesorios vulgares, siempre los había colocado por debajo de las boas constrictor y las camisetas del Planet Hollywood, pero una vez que me metí los auriculares en las orejas me di cuenta de que me gustaba. La buena noticia es que, al igual que cuando llevas encima una boa constrictor o una camiseta del Planet Hollywood, la gente tiende a apartarse si te ve con el *Walkman* puesto. El mundo exterior se convierte de repente en algo tan privado como tú lo quieres. Es como estar sordo, pero sin ninguna de sus desventajas.

Totalmente aislado y obligado a adivinar lo que la gente decía a gritos, descubrí que caminar por Nueva York se convertía en un auténtico placer. Al cruzar la calle Catorce, un psicótico sin medicación blandía una escobilla de retrete, su boca se movía sin pronunciar palabra mientras, en mi cabeza, los jóvenes franceses pedían una mesa con vistas a la fuente. La cinta me animaba a mudarme a París, donde, al menos, podría decir de memoria frases como: «Deja que te dé mi número de teléfono» o «Yo también adoro los sándwiches».

Tal y como han ido las cosas no he tenido oportunidad de decir ninguna de estas frases. Aunque puedo invitar a alguien a que me llame, el único número de teléfono que me sé de memoria es el de Eric, el francés de la cinta. Mi cerebro es lo bastante grande como para acumular un solo número de diez dígitos, y como el suyo llegó primero, no tengo ni la menor idea de cómo conseguir que alguien me llame. Supongo que sí puedo hablar de los sándwiches, pero no es que merezca mucho la pena. Parte del problema es que no tengo a nadie con quien hablar si exceptuamos a los miembros de la clase de francés, que demuestran buena voluntad pero me agotan con su entusiasmo. Tan jóvenes y optimistas como los de la cinta de casete, me invitan de vez en cuando a unirme a ellos p ara tomar un café juntos después de clase en un bar cercano.

Lo intenté varias veces, pero, rodeado de sus caras frescas y sonrientes, no pude evitar sentir que me habían elegido por error para un anuncio de Pepsi. La verdad es que estoy demasiado viejo y gastado para compartir su emoción ante placeres tan inocentes como

un paseo en barca por el Sena o un pícnic improvisado en la base de la torre Eiffel. Me habría sentado bien salir, pero cuando llegaba el momento me fallaban las fuerzas. Tampoco me las puedo arreglar para entablar conversación con los muchos extranjeros que se dirigen a mí automáticamente siempre que quieren un cigarrillo o necesitan saber dónde está la estación de metro más próxima. Mi actual clase de francés no contempla la memorización de diálogos, pero yo sigo llevando el *walkman*, principalmente como forma de protección.

No siendo un gran coleccionista de música, empecé mi vida en París escuchando audiolibros norteamericanos. Nunca había sido un gran fan del medio, pero lo recibí con entusiasmo como oportunidad de mantener mi inglés. A menudo se trataba de libros que nunca me habría sentado a leer. Sin embargo, incluso cuando eran sosos, disfrutaba de la desconcertante combinación provocada por la vida francesa y la narración en inglés. Aquí estaba París, aunque con un error de sintonía. Los grandes almacenes parecían mucho menos intimidantes cuando escuchabas *Dolly: My Life and Other Unfinished Business*, unas memorias en las que la tetuda autora describe una infancia invertida en recoger piojos de la cabeza de su abuela. Sentado en el parque de los jardines Luxemburgo escuché *Lolita*, en versión abreviada con James Mason y completa con Jeremy Irons. Advertí que había media docena de hombres pálidos de mediana edad a los que les gustaba frecuentar la jaula de los monos, y juntos formamos una comunidad pequeña, pero decididamente escalofriante.

My House of Memories, de Merle Haggard, los diarios de Alan Bennett, *La isla del tesoro*. Si a alguien que lee a todas horas se le pone el mote de rata de biblioteca, yo me estaba convirtiendo en una rata de audioteca. El problema es que me había instalado en París sin la menor preparación para mi nuevo pasatiempo. Las pocas cintas que tenía me las habían dado entre un momento y otro y las había metido en la maleta en el último minuto. Un hombre adulto solo puede escuchar *El viento entre los sauces* un número determinado de veces, así que finalmente me vi obligado a considerar las

múltiples cintas en francés que me habían hecho llegar sutilmente nuestros vecinos de Normandía.

Intenté escuchar *El misántropo* y las *Fábulas de La Fontaine*, pero eran demasiado espesas para mí. Soy demasiado vago para acometer ese tipo de esfuerzos. Además, si quería oír a gente hablando francés, solo tenía que quitarme los auriculares y tomar parte en lo que se conoce como «vida real», un concepto tan poco atractivo como un cóctel de champú.

En una búsqueda desesperada de material, estaba a punto de comprar una colección de cintas de *Aprenda a hablar inglés*, cuando mi hermana Amy me envió un paquete que contenía varias latas de almejas, un saco de sémola, una cinta que contenía un paseo guiado por París y mi propio ejemplar de *Francés médico de bolsillo*, un librito con su correspondiente casete diseñado para médicos y enfermeras que no conocían el idioma. La cinta turística te lleva de un monumento a otro mientras recita detalles informativos descritos para enriquecer al oyente. Aprendí, por ejemplo, que a finales del año 1500 la pequeña plaza de mi barrio fue uno de los lugares predilectos por los lugareños para quemar viva a la gente. Ahora, gracias a la sucesión de pequeñas tiendas, la tradición continúa, aunque en un sentido más figurado que literal.

Proseguí con mi visita guiada hasta Notre Dame, donde, aburrido por un discurso sobre la historia de los contrafuertes volátiles, cambié de cinta y pasé a ver París a través de los ictéricos ojos de la guía médica de bolsillo. Primero en inglés y luego, en un tono completamente átono, repetido luego en francés, las frases son lo bastante cortas como para que pudiera aprender enseguida frases tan útiles para romper el hielo como: «Quítese la dentadura postiza y todas las joyas» y «Ahora debe pasar el posparto». Aunque todavía tengo que poner en práctica todas estas nuevas preguntas y órdenes, he descubierto que, al aprenderlas, puedo por fin imaginarme libre de los *walkman* y dispuesto a enfrascarme en una activa y gratificante vida social. Ahí estoy, en esa fantástica fiesta, llenando la copa de champán y volviéndose para preguntar a mi anfitrión si ha notado algún síntoma poco habitual. «Tenemos que hacernos un

electro —digo a la condesa mientras me subo al yate—. Pero antes, ¿le importaría darme una muestra de sangre?».

Con la práctica llegaré a conseguir mi objetivo; mientras tanto, si vienes a París me encontrarás con los auriculares insertados en el oído externo, caminando por las avenidas y susurrando: «¿Le han introducido alguna otra cosa en el ano? ¿Le han introducido alguna otra cosa en el ano?».

QUE SEAN DOS

He advertido que los americanos que están de vacaciones en París hablan dos tipos básicos de francés: la versión dura y la versión fácil. La versión dura incluye la conjugación de verbos y la sabiduría para colocarlos entre otras palabras con el fin de formar frases como: «Voy a le decir buenas tardes» y «No, no, a él no voy a le decir buenas tardes».

La segunda, y menos complicada forma de francés, consiste en hablar inglés a pleno pulmón, tal y como te dirigirías a un sordo o a un perro al que quieres enseñar a no subirse al sofá. La duda y la probabilidad se revelan como completamente innecesarias, ya que el francés fácil se basa en la premisa de que, si se le empaquetara adecuadamente, el resto del mundo cabría en los límites de Reno, Nevada. El que habla no lleva diccionario de bolsillo y nunca sufre la humillación que inevitablemente tiene lugar cuando te enfrentas al menú de un restaurante y tienes que pedir. Con el francés fácil, comer fuera incluye una sola frase: QUIERO UN FILETE.

Habiendo acometido el estudio del francés duro, oía frases como esa y mi mirada vagaba por la sala pensando: «Para ti, el señor Filete, colega». De todos los obstáculos que entorpecen el aprendizaje de este idioma, el peor es, para mí, el principio de que todas las cosas tienen asignado un sexo que afecta tanto a los artículos como a los adjetivos. Dado que es hembra y pone huevos, *le poulet* es masculino. *Vagin* también es masculino, mientras que el término *masculinité* es femenino. Obligado por la gramática a situarse en uno u otro lado, *hermaphrodite* es masculino e *indecision*

femenino.

Pasé meses buscando algún código secreto antes de darme cuenta de que el sentido común no tiene nada que ver con ello. *Histerie, psychose, torture, depression*: me dijeron que si algo era desagradable, también era con toda probabilidad de sexo femenino. Esto me animó, pero la teoría se fue al suelo cuando aparecieron sustantivos tan masculinos como *assassinat, mal de dents* y *patins*. No tengo ningún problema en aprenderme las palabras, son los sexos los que me confunden y se niegan a permanecer en mi memoria.

¿Cuál es el truco para recordar que un sándwich es masculino? ¿Qué cualidades comparte con alguien que posee un pene? Me digo a mí mismo que sándwich es masculino porque si lo dejas solo un par de semanas le acaba saliendo vello. Esto funciona hasta que llega el momento de pedir y decido que, como a veces se le escapa la salsa, el sándwich es indudablemente femenino.

No consigo mantener lo que sé. Con la esperanza de que el aprendizaje llegue a partir de la repetición, he intentado usar el género en mi inglés cotidiano. «Hola, chicos», saludaba al abrir una caja de clips o «Eh, Hugh, ¿has visto *ma ceinture*[2]? No la encuentro por ningún sitio». Inventé personalidades para los objetos del armario y los cité entre sí a ciegas. Cuando las cosas no me salían como yo quería con la cartera, el reloj se encargaba de separar al cepillo del pelo del encendedor. Las escenas me hacían retroceder hasta mi juventud, cuando mis hermanas y yo representábamos dramas épicos con la comida. Patatas fritas bañadas en *ketchup* marchaban por nuestros platos embarcándose en breves romances o acaloradas disputas con los aros de zanahoria mientras que las alitas de pollo vigilaban desde el exterior del plato, siempre listas a entrar en liza si las cosas se salían de madre. Los sexos eran asignados a nuestra discreción y podían cambiar de una noche a otra, no como aquí, donde *le harricot verá* permanecía atrapado en su rígido rol masculino. Dirán lo que quieran de las estructuras sociales del sur, pero al menos en Carolina del Norte un perrito caliente es libre de elegir acera.

Nada en Francia se libra de la asignación de sexo. Un día que

hojeaba el diccionario, tratando de completar un ejercicio, advertí que los franceses habían dado género a diversas masas de tierra y maravillas naturales que para los americanos siempre han sido asexuadas. Niagara Falls es femenino, y, contra toda lógica, Grand Canyon es masculino. Georgia y Florida son hembras, mientras que Montana y Utah son varones. New England es ella, mientras que la gran área que nosotros denominamos Midwest es solo un chicarrón. Me pregunto quién fue el primero que les dio sexo. ¿Hizo su trabajo directamente en el manicomio, o le alquilaron una pequeña oficina donde pudiera descansar del ruido?

Hay ocasiones en que puedes tragarte el artículo y otras en que este debe ser pronunciado con claridad, ya que la palabra varía de significado según sea masculina o femenina.

Debería resultar bastante obvio que uno hace una tortilla en una sartén y no en un hornillo de leña, pero me molesta repetir el mismo error una y otra vez. Mis oyentes están agotados y yo todavía no he llegado ni al verbo.

Mi confianza descendió bajo mínimos cuando mi amiga Adeline me dijo que los niños franceses suelen equivocarse, pero nunca con el sexo de los sustantivos. «Es que hemos crecido con eso —me dijo —. Oímos el género una vez y luego ya es como si formara parte de la palabra. No tiene más misterio».

Menudo mundo asqueroso si no puedo sentirme superior ni a un niño de pocos años. Harto de ponerme en evidencia delante de los críos de dos años, he comenzado a referirme a todo usando el plural. Resulta caro, pero ha conseguido resolver la mayor parte de mis problemas. Cuando pides *un melón*, tienes que usar el artículo masculino. Si pides *des melons*, usas el artículo plural, que no especifica género y es el mismo tanto en masculino como en femenino. Pide dos, diez o trescientos *melons*, y el número te libera de colocar cualquier artículo. *Un kilo* masculino de femeninos *tomats* presenta un problema sexual fácilmente salvable si en su lugar pides dos kilos. He empezado a usar el plural siempre que voy de compras, y Hugh ha empezado a usarlo en nuestra cocina, abarrotada como si se acercara una guerra. Me mira desde la esquina y grita: «¿Para qué

queremos cinco kilos de tomates?».

Le respondo que estoy seguro de que ya haremos algo con ellos. Lo peor es encontrar dónde guardarlos. En la nevera no caben, ya que el último estante que quedaba libre fue ocupado por los dos pollos que compré al charcutero la tarde anterior, olvidando que todavía estábamos dando cuenta de un par de asados de cerdo del tamaño de troncos Duraflame. «Podríamos colocarlos junto a la radio —digo—, o ponerlos al fuego y hacer salsa con ellos. Tampoco te pongas así. Es mejor tener cinco kilos de tomates que no tener ni uno, ¿no crees?».

Hugh me dice que el producto interior del país aumentará hasta que mejore mi francés. Está bastante mosqueado, pero creo que se le pasará cuando vea los reproductores de CD que le he comprado para su cumpleaños.

RECUERDOS DE MI INFANCIA EN ÁFRICA

Cuando Hugh estaba en quinto curso fue de excursión con su clase a un matadero etíope. En esa época vivía en Addis Abeba, y se eligió como destino el matadero porque, según dice, «resultaba adecuado».

Se trataba de un sistema escolar en el cual el aspecto de la proximidad predominaba sobre otros conceptos menores como lo que puede ser o no apropiado para un autocar cargado de mocosos de once años.

—¿Qué? —pregunté—. ¿No teníais prevista ninguna autopsia en la morgue local? ¿La prisión federal os quedaba lejos?

Hugh defiende a su colegio diciendo:

—Bueno, ¿no es ese el objetivo de una excursión? ¿Ver algo nuevo?

—Técnicamente sí, pero…

—Entonces así fue. Vimos cosas nuevas.

Una de sus excursiones fue a un campo donde la clase contempló cómo un hombre arrugado se llenaba la boca con carne podrida de cabra y luego la escupía para alimentar a unas hienas. En otra ocasión los llevaron a examinar las cortinas ensangrentadas que colgaban en el dormitorio del palacio de un antiguo dictador. Hubo otras salidas, a fábricas textiles y refinerías de azúcar, pero mi favorita siempre ha sido la del matadero. No era una gran empresa, apenas un negocio rural llevado por dos hermanos que operaban en un edificio de ladrillo de techo bajo. Tras una conferencia breve sobre la importancia de las medidas higiénicas, se introdujo una

cabrita blanca en la sala, que entró chasqueando con las pezuñas sucias sobre el suelo de granito. La clase se apiñó para ver de cerca al animal, que parecía encantado por el interés que despertaba. Fue mirándolos a todos de uno en uno, y miraba concretamente a Hugh cuando uno de los hermanos se sacó una pistola del bolsillo trasero, la acercó a la sien de la víctima y disparó al estilo ejecución. La sangre se esparció, los asustados niños lloraron, y el hombre de la pistola ofreció al profesor y al conductor del autocar carne de cabra recién sacrificada.

Cuando escucho ese tipo de historias, todo lo que puedo sentir son celos. Un matadero etíope. Hay gente que tiene suerte. Mis salidas con la escuela elemental no pasaron de un viaje a Old Salem o a la Colonia Williamsburg, uno de esos pueblecitos históricos bien preservados donde el tiempo finge haberse detenido y alguien se gana la vida haciendo de sereno. Siempre había un herrero, un grupo de patriotas vagabundos, y una serie de mujeres con sombrero ofreciendo pan de maíz o galletas de jengibre hechas al estilo tradicional. De vez en cuando te topabas con algún convicto cumpliendo condena en los muelles, pero eso era normalmente el colmo de la emoción.

Aunque algunos acontecimientos son paralelos, hay que reconocer que comparada con la de Hugh mi infancia fue tremendamente sosa. Cuando yo tenía siete años, mi familia se mudó a Carolina del Norte. Cuando él tenía siete años, su familia se trasladó al Congo. Nosotros teníamos un collie y un gato doméstico. Ellos tenían un mono y dos caballos llamados Charlie Brown y Satán. Yo arrojaba piedras contra las señales de *stop*. Hugh arrojaba piedras a los cocodrilos. Los verbos son los mismos, pero no cabe duda que en cuanto entramos en sustantivos y objetos directos él me gana por goleada. Para mi madre un día importante incluía un viaje a la lavandería o una charla con el repartidor de patatas fritas. Si se le preguntaba lo que había hecho en una tarde corriente del Congo, la madre de Hugh respondía que ella y unas cuantas damas del club habían visitado una colonia de leprosos a las afueras de Kinshasa. No había ningún motivo específico para la expedición, aunque es

probable que lo estuvieran probando de cara a una futura excursión escolar.

Debido a su formación, Hugh se traga películas infames sin darse cuenta nunca de que a menudo se basan en infames programas de televisión. No había marcianos con cara de póquer en la parte de África donde vivía, ni palurdos petroleros, ni doncellas con delantal intentando abandonar la práctica de la brujería. De vez en cuando les llegaba una película empaquetada en una lata dentada, la cinta arañada y descolorida por culpa del lento viaje alrededor del mundo. El cine consistía en una docena de sillas plegables dispuestas frente a una sábana o la pared blanca de un hangar vacío cerca del campo de aviación. En ocasiones había un hombre vendiendo refrescos de una caja de cartón, pero eso era todo en lo que a chucherías se refiere.

Cuando yo era joven, fui al cine a un centro comercial cercano y vi una película sobre un Volkswagen parlanchín. Creo que el cochecito era bastante travieso, pero no estoy seguro ya que tanto la tarde como la película pasaron sin pena ni gloria y se me han borrado totalmente de la memoria. Hugh vio la misma película unos años después de su estreno. Su familia había cambiado el Congo por Etiopía. Como yo, Hugh vio la película solo una tarde de fin de semana. A diferencia de mí, cuando salió del cine dos horas más tarde se encontró con un muerto colgando de un poste de teléfonos en el extremo más alejado del descampado que hacía las veces de aparcamiento. Nadie pareció inmutarse ante el cadáver. Lo miraron un momento y luego se dirigieron a sus casas, diciendo que nunca habían visto nada tan tonto como un Volkswagen parlanchín. Su padre llegó tarde a recogerle, así que Hugh se pasó una hora allí, viendo cómo el muerto se balanceaba e iba girando a causa del viento. La muerte no apareció en el periódico, y cuando Hugh relató la historia a sus amigos, ellos dijeron: «¿Viste la película del coche que habla?».

Yo podría haber pasado sin las moscas ni los cines rústicos, pero no me habría importado crecer en un hogar lleno de criados. En Carolina del Norte era normal tener una señora de la limpieza una vez por semana, pero la familia de Hugh tenía lacayos, una palabra

que siempre consigue despertar mi imaginación. Tenían cocineros y chóferes, y guardias con caseta incluida armados hasta los dientes. Dado que yo siempre les había pedido a mis padres una valla electrificada, el tema de los guardias me parece lo último en sofisticación. Tener protección sugiere que eres importante. Disfrutar de esa protección a cargo del gobierno es aún mejor, ya que sugiere que hay alguien aparte de ti que se preocupa por tu seguridad.

El padre de Hugh era funcionario del departamento de estado de Estados Unidos. Cada mañana un sedán negro le llevaba a la embajada. Me dicen que no es tan glamuroso como parece, pero por lo que se refiere a diversión para el resto de la familia diría que da sopas con honda al pícnic anual para los empleados de IBM. A los tres años, Hugh ya disponía de pasaporte diplomático. Las reglas que se aplicaban a los otros no eran válidas para él. No había multas, ni arrestos, ni registro de equipajes: estaba autorizado oficialmente para actuar como un gamberro. Siendo americano, eso era lo que se esperaba, ¿y quién era él para negar al mundo alguna pataleta ocasional?

La familia de Hugh no era rica, pero lo que les faltaba desde un punto de vista financiero lo compensaban con el tipo de exotismo que funciona a las mil maravillas en los cócteles y que siempre conduce al comentario: «Suena fascinante». Un cumplido que pocas veces te llega cuando describes una adolescencia pasada bebiendo té helado en el centro comercial de North Hill. Nunca se coló una pitón de seis metros en la cancha de baloncesto de mi colegio. Rogué para ello, recé todos los días, pero nunca sucedió. Tampoco fui testigo de ningún golpe militar en el cual fuerzas aliadas con el coronel se plantaran de madrugada en casa de mi vecino para asesinarle. Hugh estaba en el club de jóvenes de Addis Abeba cuando se cortó la electricidad y llegaron los soldados para evacuar el edificio. Él y sus amigos tuvieron que esconderse en la parte trasera de un *jeep* y cubrirse con mantas durante todo el trayecto hasta sus casas. Es algo que, por alguna razón, se le ha quedado grabado en la mente.

En cuanto a mis recuerdos, los momentos memorables son la foto que me hicieron con el tío Paul, el presentador oficialmente ciego de un *show* infantil de la televisión local. Entre los de Hugh figura hacerse una foto con Buzz Aldrin en el último tramo de la gira mundial del astronauta. El hombre que había caminado sobre la luna apoyó la mano sobre el hombro de Hugh y se ofreció a firmarle un autógrafo. El hombre que dirigía el coro infantil de Wake County se volvió al oírme cantar y preguntó: «Dime, princesa, ¿cómo te llamas?».

Con catorce años me enviaron a pasar diez días con mi abuela materna en el oeste del estado de Nueva York. Era una mujer pequeña y reservada llamada Billie y, aunque la verdad es que nunca se me plantó delante para preguntarlo, yo abrigaba la impresión inequívoca de que no tenía la menor idea de quién era ese joven intruso. Era por su forma de mirarme, entrecerrando los ojos detrás de las gafas mientras se mordía el labio inferior. Eso, unido al hecho de que ella nunca, ni una sola vez, me llamó por mi nombre. «Oh —decía—, ¿aún sigues ahí?». En esos días acababa de iniciar lo que sería una larga batalla contra el Alzheimer, y cada vez que yo entraba en la habitación sentía la necesidad de volver a presentarme para tranquilizarla. «Hola, soy yo, David. El hijo de Sharon. Estaba en la cocina admirando tu colección de platos de cerámica». Esto, unido a unos cuantos campamentos de verano, fueron lo más lejos que yo había estado de casa, y me gusta pensar que la experiencia me fortaleció.

Más o menos por la misma época en que yo asustaba a mi abuela, Hugh y su familia hacían el equipaje y partían hacia Somalia. No había escuelas de habla inglesa en Mogadiscio, así que, tras unos meses en los que se limitó a deambular por la residencia familiar acompañado del mono, Hugh fue devuelto a Etiopía donde vivió con un fan de la cerveza que su padre había conocido en un cóctel. El señor Hoyt se dedicaba a encargar sistemas de seguridad en las embajadas extranjeras. Él y los suyos le cedieron una habitación a Hugh. Le invitaron a sentarse con ellos en la mesa, pero hasta ahí llegó todo su interés. Nadie le preguntó nunca

cuándo era su cumpleaños, de manera que cuando llegó el día se lo calló. No había servicio telefónico entre Etiopía y Somalia, y las cartas de sus padres iban primero a Washington para luego ser reenviadas a Mogadiscio, con lo que las noticias le llegaban al menos con un mes de retraso. Supongo que no era muy distinto que vivir como un estudiante de intercambio. La gente joven lo hace todo el tiempo, pero a mí me suena terrible. Los Hoyt tenían dos hijos de la edad de Hugh que se pasaban el tiempo diciéndole cosas como: «Eh, te estás sentando en nuestro sofá» o «Quita las manos de esa figura. No te pertenece».

Llevaba un año con esa gente cuando escuchó cómo el señor Hoyt decía a un amigo que iban a mudarse a Munich, Alemania, la capital cervecera del mundo. «Y eso me inquietó —dijo Hugh—, porque significaba que tendría que buscar otro lugar donde vivir».

De donde yo procedo, encontrar cobijo es un problema que el adolescente medio puede dejar para sus padres. Era algo que ya venía junto con tener papá y mamá. Preocupado porque quizá le enviaran a vivir con sus abuelos de Kentucky, Hugh se dirigió al tutor del colegio, quien conocía a una familia cuyo hijo acababa de irse de casa para entrar en la universidad. Así que se pasó otro año viviendo con extraños y sin celebrar su cumpleaños. Aunque no me hubiera gustado tener que pasar por ello, no puedo sino envidiar el sentimiento de fortaleza que conlleva la experiencia. Después de graduarse en la universidad, Hugh se marchó a Francia sabiendo únicamente la frase «¿Habla usted francés?», una pregunta que no te lleva a ningún sitio a menos que tú también hables el idioma.

Mientras vivían en África, Hugh y su familia fueron de vacaciones con frecuencia, a menudo en compañía del mono. El Hilton de Nairobi, una *suite* de techo alto en El Cairo o Jartum: estos son los lugares que su gente recuerda cuando se sientan a comer juntos. «Fue el verano que pasamos en Beirut, o no, estoy pensando en la vez que zarpamos de Chipre y tomamos el *Orient Express* en dirección a Estambul».

Esta era la vida con la que yo soñaba durante mis vacaciones en la parte oeste de Carolina del Norte. La familia de Hugh alternaba

con jeques y sultanes mientras yo comía sardinas fritas en la lonja del pescado de Morehead City, con una toalla enrollada en la cabeza a modo de turbante. Alguien desconocido para mí estaba con toda probabilidad encima de un charco de barro y soñando con pasar una tarde sentado en un limpio restaurante familiar, bebiendo té helado y sin parar de comer lo que había en una bandeja de marisco tamaño familiar, pero eso no me concierne, ya que querría decir que debería haberme conformado con lo que tenía. En lugar de rendirme a mi amargura, he aprendido a extraer satisfacción de la vida que Hugh ha llevado. Con el tiempo, sus historias se han convertido en mías. Lo digo sin un atisbo de presunción. No hay ningún simbolismo espiritual: soy solo un ladronzuelo que coge recuerdos con la misma facilidad con que me apropio del suelto que lleva en la cartera. Cuando mis propias experiencias se quedan cortas, lo único que tengo que hacer es echar mano de alguna suya. Es con placer que a veces recuerdo el rostro morado del hombre ahorcado o el relato del sonido de la bala zumbando en mis oídos mientras estudiaba el charco de sangre de la cabrita blanca. Cuando volvíamos del matadero, nos detuvimos a comprar Coca-Cola en un pueblo llamado Mojo, donde el propietario de la gasolinera había dispuesto unas cuantas sillas y mesas junto al toldo que proporcionaba la parra. Era ya entrada la tarde cuando volvimos al colegio, donde un segundo autobús me llevó al inicio de Coffee-board Road. Una vez allí, caminé por un paseo de eucaliptos y frente al ganado hambriento que pastaba en el valle, vi al guardia que dormitaba en la caseta y me lancé a los cálidos brazos de mi mono.

21 VERTICAL

Cuando a un profesor de instituto le preguntan «¿Para qué nos va a servir aprender esto?» puede responder con toda tranquilidad que, independientemente del tema en cuestión, el conocimiento siempre será útil en el momento en que el alumno alcance la mediana edad y comience a resolver crucigramas con el fin de sacudirse de encima el terrible sentimiento de soledad. Es absolutamente cierto. Latín, geografía, los dioses de la antigua Grecia y Roma: a menos que sepas de esto te verás condenado a los crucigramas de la revista *People*, donde las pistas dicen: «Título de película: *Lo que el viento se llevó*» y «Sostiene los pantalones en su sitio». No es que sea un mal comienzo, pero la satisfacción del logro se desvanece con rapidez.

Me han dicho que los crucigramas sirven para frenar el avance de la enfermedad de Alzheimer, pero eso no tuvo nada que ver con mi iniciación. Empecé a hacerlos años atrás, después de dejarme caer de visita en casa de un ex novio. El hombre era y sigue siendo increíblemente —casi dolorosamente— guapo. En la terminología de crucigramas de Eugene Maleska, se trata de un individuo apuesto y pulcro, mientras que Will Shortz, el editor de crucigramas de *The New York Times* le definiría como un «imán», con una pista diciendo: «Las cabezas se giran a su paso».

Dado que ese ex novio era tan guapo, yo siempre me había empeñado en que también tenía que ser idiota, por la simple razón de que me parecía injusto que alguien recibiera dos bendiciones como unos rasgos cincelados y una buena habilidad como conversador. Era, por supuesto, mucho más listo de lo que yo creía,

y finalmente dio muestras de su inteligencia rompiendo conmigo. Los dos acabamos mudándonos a Nueva York, y con el tiempo se desarrolló entre ambos lo que suele llamarse una amistad casual. Yo me pasé por su despacho un día, con la esperanza de que hubiera perdido unos cuantos dientes, y ahí estaba, apoltronado en su silla y enfrascado en acabar el crucigrama del viernes del *New York Times* con un bolígrafo. La capital de Tuvalu, un olvidado levantador de pesas olímpico, una palabra de quince letras para «derviche»: «Oh, eso —dijo—. Es algo que hago para ocupar las manos mientras estoy al teléfono».

Me quedé hecho polvo.

Los crucigramas del *New York Times* aumentan progresivamente de dificultad a medida que avanza la semana: el del lunes es el más sencillo y el del sábado requiere esa clase de mente capaz de doblar cucharillas. Me llevó varias semanas completar mi primer crucigrama del lunes, y cuando acabé, lo metí en la cartera para llevarlo a todas partes con la esperanza de que alguien me parara por la calle y me pidiera verlo. Imaginaba a ese eventual conocido diciendo: «¿No me dirás que con solo cuarenta años ya has terminado el crucigrama? ¡Eso es algo prácticamente inaudito!».

He tardado dos años en pasar al nivel del martes, pero las siete horas de trabajo pueden venirse abajo ante una sola pregunta sobre deportes u ópera. Desde que me trasladé a Francia mi afición ha subido considerablemente de precio. La diferencia horaria tampoco me hace muy popular que digamos: «Por Dios —dijo mi padre—. Son las cuatro de la mañana. ¿A quién le importa quién fue el ganador del Open de Estados Unidos del sesenta y cuatro?». Las llamadas transoceánicas me estaban matando, de manera que opté por invertir en un atlas y en un montón de almanaques y libros de referencia. No siempre encuentro lo que estoy buscando, pero en mi búsqueda de una respuesta, a menudo me cruzo con retazos de información que puedo usar en crucigramas futuros. Los emperadores indios de la dinastía Kanva, el apodo de Ted Bundy, los ganadores de los premios Tony de 1974: todo es susceptible de ser útil en algún momento.

El crucigrama del *New York Times* aparece impreso en el *International Herald Tribune*, un periódico que puedes encontrar casi en cualquier quiosco de París. Hace poco estaba a punto de acabar un miércoles y, al toparme con el 21 vertical, «Un amigo de Job», me dirigí a algo llamado *The Order of Things*. Se trata de un libro de referencia que me regaló mi hermana Amy y está lleno de información útil. Mientras repasaba la sección bíblica, me encontré con toda una lista de fobias clasificadas según distintos criterios. Me encantó la genufobia (miedo a las rodillas), pogonofobia (miedo a los osos) y queraunotnetopfobia (la palabra de diecinueve letras que se usa para identificar a aquellos que temen la caída de satélites hechos por el hombre). Al releer las listas, me descubrí tratando de imaginar cómo serían los grupos de apoyo para los que luchan por superar el miedo al óxido o a los dientes, a la herencia o a las cuerdas. Tendría que haber sin duda reuniones de día para los crepusculofóbicos (los que temen la caída de la noche), y reuniones de tarde para los fotofóbicos, que no soportan la luz del día. Los que temen a las multitudes tendrían que reunirse de uno en uno, y los que miran con recelo a la psiquiatría se verían obligados a buscar consuelo en amigos carentes de experiencia y miembros de su familia.

La extensa lista de fobias situacionales incluye el temor a ser atado, golpeado, encerrado en un recinto pequeño y bañado en excremento humano. Inclusiones que me dejan atónito, ya que sugieren que estos miedos tienen algún componente irracional. Yo me pregunto: «¿Quién desearía ser esposado y cubierto de mierda humana?». Y entonces, sin ni siquiera tener que abrir la agenda, me vinieron tres nombres a la cabeza. Esto me asustó, pero al parecer se trata de mi propia fobia privada. No hallé ningún nombre para aquellos que temen conocer a un número excesivo de masoquistas. Tampoco encontré entrada alguna para aquellos que temen la terrible verdad de que su autoestima se basa totalmente en lograr completar el crucigrama del día. El hecho de no haber podido hallarlo en ningún sitio me garantiza la existencia de esta palabra. Aparecerá cualquier día en el crucigrama, con una pista que diga:

«Sinceramente, tú».

A OSCURAS EN LA CIUDAD DE LA LUZ

Cuando me piden detalles sobre el tiempo que he pasado en París, busco la caja donde guardo las entradas de cine y me doblo por el peso. Llevo aquí más de un año, y aunque todavía no he visto el Louvre ni el Panteón, sí he visto *El Alamo* y *El puente sobre el río Kwai*. No he visitado Versalles, pero me las arreglé para pillar *¡Oklahoma!, Brazil* y *Nashville*. Dejando al margen alguna vuelta puntual por el mercado de las moscas todo mi conocimiento de París se limita a lo que aprendí en *Gigi*.

Cuando recibo la visita de amigos de Estados Unidos me tomo la molestia de trazar breves itinerarios. «Si fuéramos a las tres a ver *Operación Ruiseñor*, tendríamos tiempo suficiente para cruzar la ciudad y llegar a la sesión de las seis de *Salvar al soldado Ryan*, a no ser, claro, que prefiráis ver *Ruggles of Red Gap* a las cuatro y *Vacaciones en Roma* a las siete. A mí me da igual, soy una persona flexible, vosotros decidís».

Las decisiones de mis invitados demuestran que soy un mal juez de mi propio carácter. Los ayatolás son flexibles. Yo no. Ante elegir entre cuatro películas perfectamente aceptables, invariablemente optan por una visita al museo Picasso o un *tour* por la catedral, diciendo: «No he venido a París para pasarme dos horas sentado en la oscuridad».

Hacen que suene tan mal… «Ya —les digo—, pero es que es oscuridad francesa. Es… más oscura que la que tenemos en casa». Al final siempre acabo dándoles un mapa y un juego de llaves. Ellos ven Notre Dame, y yo *El jorobado de Notre Dame*.

A menudo me dicen que es una pérdida de tiempo que viva en París y me pase el tiempo viendo películas americanas, que es como irse a El Cairo a comer hamburguesas con queso. «Eso lo podrías hacer en casa», dice la gente. Pero se equivocan. Yo no podía vivir así en Estados Unidos. Con contadas excepciones, el vídeo acabó con los cines que emiten reposiciones. Si quieres ver una película de Boris Karloff tienes que alquilarla y tragártela en pequeña pantalla. En París cuesta tanto dinero alquilar una película como ir al cine. Los franceses disfrutan saliendo y viendo sus pelis en pantalla gigante. En cualquier semana del año puedes elegir entre al menos doscientas cincuenta películas, de las que al menos un tercio son en inglés. Están todos los últimos estrenos americanos, junto con cualquier película antigua que te apetezca ver. En Pascua, cuando me dijeron que se habían agotado las localidades para *La mayor historia jamás contada*, solo tuve que cruzar la calle y ver *Supermosca*, la segunda mayor historia jamás contada. A menos que sean para niños, todas las películas se emiten en versión original inglesa con subtítulos en francés. Alguien dice: «Saca tu culo apestoso de ahí antes de que haga algo de lo que pueda arrepentirme», y en la pantalla se lee: «Vete».

A veces me pregunto por qué me he molestado en ir al curso de francés. «Estoy encantado de conocerle», «le agradezco la invitación con todo corazón»… Son frases corteses que todavía tengo que usar. Desde que me instalé en París la frase que he utilizado más veces es: «Una entrada, por favor». Eso es lo que se dice en la taquilla de un cine, y lo digo bastante bien. En Nueva York iba al cine tres o cuatro veces por semana. Aquí he aumentado la ración a seis o siete, principalmente porque soy demasiado vago para hacer otra cosa. Por suerte, ir al cine parece ser de repente una especie de logro intelectual, a la altura de leer un libro o dedicar el tiempo a pensar en cosas serias. No es que las películas se hayan complicado más, es solo que hay mucha gente tan perezosa como yo y juntos hemos llegado al acuerdo tácito de bajar el nivel.

Las circunstancias alientan mi vagancia. En un radio de cinco manzanas alrededor de mi apartamento hay cuatro multisalas de

estreno y una docena de salas de reestreno, de treinta a cincuenta butacas, con programas rotativos dedicados a personajes oscuros y célebres del séptimo arte: actores, directores. Y también géneros. Son salas familiares, dispuestas a emitir la sesión de las dos de *Los asesinos de la luna de miel* aunque yo sea el único espectador. Es como si alguien hubiera arreglado el granero con una gran pantalla y unas cuantas sillas cómodas. La mujer de la taquilla te vende una entrada, la corta por la mitad y te da el resguardo. En el interior de la sala una chica te recibe con los brazos abiertos y rompe un trozo del resguardo solo para que creas que está allí para algo. En el orden del mundo alguien decidió alguna vez que esta actividad merecía una propina, de manera que le das unas monedas aunque yo nunca he sabido por qué. Es un misterio, como las cabezas de la Isla de Pascua o la cíclica reaparición del yoyó.

Siento tanto agradecimiento a la existencia de estas salas que daría propina con gusto hasta al proyeccionista. Como con los restaurantes de solo tres mesas, me pregunto cómo se las apañan para seguir abiertos. En América la mayoría de los cines sacan beneficios de los puestos de comida y bebida, pero aquí, al menos en los lugares más pequeños, lo único que encuentras es una máquina de helados empotrada entre el lavabo y la salida de emergencia. La oferta crece en las grandes salas, pero sigue consistiendo principalmente en helados y dulces vendidos por una chica con una bandeja colgada al cuello. Los cines americanos han empezado a fabricar bandejas de cartón enormes y es solo cuestión de tiempo que las marquesinas anuncien cosas como ¡PRUEBA LAS COSTILLAS A LA BARBACOA! ¡PATATAS ASADAS CON FILETE EN SU PUNTO! Cuando empezaron a vender nachos, supe que las alitas de pollo no quedaban muy lejos. Los frankfurts de hoy abren paso a las hamburguesas de mañana, y de ahí a la distribución de cubiertos hay solo un paso.

Nunca me he considerado un defensor a ultranza de los franceses, pero hay mucho que decir de toda una población que nunca, bajo ninguna circunstancia, habla durante la película. He asistido a sesiones del sábado noche donde se emitía alguna

comedia, y ni siquiera el público adolescente abre la boca. No recuerdo cuál fue la última vez que disfruté del silencio en un cine americano. Resulta fácil creer que nuestros espectadores se pasan el día sin decir nada a la espera de que comience la proyección. En un cine normal de Nueva York una vez golpeé el hombro del señor que tenía delante y le pregunté si tenía previsto seguir hablando durante toda la película.

—Pues sí, ¿pasa algo?

Lo dijo sin un ápice de vergüenza o disculpa en su voz. Era como si le preguntara si sus venas pensaban seguir repartiendo la sangre por el cuerpo o sus pulmones seguir inspirando aire.

—¿Por qué no?

Me cambié de sitio y acabé sentado al lado de un vidente que predecía en voz alta los destinos de todos los personajes que tenían diálogo. Un extraño llamaba a la puerta y preguntaban: «¿Y este quién es?». Yo quería asegurarles que todas las dudas se responderían a su debido tiempo, pero como no creo en hablar durante la proyección volví a cambiarme de asiento con la esperanza de lograr un lugar libre entre dos personas dormidas o muertas.

Una vez en una sala de Chicago me senté junto a un hombre que veía la película mientras escuchaba un partido de los Cubs por un transistor pegado a la oreja. Cuando alguien llamó al acomodador, el fan de los deportes proclamó que estábamos en un país libre y que él quería escuchar el maldito partido.

—¿Acaso hay alguna ley que lo prohíba? —preguntó—. ¿Hay alguna ley? Enséñemela y apago la radio.

Sentado en París viendo películas americanas pienso en el hombre del transistor y me embarga el sentimiento opuesto a la añoranza. La cámara se desliza sobre las ciudades de mi pasado, captando sus enérgicos *skylines* justo antes de que sean destruidos por algún atentado terrorista o una invasión de aliens. Nueva York, Chicago, San Francisco: es como ver películas de gente con la que sé que podría dormir si quisiera. Cuando las persecuciones a toda velocidad y los tiroteos de rigor se vuelven demasiado repetitivos, vuelo hacia los cines de reestreno y contemplo pelis amables donde

las parejas duermen en camas separadas y todos llevan sombrero. Mientras me cortan la entrada, considero por un momento todas las actividades constructivas que podría estar emprendiendo. Pienso en los parques y restaurantes, en las frases corteses que nunca llego a usar con los amigos que jamás hago. Pienso en la gran ciudad que tiembla al otro lado de la cortina, y luego se apagan las luces y me invade el amor por París.

JURO FIDELIDAD A LA BOLSA DE PLÁSTICO

Uno de los inconvenientes de vivir en París es que la gente a menudo se refiere a ti como expatriado, y de vez en cuando acorta la palabra a un todavía más irritante «ex-pat». Al parecer cualquiera puede acabar en Londres o Saint Kitts, pero vivir en París solo puede obedecer a que albergas un odio cerval hacia Estados Unidos. ¿Qué puedo decir? Tal vez haya bandas de renegados que planean en secreto derrocar al gobierno de su país de origen, pero si los hay no me los he encontrado. Supongo que no compramos en las mismas tiendas. Los americanos con los que he entablado amistad no odian Estados Unidos, simplemente prefieren Francia por una u otra razón. Algunos se han casado con franceses o llegaron aquí por cuestiones de trabajo, pero ninguno le da ningún significado político al cambio de ubicación.

Como yo, mis amigos americanos se ven en la obligación de defender a su país, normalmente en cenas o reuniones sociales donde todos han bebido demasiado. Estados Unidos hace algo que a los franceses no les parece bien, y la gente se comporta como si fuera culpa mía. Siempre me pillan con la guardia baja cuando una anfitriona me acusa del injusto aumento de los impuestos de su ternera. «Espera un minuto —pienso—. ¿He hecho eso?». Siempre que mi gobierno se niega a firmar un tratado o decide hacer sentir su peso en la OTAN, paso a ser no un ciudadano americano sino la propia América, los cincuenta estados y Puerto Rico sentados a la mesa con salsa en la barbilla.

Durante el *impeachment* de Bill Clinton, mi profesora de francés a menudo me dejaba en ridículo diciendo: «Ustedes, los americanos, son tan puritanos». Ciudadanos de Europa y Asia, mis compañeros de clase, se mostraban de acuerdo con ella, mientras que yo me preguntaba: «¿De verdad?». Estoy seguro de que nos merecemos parte de la reputación, pero ¿cómo podemos ser tan pudorosos si casi todos mis conocidos han participado alguna vez en un trío?

Nunca me había detenido a pensar en la visión que el resto del mundo tenía de los americanos hasta que llegué a Francia, donde esperaban que vistiera y me comportara de una forma determinada. «Se supone que no fumas —me decían mis compañeros de clase—. Eres de Estados Unidos». Los europeos esperaban que me lavara las manos regularmente con toallitas envasadas y que rechazara por sistema cualquier producto lácteo sin pasteurizar. Si estaba delgado es porque acababa de perder los treinta kilos que normalmente rodean los culos de los americanos. Si me comportaba como un neurótico, es porque soy un americano típico; si no, un adicto al Prozac.

¿De dónde sacaba la gente estas ideas y hasta qué punto eran válidas? Me hice estas preguntas cuando, tras pasar nueve meses en Francia, volví a Estados Unidos para una gira de veinte ciudades en cinco semanas. El avión todavía no había despegado de París cuando el neoyorquino sentado a mi lado se volvió a preguntarme cuánto había pagado por el billete del viaje. Los americanos son célebres por hablar de dinero y yo hago lo posible por mantener la reputación. «¿A qué no sabes cuánto me he gastado en tu regalo de cumpleaños?», pregunto. «Cuéntame, ¿cuánto pagas de alquiler?». «¿Cuánto te costó que te extirparan el pulmón?». Los franceses se horrorizan cada vez que abro la boca. Al parecer para ellos estas preguntas son impertinentes o incómodas, pero para mí son perfectamente normales. Tienes que hablar de algo, y el dinero parece haber llenado el nicho conversacional que dejó libre el tema de la Convención Constitucional de 1787.

Durante las cinco semanas de viaje por Estados Unidos pasé mucho tiempo en aviones y esperando en aeropuertos, donde la

imagen de los americanos como grandes trabajadores se dividía de forma clara. La mayoría de los pasajeros apoyaban ese estereotipo, mientras que la mayor parte de los empleados de aeropuerto se mostraban absolutamente en contra. De pie en largas colas, pude ver con facilidad cómo nos ganábamos la reputación de personas simpáticas y habladoras. Las conversaciones tendían a girar sobre la incompetencia del personal que estaba detrás del mostrador o de la terminal de ordenador, pero incluso cuando el tiempo les apremiaba, constaté que la mayoría de los viajeros era tolerante y educada, mucho más dispuesta a reírse que a montar follón. La gente expresaba la esperanza de coger el avión previsto, de poder salir a tiempo y de que el equipaje acabara reuniéndose con ellos en su lugar de destino. Una vez considerado todo desde una perspectiva implacablemente positiva, parece que hemos reducido sustancialmente nuestras expectativas.

Pensé mucho en el optimismo americano cuando, volando de Chicago a San Francisco, vi uno de esos magazines en vídeo resultado de una semana de trabajo de búsqueda de noticias en la red. Estaba el reportaje estándar de «¿Hasta qué punto son seguros?» acerca de los palillos chinos o las cajas de cartón, seguido por el estudio más reciente que demostraba que la gente que duerme con calcetines tiende a vivir cinco horas más que el resto. A eso le siguió una historia de interés humano sobre un programa de Nueva York diseñado para que los sin techo contemplaran grandes obras de arte. Las imágenes se abrían con una amable docente colocada ante una pintura de Rembrandt y dirigiéndose a un grupo de hombres harapientos y sin afeitar. La mujer les habló de la luz y la sombra; con los ojos brillantes señaló las emociones que provocaba la deliberada búsqueda de tonos sombríos por parte del autor. Más tarde uno de los hombres declaró en una entrevista que la pintura era bonita, diciendo: «Claro que me ha gustado». Luego la cámara enfocaba a la docente, que explicaba que la valoración del arte era una forma de terapia que quizá devolvería a esos hombres al buen camino. Hete aquí un ejemplo de insano optimismo, asociado con la ingenua creencia popular de que unas cuantas horas de terapia

pueden curarlo todo, desde la obesidad crónica a una vida en la indigencia. Siempre es reconfortante sentir un rayo de sol, pero creo que la mujer se engañaba si creía que estos hombres preferirían un Rembrandt a un par de cervezas reubens.

Pese a todo su afán de reciclaje América sigue siendo vista como un país terriblemente desperdiciador. Es un estigma que nos hemos ganado a pulso y que ahora tratamos de superar con nuestra mezcla única de culpa e hipocresía. La primera noche de mi viaje, mientras me lavaba los dientes en el lavabo de mi habitación de hotel, doscientos setenta dólares la noche, advertí un pequeño cartel que decía ¡SALVEMOS EL PLANETA!

«De acuerdo —pensé—, pero ¿cómo?». El rótulo informaba de la cantidad de agua que se usaba cada año en las lavanderías de los hoteles y sugería que el cambio diario de toallas y sábanas implicaba arrancar esta preciosa agua directamente de las manos de un crío deshidratado. Advertí que no había ningún ruego similar animándome a conservar el agua caliente que venía con el servicio de té, a quince dólares la taza, pero al parecer se trataba de aguas distintas. Encontré carteles de ¡SALVEMOS EL PLANETA! en todas las habitaciones de hotel y eso acabó poniéndome de los nervios. No me importa usar una toalla dos veces, pero con lo que se paga en el hotel, quiero que me cambien las sábanas cada día. Si me sintiera con ganas de compartir la cama con trillones de células muertas, me habría quedado en casa o habría pasado la noche en casa de un amigo. No es que yo pagara la habitación de mi bolsillo, pero aun así me fastidiaba que me hicieran sentir culpable por pedir el servicio que se espera conseguir en un hotel caro.

Los pandas y la selva tropical nunca se mencionan cuando se habla de los millones de personas que hacen excursiones en Range Rover. Al contrario, es para conservar las pequeñas cosas que estamos dispuestos a luchar. En una cadena de cafeterías de San Francisco, vi una señal cerca del dispensador de helados que decía: LAS SERVILLETAS VIENEN DE LOS ÁRBOLES, ¡CONSÉRVALAS! Por si te habías saltado la primera señal, había una segunda cuatro metros más abajo que decía: ¡SI MALGASTAS LAS SERVILLETAS,

DESTRUYES A LOS ÁRBOLES! Las tazas también son de papel, aunque nadie menciona la cara madera de secoya cuando te sirven un café de cuatro dólares. La culpa solo aparece en todas aquellas cosas que te dan gratis. No tengo la menor duda de que si te cobraran diez céntimos por una servilleta, las harían el doble de finas para que tuvieras que gastar más para luchar contra el goteante géiser caliente que siempre cae del agujero convenientemente realizado en la tapa de la taza.

Viajando por Estados Unidos resulta fácil ver por qué a menudo se cree que los americanos son idiotas. En el zoo de San Diego, al lado de los hábitats de los primates, hay una estatua que representa a media docena de gorilas de tamaño natural hechos de bronce. Justo al lado hay una señal que dice: PRECAUCIÓN: LA ESTATUA DEL GORILA PUEDE QUEMAR. Por dondequiera que vayas algo te señala lo obvio. EL CAÑÓN PUEDE HACER RUIDO. LA CINTA MÓVIL ESTÁ A PUNTO DE ACABARSE. Para las personas que no van de un lado a otro demandando al prójimo, tales señales sugieren una importante falta de inteligencia. Coloca una estatua de bronce bajo el sol de California y no dudes que se calentará. Los cañones tienden a hacer ruido: por eso se les conoce y, nos guste o no, la cinta móvil se acabará más pronto o más tarde. Resulta duro intentar explicar un país cuyo *leitmotiv* es: «No digas que no te advertí». ¿Qué decir de la familia que ha interpuesto una demanda contra el ferrocarril después de que su hijo borracho fuera arrollado por el tren cuando caminaba por las vías? Los trenes no suelen meterse con la gente. A no ser que descarrilen, uno suele saber dónde encontrarlos. El joven no estaba sordo ni ciego. Nadie le había atado a las vías, así que ¿qué narices tienen que demandar?

Aunque me siento perdido a la hora de explicar ciertas cosas, me divierto mucho explicando otras. Después de volver de viaje, fui a cortarme el pelo a mi peluquería habitual. Me lavaron la cabeza y me dejaron sentado con una toalla enrollada en la cabeza. De repente Pascal, el dueño del establecimiento, me pasó una revista de cotilleos muy conocida en Francia. En ella aparecía la historia de Jodie Foster y su nuevo bebé. Pascal, que habla inglés, «está loco por

Jodie Foster» y tiene todas sus películas en vídeo. Su sueño es rizarle las pestañas mientras le formula preguntas sobre lo que pasó en el rodaje de *Sommersby*.

—Ele estado mirando esta foto —me dijo—, pero hay algo que no me cuadra.

Me señaló una foto en la que aparecía la actriz paseando por una playa de California con una amiga sin identificar que sostenía a un bebé contra su pecho. Un perro grande corría delante de las mujeres y levantaba gotas de agua de la orilla.

—Veo que Jodie Foster lleva una correa en la mano —dijo Pascal—. Pero ¿qué lleva en la otra? Se lo he preguntado a mucha gente, pero nadie sabe decírmelo.

Acerqué la revista a los ojos y estudié la foto durante un momento.

—Bueno —dije—, diría que lleva una bolsa de plástico para excrementos perrunos.

—¡Anda ya, chiflado! —Se habría dicho que el comentario le había ofendido—. Jodie Foster es una estrella. Ha ganado dos Oscars, ¿por qué iba a llevar una bolsa de plástico llena de mierda? Ni que estuviera loca. —Llamó a sus cuatro empleados—: Venid aquí y escuchad lo que dice, el muy tarado.

Al tratar de comunicar por qué una ganadora de un Oscar de la academia podía perfectamente pasear por la playa cargada con una bolsa de plástico llena de heces de perro, se me hizo en la garganta ese nudo que otros deben de sentir cuando cantan el himno nacional. Es ese orgullo que uno siente cuando, lejos de casa y rodeado de una audiencia entregada, se te pide que expliques algo que es sin lugar a dudas la mayor virtud de tu país.

—Bueno —dije—, esto va así…

RATERINI DI METRO

Corría el mes de julio y Hugh y yo íbamos en el metro de París a una tienda donde esperábamos comprar una buena pieza de arpillera. El almacén estaba situado al otro lado de la ciudad, y el trayecto implicaba coger un tren y luego cambiar de línea. Durante los meses de verano puedes encontrar en el metro un gran número de norteamericanos de vacaciones, sus voces elevándose por encima del ruido ambiental. Es algo que no había advertido hasta que me fui de casa. Preguntas, observaciones, localizaciones de heridas y arañazos: todo se expresa como si fuera una proclama.

En el primero de los dos trenes escuché a un cuarteto de universitarios de Texas que había ocupado esos asientos plegables que, según advierte un cartel, deben quedar Ubres por si el vagón se llena de gente y hay problemas de espacio. El vagón se saturó enseguida, y mientras que otros pasajeros se pusieron de pie para dejar sitio, los jóvenes texanos permanecieron sentados, elevando la voz para poder proseguir con un debate cuyo tema era: ¿Qué ciudad es mejor, Houston o París? Era una tarde calurosa, y el tema del aire acondicionado salió a relucir. Houston lo tenía, París no. Houston también tenía cubos de hielo, tacos, mucho aparcamiento y algo llamado Sonic Burger. La comparación no pintaba bien para París, que perdía valiosos puntos cada vez que el tren se detenía para admitir a nuevos pasajeros. Las multitud se apretujaba, rodeando a los texanos sentados y reduciéndolos a cuatro voces incorpóreas. Desde el otro extremo del vagón, uno gritaba que estaban cansados, sucios y muertos por coger el avión de regreso a casa. Era una voz

débil y desesperada que identifiqué sin lugar a dudas. Se sentía igual que yo la última vez que fui a Houston.

Hugh y yo dejamos atrás el Texas, querido Texas, y nos montamos en un segundo tren, donde una pareja americana de mediana edad viajaba aferrada al palo de apoyo que va del techo al suelo. No hay ningún cartel que lo diga, pero nadie considera esos palos como un lugar privado. Están para el uso y disfrute de todo el mundo. No es como si fuera el palo de los bomberos: más bien te agarras con la mano y te mantienes a una cierta distancia. No es nada tan difícil de imaginar, aunque procedas de una ciudad que no tiene transporte público.

El tren salió de la estación, y como necesitaba algo a lo que agarrarme, deslicé la mano entre la pareja y me así al palo a la altura de la cintura. El hombre se giró a la mujer y dijo:

—Ufff, ¿hueles eso? Puro olor a francés, querida. —Apartó una mano del palo y lo movió como un abanico delante de la cara—. Guau, este gabacho está podrido.

Tardé un momento en darme cuenta de que se refería a mí.

La mujer arrugó la nariz.

—¡Dios, Pete! —exclamó—. ¿Todos huelen tan mal?

—Es típico de ellos —dijo el hombre—. Estoy dispuesto a apostar que nuestro amiguito no se ha bañado en dos semanas. Por Dios, alguien debería colgarle un desodorante del cuello.

—Me parto de risa contigo, Martin —cloqueó la mujer—. Te juro que me parto.

Los americanos de vacaciones cometen un error común al dar por sentado que todos los que les rodean son franceses y por lo tanto incapaces de hablar inglés. Estos dos no parecían gente especialmente desagradable y en su país natal habrían tenido la decencia de bajar la voz, pero aquí se sentían libres para decir lo que les viniera en gana, en tu cara y en tono normal. Hablaban como lo harían delante de un edificio o un cuadro que encontraran particularmente feo. Un viajero experto habría sabido que yo no era francés con solo verme los zapatos. E incluso aunque fuera francés, tampoco es que el inglés sea un misterioso dialecto tribal hablado

solo por antropólogos y un pequeño poblado de caníbales. El inglés se enseña en las escuelas de todo el mundo. No se reduce a una categoría de elegidos: cualquiera puede aprenderlo. Incluso la gente que huele mal pese al hecho de que acaba de bañarse y de ponerse ropa limpia.

El hecho de que hubieran usado la aburrida palabra «gabacho» y se hubieran quejado de mi olor me daba licencia para odiarlos tanto como me apeteciera. Esto me alegró, ya que había deseado odiarlos desde el instante que entré en el vagón y los vi abrazados al palo. Espoleado por sus insultos, ahora me sentía libre para criticar el atuendo de Martin: *shorts* tejanos de pinzas, gorra de béisbol y camiseta con publicidad de una pizzeria de San Diego. Las gafas de sol le colgaban del cuello en un cordón fluorescente y las flamantes y relucientes zapatillas deportivas de ambos indicaban que se habían arreglado para cenar. La comodidad tiene su lugar, nadie lo niega, pero me parece una falta de educación moverte por un país vestido como si hubieras venido a cortar el césped.

El hombre llamado Martin estaba en el proceso de mostrar a la mujer lo que él conocía como «mi París». Examinaba el plano del metro y anunciaba que en algún momento de la estancia la llevaría al Louvre, pronunciándolo como si tuviera dos sílabas: *Luuuvrah*. Dios me libre de criticar la pronunciación de nadie, pero él se mostraba tan satisfecho de sí mismo dándoselas de experto…

—Sí —dijo, exhalando un suspiro—. Podríamos acercarnos un día de esta semana a echar un vistazo. No es para todo el mundo, pero algo me dice que a ti te gustará.

La gente suele sentir temor ante los parisinos, pero un americano en París no puede imaginar un crítico más despiadado que otro americano. Francia ni siquiera es mi país, y en cambio ahí estaba yo, decidiendo que aquella pareja debía ser devuelta a casa, preferiblemente en galeras. El hecho de detestarlos me hizo reconocer mi propia inseguridad, y eso solo sirvió para incrementar mi odio. El tren tomó una curva, y cuando aparté la mano del palo, el hombre se volvió a la mujer y dijo:

—Carol… Hey, Carol, cuidado. Ese tipo va detrás de tu

monedero.

—¿Qué?

—La cartera —dijo Martin—. Ese bribón está intentando robarte. Mueve el bolso hacia delante, fuera de su alcance.

Ella se quedó helada, y él repitió con una voz que parecía un ladrido:

—Hacia delante. Mueve el bolso hacia delante. Ya. Ese tío es un ladrón.

La mujer llamada Carol buscó con la mano la correa del bolso y lo movió hasta dejarlo reposar sobre su estómago.

—Guau —dijo ella—. Te juro que no me había dado cuenta.

—Bueno, es la primera vez que vienes a París, así que tómalo como una lección. —Martin me observó, los ojos reducidos a dos grietas—. Esta ciudad está llena de apestosos como este amiguito de aquí. Bajas la guardia y se te llevan todo lo que tienes.

Ahora ya era apestoso y ladrón. Se me ocurrió decir algo, pero pensé que sería mejor esperar a ver con qué salía después. Unos minutos más y quizá me convertiría en un traficante de *crack* o un tratante de blancas. Además, si llegados a este punto decía algo, es probable que el hombre se disculpara y eso no me interesaba. Su incomodidad me habría complacido, pero una vez que él se hubiera recobrado, podría llegar ese horrendo período que a veces culmina con un apretón de manos. No quería tocar las manos de estas personas ni ver nada desde su punto de vista. Solo quería seguir odiándolos. De manera que mantuve la boca cerrada y la mirada fija en el espacio.

El tren se detuvo en la siguiente estación. Se bajó gente, y Martin y Carol se trasladaron a dos asientos plegables situados junto a la puerta. Pensé que no tardarían en abordar otro tópico, pero Martin había cogido carrerilla y ya no había quien lo parara.

—Fue un mierda como ese el que me robó la cartera la última vez que estuve en París —dijo, moviendo la cabeza en dirección hacia mí—. Me pilló en el metro, se acercó por detrás y no noté nada. Efectivo, tarjetas de crédito, permiso de conducir… Puff: me dejó sin nada.

Imaginé un marcador con la puntuación MARTY 0 APESTOSO 1, y cerré el puño como gesto de apoyo al equipo local.

—Lo que tienes que entender es que estas sanguijuelas son profesionales con mucha práctica —prosiguió—. Lo han convertido en un arte, si es que se le puede llamar arte a eso.

—Yo no lo llamaría arte —repuso Carol—. El arte es hermoso, pero robar las carteras de la gente… eso, en mi opinión, es horrendo.

—Tienes razón —dijo Martin—. Además, ese tipo de gente suele trabajar por parejas. —Echó un vistazo al otro extremo del vagón—. No me extrañaría que tuviera un colega en este mismo tren.

—¿De verdad lo crees?

—Seguro —dijo él—. Normalmente calculan el tiempo al segundo, de manera que uno te afana la cartera justo cuando el tren está a punto de llegar a la estación. El otro tipo tiene que meterse en medio y despistarte cuando te percatas de lo que está pasando. Luego el tren se para, se abren las puertas y los dos se esfuman entre la multitud. Si ese apestoso de ahí se hubiera salido con la suya, ahora ya estaría llegando a Tombuctú. Te lo digo y no me equivoco: esos individuos son una bala.

Yo no soy la clase de persona a la que suele considerarse rápida y bien coordinada, y por eso la presunción de Martin me pareció extrañamente halagadora. Robar carteras no es algo de lo que enorgullecerse, pero me gusta que me tomen por un ser astuto y profesional. La noche anterior había estado despierto hasta las cuatro de la madrugada, leyendo un libro sobre arañas recluidas, pero para él los círculos que rodeaban mis ojos seguro que reflejaban una larga noche pasada cazando moscas en el aire o lo que sea que hagan los rateros para practicar.

—Esa bola de grasa —dijo Martin—. Mírale, ahí aguardando a la siguiente víctima. Si por mí fuera tendría que vaciar los bolsillos con los dientes. Ojo por ojo, diente por diente. Alguien tendría que cortarle las manos y dárselas de comer a los perros.

«Oh —pensé—, pero antes tendrías que pillarme».

—Me saca de quicio —continuó—. Quiero decir que ¿dónde hay un *policioni* cuando se le necesita?

¿«Policioni»? ¿Dónde se creía que estaba? Intenté imaginar la conversación de Martin con un policía francés. Le dibujé mentalmente agitando las manos y gritando: «¡Ese hombre trató de robar la carterini de mi amiga!». Me habría encantado escuchar esa conversación y decidí que robaría la cartera de Hugh cuando bajáramos del tren. Martin me vería robar a un supuesto extraño y, con toda seguridad, intervendría. Me acorralaría y pediría ayuda, y cuando se congregara la multitud yo diría: «¿Qué pasa? ¿Acaso hay alguna ley que me prohíba coger dinero de mi novio?». En caso de que llegara la policía Hugh explicaría la situación en su perfecto francés mientras que yo me limitaría a intercalar mis más cuidadas frases. «Ese tío está loco —diría señalando a Martin—. Creo que ha bebido. Miren qué cara tan hinchada». Yo practicaba el diálogo en voz baja cuando Hugh se acercó por la espalda y me golpeó en el hombro para avisarme de que nos apeábamos en la siguiente estación.

—Ahí está —dijo Martin—. Ahí tienes al colega. ¿No te había dicho que no andaría muy lejos? Siempre trabajan de dos en dos. Es el truco más viejo del mundo.

Hugh había estado leyendo el periódico y no tenía la menor idea de lo que había sucedido. Ya era demasiado tarde para fingir que le robaba la cartera y me quedé encallado sin un plan de reserva decente. Mientras entrábamos en la estación recordé una tarde de hacía diez años. Mi hermana Amy y yo viajábamos juntos en el tranvía de Chicago, pero ella se bajaba tres o cuatro estaciones antes que yo. Las puertas se abrieron, y mientras se abría paso en el abarrotado vagón Amy se volvió y dijo en voz muy alta: «Bueno, David, buena suerte con la condena por violación». Todos los pasajeros se volvieron a mirarme. Algunos con expresión curiosa, otros asustada, y una abrumadora mayoría que me odiaba con una intensidad nunca vista. «Esa es mi hermana —dije yo—. Siempre bromeando». Reí y sonreí, pero no hubo nada que hacer. Cada uno de mis gestos me hacía parecer más culpable, y acabé apeándome del

vagón en la siguiente estación para no seguir viajando rodeado de gente que me consideraba un violador. Quería decir a Martin algo igual de ocurrente, pero no soy tan rápido de pensamiento como Amy. Al final ese hombre llegaría a casa y advertiría a sus amigos sobre la cantidad de rateros que había en París. Sería el mismo viejo Martin, pero al menos por los siguientes segundos, yo todavía tenía la oportunidad de ser alguien diferente, alguien rápido y peligroso.

Ese ser peligroso que era yo notó cómo Martin cerraba los puños cuando el tren se detuvo. Carol apretó el bolso contra su pecho y contuvo el aliento mientras Hugh y yo bajábamos del vagón, convertidos ya no en dos amantes melindrosos de experimento vital al otro lado del océano, sino en dos pillos cómplices camino de Tombuctú.

CASI VI MORIR A ESA CHICA

Una vez tuve un libro diseñado para despertar la imaginación y ayudar a los niños aburridos a descubrir formas constructivas de pasar el tiempo. Aunque en última instancia no era nada del otro mundo, las propuestas e ilustraciones de los proyectos reflejaban tanto entusiasmo que se podía engañar incluso al chaval de diez años más reticente y hacerle creer que le esperaba una buena juerga. «¿Por qué no hacer un fantasma con los sobrantes del papel de regalo? —sugería el libro—. ¿Por qué no decorar el escritorio con un autobús escolar hecho con un ladrillo?».

Me acordé de ese libro el día que Hugh y yo asistimos al festival de Saint Anne, una feria local que se organizaba en un pueblo cercano, no muy lejos de nuestra casa de Normandía. Aquí teníamos un acontecimiento que respondía a la pregunta «¿Por qué?» con un resonante «¡Por qué no!».

«¿Por qué no coger un bote de pegamento y forrar jarros con conchas marinas? —preguntaban las hacendosas abuelas que estaban a cargo de la mesa de manualidades—. ¿Por qué no coser largas tiras de lana y dejarlas al pie de la puerta para prevenir las corrientes?».

Había algunas actividades más moderadas y un juego en el que los participantes lanzaban pelotas de tenis a figuras de papel maché que guardaban un parecido razonable con Idi Amin y Richard Nixon. Y la atracción principal, que planteaba la pregunta: «¿Por qué no construir un ruedo de arena y pasar un rato con algunas vacas enfadadas?».

Las vacas en cuestión eran unos animales adolescentes flacos y

cornudos conocidos como «vaquillas». Fieras tanto de aspecto como de temperamento, eran las delincuentes juveniles de la familia de la vaca, las primas feroces que duermen en tráilers y luchan como hombres. Ofrécele a una vaquilla un trago de licor y seguro que te toma la palabra. Menciona la palabra vaquilla a una de las vacas adultas normandas y reaccionará parpadeando con sus largas pestañas y diciendo: «Bueno, por favor».

La mujer de la entrada explicó que si Hugh y yo nos prestábamos voluntarios a participar, es decir, a pasar un rato con una de esas enojadas vacas jóvenes, no nos cobrarían la entrada. Lo único que teníamos que hacer era firmar unos cuantos documentos simplest liberando a los organizadores del festival de cualquier responsabilidad. Ser voluntario implicaba que a cambio de una posible herida medular podíamos ahorrarnos, cada uno, una cantidad que equivalía a cuatro dólares americanos. «Animo —dijo la mujer—. Será divertido».

Imaginé a un atractivo médico francés explicando el procedimiento estándar de la colostomía, y luego decepcioné a la pobre mujer echando mano a la cartera. Pagamos la entrada y nos unimos al centenar de espectadores que se hallaban sentados en las gradas prefabricadas. Eran nuestros vecinos, personas a las que veíamos mientras hacíamos cola en la panadería y la tienda de bricolaje. El alcalde pasó por allí, seguido del cartero y del conductor de trenes, y los tres se detuvieron a saludar. Aunque hay quien lo encuentra aberrante, a mí me gusta la calidad casi de cuento intrínseca a la vida rural. El carnicero, el albañil, el criador de ovejas y la institutriz: es como si esos personajes llegaran metidos en cajas de muñecas con casita de piedra incorporada. En un mundo donde la gente es conocida por su ocupación, la población se refería a Hugh y a mí con el nombre de «los americanos», como si poseer un pasaporte azul implicara tanto trabajo que no dejaba tiempo para nada más. Junto con los ingleses y los parisinos, somos los figurines que se instalan en las casitas de piedra cuando el sastre se sale por la ventanilla del coche o cuando un perro se come la cabeza del ebanista. Por separado, se nos recibe con una mezcla proporcionada

de curiosidad, civismo y resignación.

Las gradas habían sido erigidas en lo que normalmente era un campo de pasto, y desde ellas podía contemplarse un espacioso ruedo en el que una docena de jóvenes se entregaban a un partido de fútbol. Creí que quizá habíamos llegado demasiado tarde y nos habíamos perdido la atracción principal, pero entonces alguien abrió la puerta del camión de ganado y una vaquilla descendió a toda prisa por la rampa e irrumpió en el campo. Se detuvo un momento para recuperar fuerzas y luego atacó, dejando al público atónito por su velocidad y la absoluta firmeza de objetivos. Libre de la carga de timidez y de sobrepeso de una vaca adulta, cargó contra los jugadores de fútbol como si se estuviera vengando en nombre del ganado oprimido del mundo. Los jóvenes la rehuyeron y corrieron en busca de cobijo, abandonando en contadas ocasiones las barricadas protectoras para darle un nuevo viaje a la pelota. Así fueron las cosas durante el resto de la tarde. Las vaquillas cargaban, los voluntarios corrían para salvar la vida y el público coreaba los movimientos. Se diferenciaba de una corrida de toros en que no había la menor presunción de habilidad o de fingir que se enfrentaban dos oponentes en igualdad de condiciones. El campo de juego era un terreno desigual, tanto literal como figuradamente. Una vaquilla podía perder un cuerno o sufrir un tirón en un músculo del cuello mientras lanzaba a un voluntario por los aires. Podía magullarse una pezuña al patear a alguien en la cabeza, pero ese era el máximo peligro al que se exponía. Era obvio que la ambulancia aparcada junto al puesto de promoción de los patrocinadores no estaba esperándola precisamente a ella y la vaquilla captaba la idea. Por otro lado, era difícil desarrollar algún sentimiento de simpatía hacia unos voluntarios que habían accedido a atormentar a un animal peligroso sabiendo perfectamente a qué se exponían.

La tarde acababa de empezar, pero yo aún me preguntaba cómo me sentiría si alguien resultaba herido de gravedad: no hablo de que muriera o quedara inválido, pero sí víctima de una lesión significativa. Y, tan importante como eso, ¿cómo me sentiría si alguien no resultara herido? ¿Acaso no era esa la promesa implícita

en una tarde con una vaquilla? Si lo que buscaban era una imagen tierna, podían jugar al fútbol junto a un gatito recién nacido. Mis esperanzas no tenían nada que ver con esos hombres en concreto. No tenía nada en contra de ellos ni les deseaba mal alguno. Simplemente luchaba con mi vaquilla interna y ponderaba las profundidades de mi propia inhumanidad.

Mi conciencia llevaba casi un mes molestándome, desde la noche en que Hugh y yo asistimos a una feria grande y bulliciosa que se celebra anualmente en París. Íbamos paseando por el centro cuando advertí que una de las atracciones se había quedado detenida en el aire con pasajeros más o menos colgando. Esto no me pareció nada raro, ya que los creadores de ese tipo de atracciones parecen empeñados en dar un paso extra en cuanto a emoción se refiere. No era suficiente con que uno de esos cacharros se moviera de atrás hacia delante, también tenía que girar sobre su eje, dar saltos de arriba abajo y cruzar por en medio de un *spray* de agua sucia. Se ponía todo el empeño en dejar a los pasajeros tan llenos de náuseas como fuera posible y la gente parecía encantada. Por ello, cuando vi aquella atracción estropeada, lo primero que pensé es que estaba diseñada para detenerse a intervalos regulares, permitiendo así que sus ocupantes sintieran al máximo la sensación de incomodidad. Me volví para observar a un adolescente amoratado lanzar una andanada de vómito contra el lateral de un puesto de *toffees* y cuando levanté la cabeza me di cuenta de que la atracción seguía inmóvil y de que una multitud empezaba a congregarse a sus pies.

No sé lo que hace la gente cuando la atracción está en marcha, pero cuando no lo está, sus ocupantes cuelgan en el aire formando ángulos extraños, sujetos en asientos de metal sin patas. Una pareja yacía a quince metros del suelo, con el asiento clavado en posición horizontal, mirando al cielo como si estuvieran enfrascados en algún tipo de examen. Más arriba, quizá a sesenta metros de altura, una joven de pelo rubio colgaba bocabajo: se mantenía en su sitio sin otra ayuda que la del arnés que ahora se apretaba contra su peso. Al menos la pareja se tenían mutuamente; la joven era la más probable candidata para la tragedia. La multitud se acercó, y si las otras

trescientas o cuatrocientas personas eran de mi estilo, observaban a la chica y pensaban en la tremenda historia que podrían explicar a sus amigos cuando fueran a cenar o a tomar algo. En un futuro no muy lejano, siempre que la conversación girara en torno al tema de ferias y parques de atracciones, esperaría a que mis amigos acabaran sus anécdotas mediocres para, justo en el momento preciso, casi como si fuera un recuerdo fugaz, decir: «Una vez vi morir a una chica en uno de esos trastos».

Valoraba el silencio con que sería recibida esa frase introductoria y sentía la atención de mis futuros oyentes mientras estos se adelantaban en sus asientos. La muerta no era alguien a quien conociera personalmente, y eso liberaría a mi público de sentimientos de confusión o de embarazo por haber abordado ese tema en concreto. Harían preguntas y mis respuestas detalladas los dejarían incómodos y extrañamente satisfechos. Comuniqué mis pensamientos a Hugh, que nos atacó, a mí y a la multitud, definiendo la situación como carnavalesca sin asomo de ironía. Dejó el paseo, y yo avancé hacia la atracción, entre la apretujada multitud que observaba el cielo nocturno con una expresión en la cara que la mayoría de la gente reserva para los fuegos artificiales. La chica rubia perdió un zapato. Lo vimos caer al suelo. «Y entonces se le cayó un zapato», me oí decir a mí mismo. Ignoro si me había sentido tan morboso alguna vez, pero lo racionalicé recordándome que el hecho de que estuviera atrapada allí no era en absoluto culpa mía. Yo no le había dicho que montara. Estaba claro que los responsables no tenían ningún plan para bajarla, pero eso tampoco era culpa mía. Me dije que el interés que sentía venía de la compasión y que mi presencia allí no era más que una muestra de apoyo. No podía hablar por los demás, pero a mí me necesitaban allí.

Llegó la policía y me ofendí cuando nos gritaron que aquello no era un espectáculo. «Claro que no —pensé—. Pero eso no debería afectar a mi inversión». Llevaba allí mucho más tiempo que ellos. Había esperado pacientemente a que sucediera algo, y no me parecía justo que ahora quisieran echarme solo para hacer sitio a cualquier

coche de bomberos o ambulancia que tuvieran cerca. La multitud no cedió un ápice de terreno. Llegaron refuerzos, que nos ordenaron dispersarnos y volver hacia el paseo, donde enseguida nos quedamos sin ver nada debido a que los vehículos de emergencia nos bloqueaban la visión. Yo estaba a punto de romper a llorar, pero el resto parecía sobrellevar la decepción con bastante dignidad. La multitud se dispersó y la gente se dirigió hacia otras atracciones, igualmente peligrosas, donde se les ataba con arneses y se les balanceaba en el aire desafiando el momento de su muerte. De vuelta a casa, practiqué diciendo: «Casi vi morir a esa chica». Lo intenté tanto en francés como en inglés, pero noté que mi entusiasmo flojeaba después de la palabra «casi». ¿A quién le interesa que casi vieras morir a alguien? Culpé a la policía por arruinarme la tarde y traté de imaginar lo que habría sentido si hubiera visto caer a la joven.

Desde un punto de vista ético, el ruedo de vaquillas parecía más inocente que la feria carnavalesca. Yo no estaba sentado porque alguien se hubiera hecho daño. Me limitaba a contemplar un acontecimiento previsto junto con otros miembros de la comunidad. Si alguien moría, yo no estaría curioseando sino asistiendo por casualidad a un baño de sangre.

Nunca llegué a entender qué pintaba el partido de fútbol. Los voluntarios no jugaban contra la vaca, solo intentaban jugar en su presencia. Nadie marcó gol alguno, y yo solo sentí confusión cuando se acabó el tiempo y se inició una nueva actividad, igual de rara que la anterior. En la segunda vuelta los participantes recibían docenas de tubos internos y se les indicaba que debían incrustarlos en altas torres hinchables, que inmediatamente eran derribadas por la segunda vaquilla de la tarde. Al parecer esos tubos internos parecían perturbarla profundamente, y cargaba contra ellos con unas ganas que daban miedo. Los jóvenes corrían por el campo intentando construir sus torres. Intentaban mantenerse a salvo del animal, pero cuando acabó el tiempo, no tenían nada que diera prueba de sus esfuerzos.

Se anunció un descanso, y me presentaron al hombre que tenía a

mi lado, un montador de techos jubilado que me explicó que las vaquillas procedían de una pequeña ciudad del sur de Francia, no muy lejos de la frontera española. Criadas para ser hostiles, viajaban de ciudad en ciudad representando lo que se conocía como «el *tour* tradicional de la vaquilla». Fue la palabra «tradicional» la que me dejó helado, el pensamiento de que esas torres hinchables llevaban años siendo construidas y que nada sería lo mismo sin ellas. No sé a quién se le ocurrió eso del *tour* tradicional de la vaquilla, pero estoy dispuesto a apostar que quienquiera que fuese mantenía buenos contactos con las drogas. ¿Cómo si no podía pensar alguien en algo así? Uno de los juegos consistía en arrancar un cuerno decorativo de la cabeza de una vaquilla y el otro parecía reducirse únicamente a un intercambio de insultos. Las únicas que parecían entender las reglas eran las propias vaquillas, que recibían instrucciones totalmente directas: atacar, atacar, atacar. No fue hasta el sexto certamen de la tarde cuando dos de los concursantes resultaron heridos. Por razones que se me escapan, se había construido una piscina de considerables dimensiones en el centro del ruedo, hecha a base de bandas de plástico colocadas sobre una base cuadrada de balas de heno. Se trajo un camión enorme, se llenó la piscina de agua, y los voluntarios se habían empeñado en sumergir en ella a la última vaquilla. El animal había conseguido que la mayoría de sus oponentes se retirara a las barricadas hasta que, en el último minuto, un joven con un sombrero colgante decidió volver a intentarlo. La vaquilla miraba hacia otro lado, fingiendo admirar a una manada de vacas amigas que pastaba a lo lejos, cuando, con la cabeza baja, cargó contra el participante, embistiéndole por los riñones y lanzándolo por los aires para luego atravesarlo con sus largos y retorcidos cuernos. Cuando el joven cayó al suelo, me agarré sin querer a las rodillas de Hugh y del montador de techos jubilado. Las agarré y solté un gritito agudo, parecido al de un conejo. Un segundo voluntario cruzó el campo, con la esperanza de distraer a la vaquilla, pero esta le derribó para regresar unos minutos después a propinarle unas buenas coces que lograron romperle un par de costillas. Parecía dispuesta a desmembrarlo, y lo habría hecho si sus cuidadores no la hubieran

capturado y llevado de vuelta al camión.

El hecho de que el montador de techos tuviera que arrancarme la mano de su rodilla es una prueba fehaciente de que mi vaquilla interna no es tan viciosa como yo suponía. Una vez acabado el espectáculo, me senté en las gradas, temblando, observando cómo los participantes se reunían en el puesto de bebidas y mostraban sus cicatrices a cualquiera que quisiera verlas. El herido en la espalda por el cuerno de la vaca no estaba tan grave como yo había supuesto. La víctima tenía que bajarse los pantalones con el fin de exhibir la herida, que no era más que un rasguño rojo situado justo a la derecha de la rabadilla. Ligeramente desestabilizado, el chico de las costillas rotas decidió aguardar al día siguiente para ir al hospital. Él y los otros disfrutaban de su momento de gloria y no veían razón alguna para abreviarlo. Rodeado por sus fans vecinos, revivieron los momentos más dramáticos de la tarde y especularon sobre cómo harían las cosas la próxima vez. Bebieron, bromearon y seguían con ello cuando Hugh y yo volvimos más tarde para el castillo de fuegos artificiales. No es que fuera un espectáculo memorable. He visto pirotécnicos más elaborados en la inauguración de una verdulería, pero el público era amable y todo el mundo hizo un esfuerzo por fingir que la muestra era magnífica. Entre los chasquidos de los petardos y los silbidos de los cohetes, llegó hasta nosotros el rumor de las vaquillas encerradas en el camión cercano. Saldrían a la mañana siguiente para partirse los cuernos en cualquier feria, donde otro conjunto de personas acabaría la tarde congregada ante el perfecto pueblecito de postal, señalando al cielo y susurrando: «Ohhh. Ahhh».

El incidente de la feria me había provocado una cierta preocupación: quizá mi vaquillómetro apuntaba más alto que el de cualquier otro, y me tranquilizó darme cuenta de que, cuando los atacaron, mis simpatías estaban del lado de los hombres. Aunque sus heridas resultaron ser relativamente menores, yo no sentí el menor placer en contemplar su desgracia. Me pregunté cómo habría reaccionado si alguien hubiera muerto, pero deseché el pensamiento como algo demasiado dramático. Contemplar el espectáculo

deportivo más lamentable no guarda el menor parecido a toparse con un accidente y encima aprovecharlo en beneficio propio. De todos modos, la historia más perturbadora era la de la joven rubia. La podíamos haber visto, colgando a decenas de metros del suelo sujeta solo gracias a una correa, pero, aún peor, ella se había visto obligada a vernos. Al contemplar nuestros rostros maliciosos y expectantes, es probable que no viera ninguna razón para volver a la tierra y retomar su vida entre carroñeros como nosotros. Por lo que sé, podría seguir allí, flotando sobre París, lanzando patadas y arañazos a cualquiera que trate de acercarse a ella.

CHICO LISTO

Cuando tenía veinticinco años encontré trabajo en una empresa de limpieza de edificios situada en los suburbios de Raleigh. Era un trabajo soso, que se volvía aún más soso los días en que me tocaba, como pareja un individuo llamado Reggie, un supuesto genio amargado por el curso que había tomado su vida. Se pasaba el día entero hablando de lo listo que era. La conversación era siempre así:

—Aquí me tienes, con un CI de ciento treinta y barriendo el polvo. —Contemplaba los hilos de la escoba como si hubieran conspirado para reducirle a eso—. ¿Puedes mejorarlo? ¡Ciento treinta! Hablo en serio, tío. Me hicieron un test.

Se suponía que yo debía sentirme impresionado, pero normalmente pasaba.

—Uno, tres, cero —decía él—. Por si no lo sabes, eso es nivel de genio. Con una mente como la mía, podría estar haciendo algo, ¿me entiendes?

—Claro.

—Y no precisamente esta mierda de trabajo.

—Ya te entiendo.

—Un tío con sesenta de CI podría hacer lo que hago yo. Esto me deja con setenta puntos de más sentados en la cabeza sin nada que hacer.

—Deben de estar aburridos.

—Puedes jurarlo —decía—. La gente como yo necesita retos.

—Quizá podrías poner en marcha el ventilador y barrer contra el aire —sugerí—. Es bastante difícil.

—No te rías de mí. Soy mucho más listo que tú.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntaba yo—. Yo podría tener un CI de trescientos o algo así.

—Trescientos. Sí. No existe el CI de trescientos. Yo te situaría en setenta y dos como máximo.

—¿Y eso qué significa?

Sacudió la cabeza en un gesto de piedad.

—Pregúntamelo dentro de quince años.

Quince años después yo trabajaba para una empresa de limpieza de casas. Sí, era una tarea para la que no hacía falta habilidad, pero por lo que a mí se refiere, barría muy poco. Más bien aspiraba. Pero claro, eso fue hace años… Dos, para ser exactos.

No estoy seguro de qué debe de estar haciendo Reggie ahora, pero pensé en él cuando, con cuarenta y dos años, me hice por fin una prueba para saber cuál era mi CI. Siendo un adulto capaz de mantenerse a sí mismo desde hacía años, imaginé que el test no me haría ningún daño. En este momento de la vida, los dados ya han sido lanzados y, por tonto que sea, está claro que soy lo bastante fisto como para ir tirando. No caí en la cuenta de que los tests de inteligencia fastidian tanto el pasado como el futuro, aclarando una vida llena de elecciones erróneas y situándote en la puerta de salida del inevitable fracaso futuro. Cuando ahora pienso en un test de CI, imagino a una bruja de nariz ganchuda, apartándose del caldero para preguntar: «¿Estás seguro de que quieres saber la respuesta a esa pregunta?».

Dije que sí, y gracias a ello, todavía oigo la risa helada de la bruja cada vez que cojo la escoba.

De niño siempre había albergado la furtiva sospecha de que podía ser un genio. Era una teoría absolutamente propia, sin confirmación ajena alguna, pero ¿qué más daba? Ser incomprendido formaba parte del pastel. Mi padre se refería a mí de vez en cuando llamándome «listillo», pero al final me di cuenta de que cuando lo decía normalmente quería decir lo contrario.

—Eh, listillo, ¿untándote la cara con mayonesa porque no encuentras el repelente de insectos?

—Eh, listillo, ¿crees que puedes asar marshmallows en tu habitación?

Esa clase de cosas.

Pensé que podría curar la diabetes esparciendo crema bronceadora en los chicles. Sea & Ski con zumo de frutas, Coppertone con Big Red. Tenía los ingredientes básicos y el sujeto de la muestra bajo el mismo techo.

—Eh, listillo —dijo mi padre—, vuelve a darle a tu abuela otro chicle de esos y te juro que serás tú quien se lave los dientes en el retrete.

¿Qué sabía él?

A solas en mi cuarto me dedicaba a estudiar los rostros de hombres inteligentes buscando un denominador común. Definitivamente existía un aspecto especial, pero era difícil de conseguir. Tira el peine a la basura, y el resultado puede parecerse tanto a Albert Einstein como a Larry Fine. Los dos llevan trajes raídos y chasquean la lengua, pero solo uno demostró poseer un verdadero talento en películas tales como *Booty and the Beast* o *The Three Stooges Met Hercules*.

Mis notas se hundieron, los profesores se reían en mi cara, pero intenté que no me afectara. En el instituto coqueteé con la idea de ser un genio de la filosofía. De acuerdo con mi opinión y con la de varios amigos míos casi daba miedo la forma en que conseguía leer la mente de la gente. Practiqué con empeño quitándome las gafas e imaginando mi aparición en uno de esos espectáculos televisivos que emiten los domingos por la mañana, donde tomaba asiento junto a otros hombres sabios y exponía en voz alta mis tenebrosas y radicales teorías sobre la condición humana.

—La gente es insegura —proclamaba—. Llevan máscaras y juegan a ser otros.

Mis ideas eran como diablos saliendo en tropel de una cueva infernal, y mis colegas intelectuales, atónitos ante la verdad y el alcance de mis observaciones, intentaban detenerlos antes de que se

extendieran.

—¡Ya es suficiente! —gritaban—. ¡Por el amor de Dios, que alguien le haga callar!

Mucho más terrible que cualquiera de mis ideas es el hecho de que, a los diecisiete años, estaba probablemente en el punto álgido de funcionamiento intelectual. Fue entonces cuando debería haberme hecho el test, antes de que desparramara el poco sentido que tenía. Para cuando llegué a los treinta, tenía el cerebro minado debido a la combinación de drogas, alcohol y los disolventes químicos que se usaban en una de las refinerías donde trabajaba. Y sin embargo, contra toda lógica, aún había momentos en que pensaba que podía ser un genio. Dichos momentos no eran provocados por ningún logro en particular, sino por la cocaína y la metanfetamina *crystal*: drogas que te permiten inclinarte sobre un espejo con una pajita en la nariz, esnifar un sueldo entero y pensar: «¡Dios, qué listo soy!».

Las cosas pequeñas siempre han tenido la virtud de alentarme. Veo una película en la que una atractiva mujer en bañador, un viudo guapo y un par de cobardes de barbilla débil son perseguidos por poderosos reptiles o visitantes de otra galaxia. «Los cobardes morirán», pienso, y luego, cuando mueren me felicito por mi inteligencia. Cuando digo: «Oh, era tan previsible», suena calculador e intuitivo. Cuando lo dicen los otros suena idiota. Llamadme prepotente, pero así veo yo las cosas.

Fue la curiosidad la que me llevó a medir mi CI. Simple, estúpida y brutal curiosidad, la misma que lleva a los chicos a ver qué aspecto tendrán las moscas si les arrancan las alas. Hice el test en París, en los sótanos de una escuela de ingeniería que no estaba muy lejos de mi apartamento. Me imaginaba que, por sí sola, la puntuación no diría nada: necesitaba a alguien con quien compararla, así que Hugh me acompañó a hacer el test. Al principio me preocupaba que pudiera sacar mejor nota que yo, pero una serie de acontecimientos recientes se habían encargado de tranquilizarme. Una semana antes,

mientras estábamos de vacaciones en Eslovenia, pidió una *pizza* que el camarero que hablaba inglés nos había pedido fervorosamente que la evitáramos. Llegó coronada por una serie de verduras de lata: guisantes, maíz, zanahoria a rodajas, patatas y alcachofas. Al ver la cara de horror puro en su cara cuando el camarero le sirvió aquella *pizza* monstruosa, decidí que en un test de inteligencia básica, ganaba yo de largo. Unos días más tarde, sin dar muestras de ironía, sugirió que la historia de las galletas de chocolate podía convertirse en un emocionante musical. «Si encuentras al coreógrafo adecuado, por supuesto».

—Sí —confirmé—, por supuesto.

Los tests que hicimos estaban diseñados para determinar si éramos elegidos para Mensa, una asociación internacional: se requería un CI de ciento treinta y dos como mínimo. Sus miembros procedían de todos los ámbitos de la vida y se reunían de vez en cuando para alquilar una peli o disfrutar de un asado. Eran como Elks o Masones, solo que más listos. Los tests eran coordinados por una psicóloga francesa muy atractiva llamada *madame* Haberman, que también era miembro de Mensa. Nos explicó que la prueba constaba de cuatro partes, con tiempo límite para cada uno de ellos. Para entrar en Mensa hacía falta llegar al máximo dos por ciento de cualquiera.

—De acuerdo —dijo la mujer—. ¿Todos preparados?

He conocido a personas que han hecho tests de inteligencia en el pasado y siempre que les he animado a que me repitieran una de las pregunta ellos se han quedado en blanco diciendo: «Bueno, ya sabes… tests de opción múltiple». En cuanto acabé de pasar el test lo único que podía recordar era la notable sensación de alivio que había sentido cada vez que sonaba el timbre y se nos pedía que dejáramos los lápices sobre la mesa. Los tests venían impresos en una especie de cuadernillos. En el primero se nos mostraba una serie de tres dibujos y se nos preguntaba cuál de las opciones completaba mejor la secuencia. La pregunta de ejemplo representaba una hoja en posición vertical, que progresivamente iba girando hacia la derecha. Es el único ítem que recuerdo, y probablemente el único

que contesté correctamente. El segundo test giraba en torno a las relaciones espaciales y me dejó con un dolor de cabeza que no se me fue en las siguientes veinticuatro horas. En el tercer test se nos pidió que examináramos cinco dibujos y señaláramos los dos que no correspondían a la secuencia. Finalmente se anunció un descanso y salimos a la calle. Hugh y *madame* Haberman charlaron sobre el inminente viaje que ella iba a emprender por la costa turca, mientras yo seguía atrapado en el mundo de los tests. Cinco estudiantes sordos bajaban la calle y traté de decidir qué dos no debían estar allí. Me imaginé acercándome a los chicos que llevaban zapatillas de tenis y viendo su expresión de perplejidad cuando yo dejaba caer la mano sobre su hombro diciendo: «Tengo que pediros que me acompañéis».

La prueba final consistía en descifrar el patrón común de cuatro fichas de dominó y adivinar el aspecto de la quinta ficha. Había páginas de preguntas y ni siquiera estuve a punto de acabar. Me gustaría decir que hacía demasiado calor en la sala o que *madame* Haberman me distrajo con su banjo incesante, pero nada de esto es verdad. De acuerdo con las reglas de Mensa France, las instrucciones nos fueron entregadas en francés, pero entendí todas y cada una de las palabras. No puedo echar la culpa a nadie que no sea yo.

Una semana después de habernos sometido al test llegaron los resultados por correo. Recomendaban a Hugh que volviera a intentarlo: las puntuaciones fluctúan en función de las circunstancias o el estrés, y él se halla a pocos puntos de los necesarios para entrar en Mensa. Mi carta empezaba así: «Querido señor Sedaris: lamentamos informarle…».

Resulta que soy realmente tonto, prácticamente idiota. Hay gatos que pesan más que mi CI. Si mi número se pasara a dólares, daría para comprar tres raciones de pollo frito. El hecho de que esto me sorprenda solo puede ser prueba de las abismales profundidades de mi ignorancia.

Los tests reflejaban mi habilidad para el razonamiento lógico. No hay vuelta de hoja: o razonas o no. Los que lo hacen consiguen puntuaciones de CI más elevadas. Aquellos que no cogen la mayonesa cuando no encuentran el repelente de insectos. Cuando mostré mi decepción ante mi puntuación en el test, Hugh me explicó que cada uno piensa a su manera: lo que pasa conmigo es que lo hago mucho menos que el adulto medio.

—Piensa en los monos —dijo él—. Luego bájalo un poco.

Es un punto contra el que no puedo discutir. Mi cerebro no quiere nada que tenga que ver con la razón. Nunca lo ha hecho. Si me decían que debía dejar libre mi apartamento en una semana, no empezaba a moverme por el barrio o a consultar inmobiliarias. En su lugar, me imaginaba a mí mismo viviendo en un castillo fantástico de terrones de azúcar y flotando de cuarto en cuarto sobre una alfombra mágica tamaño gigante. Solo me salva haber tenido la suerte suficiente de tener al lado a alguien dispuesto a lidiar con los detalles sucios de la vida cotidiana.

—No dejes que eso te deprima —dijo Hugh para consolarme—. Hay muchas cosas en las que eres bueno.

Cuando le pedí ejemplos, citó utilizar el aspirador y dar nombres a los peluches. Dice que seguro que se le ocurren más, pero que necesita un poco de tiempo para pensarlo.

PROGRAMA DE MADRUGADA

Estoy considerando la posibilidad de hacerle una chaquetita al reloj de la mesita de noche. Nada bonito ni duradero, solo algo informal con el que cubrirlo durante las horas de sueño. No estoy por la labor de hacerlo a juego con las cortinas ni de disfrazarlo para que parezca lo que no es. El problema no es que el despertador se sienta desnudo, el problema es que no puedo soportar ver cómo avanzan los números de la despiadada forma que caracteriza a ese modelo en concreto. El tiempo no vuela: salta, los números giran en una rueda que funciona más o menos como las marchas de un coche de juguete.

Me pasé los primeros veinte años de mi vida meciéndome para dormir. Era una afición bastante inofensiva, pero al final tuve que dejarla. A lo largo de los siguientes veintidós años yacía inmóvil y descubrí que en pocos minutos podía conciliar el sueño sin problemas. Tórnate siete cervezas seguidas de un par de *whiskies* y un dedal de buena marihuana y verás cómo el sueño parece venir solo. A menudo ni siquiera llegaba a la cama. Me agachaba para echar la comida al gato y me despertaba en el suelo ocho horas después, habiendo perdido una excusa perfectamente buena para cambiarme de ropa. Me han dicho que a eso no se le llama «dormirse» sino «desmayarse», expresión que conlleva matices distintos.

Y ahora, como si realizara un experimento perverso e increíblemente aburrido, me ha dado por demostrarle al mundo que puedo vivir sin las drogas y el alcohol. Los primeros meses fueron

duros, pero luego descubrí que sí que puedo vivir sin esas cosas. Es una vida más bien miserable, pero técnicamente hablando sigue considerándose vida. El corazón sigue latiendo, me pongo los calcetines y soy capaz de llenar la cubitera; lo único que no consigo es dormir.

Nunca he sido de los que se acuestan temprano y no tengo la menor intención de cambiar de hábitos. Siempre hay un momento bajo sobre las once de la noche, que antes solía superar bebiendo una gran cantidad de algo. Estoy acostumbrado a tener un vaso o una lata en las manos y a llevarla a la boca cada treinta segundos aproximadamente. Es un hábito que mi mano derecha no parece capaz de romper.

Habiendo decidido de antemano que nunca usaré la palabra «descafeinado», emprendí la búsqueda de una nueva bebida. Esta decepcionante cruzada me enseñó que, sin la bendición del vodka, el zumo de tomate es una completa pérdida de tiempo. Incluso cuando lo compras embotellado sigue sabiendo a lata. He descubierto que la soda me da dolor de estómago, el zumo de uva jaqueca, y que no hay nada más desagradable que un vaso de leche, especialmente la leche francesa, que viene en cartón y puede mantenerse fuera de la nevera durante cinco meses, momento en el cual se convierte en queso y es trasladada a otra sección del supermercado.

Tras un breve e insatisfactorio coqueteo con la limonada, acabé optando por el té, algo que nunca había situado al lado del café en términos de estimulante. Nunca he sido una de esas personas que hablan de «necesitar azúcar» o afirman sentir de inmediato el efecto de unas vitaminas. No estoy terriblemente en contacto con mi cuerpo, pero he advertido que, tomado en grandes cantidades, el té es algo serio. Bébete doce tazas sobre las once de la noche y te juro que notarás la diferencia entre irse a la cama e ir a dormir. Incluso si tienes la suerte de quedar inconsciente, descubrirás que sigues con la necesidad de levantarte cada media hora solo para vaciar la vejiga.

De manera que aquí yace el nuevo yo. Son las 5.48 de la madrugada, estoy pensando en hacerle un traje al reloj y estoy tan lleno de cafeína que me pica el cráneo. Leer un libro o tratar de

resolver un rompecabezas sería admitir la derrota, y sé que si dejo vagar la mente es muy probable que esta vaya en dirección al mueble bar. En lugar de practicar los verbos irregulares o de intentar reflexionar sobre el día pasado, paso el tiempo reviviendo alguna de las fantasías que ocupa mi mente en estos días. Se trata de sueños épicos en los que suelo recrearme cuando paseo por la ciudad o hago cola en la verdulería. Son como películas que edito, monto y veo una y otra vez, variando regularmente los malos y poniendo al día los detalles menores. El repertorio, suficiente para mantenerme ocupado, incluye los títulos siguientes:

El doctor Ciencia

A solas en mi laboratorio subterráneo invento un suero que hace que los árboles crezcan diez veces más de lo normal, lo que significa que alguien puede plantar una semilla y disfrutar de sombra un año más tarde. Es una idea realmente perfecta. A nadie le gusta esperar a que crezca un árbol: por eso pocos los plantan, parece una misión imposible. Para cuando maduran, uno ya se ha muerto o ha ingresado en un asilo.

Mis árboles disfrutan de un crecimiento acelerado en cualquier lugar y constituyen un rotundo éxito. Se crean los parques instantáneos. Ciudades y barrios sufren una transformación increíble de un día para otro y los estados azotados por los huracanes erigen estatuas en mi honor. Hay padres frustrados que intentan usar el suero con sus hijos, pero con la gente no funciona. «Lo siento —les digo—, pero la adolescencia no tiene cura». Me aman tanto los leñadores como los ecologistas, pero el problema surge cuando un grupo de científicos mediocres expande el rumor de que las hojas de mis árboles provocan cáncer en las cobayas de laboratorio. Es entonces cuando descubro el remedio para el cáncer de manera que puedo decir: «¿Se puede saber de qué os quejabais?».

El aspecto del doctor Ciencia varía de una noche a otra. A veces soy alto y rubio, otras moreno y robusto. La única constante es mi

cabello, que es siempre grueso y liso, con un corte tal que aunque saliera de bucear los mechones caerían hasta tocar el labio inferior. Lo llevo peinado hacia atrás, pero de vez en cuando un mechón se libera y cuelga como un látigo a un lado de la cara. Mi mirada denota una intensa concentración; mi rostro es el de un hombre que siempre está intentando recordar la combinación de la caja fuerte. Cuando recibo el premio Nobel, estoy tan sumido en mis pensamientos que el abuelito sentado a mi lado tiene que darme un codazo en las costillas y decir: «Eh, colega, creo que te están llamando».

A veces ceno con un grupo de ex pacientes de cáncer ya totalmente recuperados, pero por lo general tiendo a la introversión y hago caso omiso de la montaña de invitaciones que se me acumulan sobre la mesa del despacho. Sin hacer mucho alarde de ello, curo el sida y el enfisema pulmonar, logrando que la gente pueda volver a disfrutar del placer de un cigarrillo después de una rigurosa sesión de sexo anal. Se hablará mucho de «apagar el reloj», por lo general por parte de personas cuyos relojes no se verán afectados de uno u otro modo. Aparecerán psicólogos en televisión, sugiriendo que los antiguos pacientes de cáncer y sida necesitan desesperadamente terapia. «Tenemos que enseñarles que no hay nada malo en volver a vivir», dicen. Sus mensajes egoístas serán recibidos con cristalinas carcajadas, al igual que la riada de libros con títulos como *Recobrarse es mejorar, Remisión imposible: el conflicto de identidad en la sociedad poscáncer*. Después de décadas de caer víctima de estas tonterías, los americanos decidirán que ya han sufrido bastante ansiedad sin sentido. Los antidepresivos pasarán de moda y los chistes guarros experimentarán un merecido retorno.

Curo la parálisis porque estoy harto de ver a skaters corriendo en sillas de ruedas, y curo la distrofia muscular solo para librarme del clon televisivo de Jerry Lewis. Erradico el retraso mental para que ya nadie tenga la excusa perfecta para hacer una película basada en una vieja serie de televisión, y curo la diabetes, el herpes y el párkinson como favor personal a algunas de mis celebridades favoritas. Invento una píldora que permite a los humanos beber el agua del mar y otra

que elimina los efectos de haber tomado doce tazas de café, o siete cervezas y dos *whiskies*.

Todos mis descubrimientos son noticia de primera plana, pero el que genera más controversia es un jabón que rejuvenece la piel envejecida. Tomas un baño o una ducha, te untas con mi producto, lo dejas reposar durante tres minutos y una vez que te enjuagas tienes el aspecto de alguien de veinticinco años. Los efectos duran tres días y el proceso puede repetirse indefinidamente. El jabón es brutalmente caro, y todos los mayores de cuarenta años tienen que tenerlo. De repente, los residentes de los asilos parecen estudiantes recién graduados vestidos a la antigua, y hermosas mujeres con pañales conducen lentamente y bloquean los pasillos del supermercado con sus carritos. Me gusta imaginar la confusión que generará mi producto: la mirada atónita de un auténtico joven cuando el ligue de esa noche se quita la dentadura postiza para meterla en un vaso con agua, el señor de ochenta años y cara de bebé olvidando que ha accedido a representar el papel del Padre Tiempo en la fiesta de Nochevieja. Las antiguas reinas de belleza intentarán reclamar sus títulos, y nadie sospechará nada hasta que llegue el momento de la prueba de talento, en la que ofrecerán al público sus versiones de «Sonny Boy» y «Ain't We Got Fun».

Lamentablemente, el jabón no funcionará en todos los casos. Si te has sometido a múltiples operaciones de estética en el pasado (bolsas de ojos, colágeno en las arrugas) tu yo juvenil tendrá un aspecto extraño y gatuno, como el de esos aliens que supuestamente han visitado Roswell, Nuevo México. Por razones que se escapan a la ciencia médica el producto también parece fallar en personas que se dedican a ciertas profesiones: los editores de revistas de moda, por ejemplo. Aquí tenemos a personas que se han pasado la vida promocionando la belleza juvenil, haciendo que todos los mayores de treinta años se sientan como una herida en Carne viva. Ahora, demasiado tarde, intentan promover las manchas hepáticas como el último grito en accesorios de la temporada. «Lo viejo es lo nuevo joven», dirán, pero nadie les hará el menor caso. Los ejecutivos de televisión también quedarán excluidos de los beneficios del jabón,

especialmente aquellos cuyo trabajo consiste en cambiar la emisión de un programa del domingo a las ocho al miércoles a las nueve y media, luego devolverlo al domingo y seguidamente pasarlo al jueves, todo para conseguir vender más cantidad de anuncios de refrescos o de tacos mexicanos. Cuando esas personas lleguen a mí pidiendo, por el amor de Dios, algo que pueda ayudarlos, rediseñaré ese patoso pájaro de plástico que siempre mete la cabeza en un vaso de agua. Mi versión funcionará igual que la antigua pero, no os perdáis esto, ¡llevará gafas de sol!

Con el dinero ganado gracias a mis numerosos inventos, me construyo mi propia nave espacial y descubro otro planeta que se parece mucho a la Tierra y está solo a veinte minutos de trayecto. Mi nuevo mundo tiene a constructores y empresas multinacionales echando humo por la boca, y me gusta imaginar las reuniones en que intentan explicar por qué el universo necesita otro Shakey's *Pizza* o un nuevo parque temático. Escucho sus presentaciones y les sigo el juego antes de decirles que el planeta, bautizado recientemente como «Follate el culo con un palo afilado», no es apto para cualquiera.

El boxeador

Me falta una pelea para alcanzar el título de campeón mundial de pesos pesados y la gente sigue preguntando: «¿Quién es este chico?». Si te obligan a describir mi rostro a uno de esos artistas que la policía usa para trazar los rasgos de los sospechosos, puedes empezar mencionando mi nariz. No es que esté doblada, ni partida, pero cuando la miras de cerca adviertes que los orificios son prominentes y extrañamente expresivos, como si fueran un segundo par de ojos asignados para mantener la vigilancia sobre la mitad inferior de la cara, donde habitan mis labios carnosos y unos dientes luminosos y perfectos.

Cuando el dibujante se ponga con los ojos, darás un paso atrás y dirás: «No, me temo que no son así». Después de cuatro o cinco

intentos infructuosos, el artista perderá la paciencia y te recordará que «espiritual» no es una descripción física muy precisa. La dificultad procede de intentar separar los ojos de las cejas, que me alteran el rostro de forma muy parecida a la forma en que los signos de puntuación pueden cambiar el sentido de una frase. Tengo el signo de exclamación que pongo cuando me acosan los fotógrafos, el signo de interrogación, el punto que me pongo cuando toca hablar de negocios, el guión, las enfáticas comillas, y las series de puntos suspensivos en los que me apoyo cuando alguien me interrumpe con brusquedad o cuando busco la palabra precisa. Las cejas trabajan al unísono con mi pelo negro como la tinta, que oscila entre rizado y ondulado, obligando a la invención de una palabra nueva para describirlo.

«Es… tormentoso —dirás—. Como un vendaval en el mar si el océano estuviera hecho de pelo en lugar de agua».

Cuando el dibujante tire el lápiz, dirás: «Muy bien, de acuerdo, te pondré un ejemplo: se parece al chico que solía hacer el papel de Cord Roberts en *One Life to Live*. O, no, lo retiro. Es exactamente como el chico que hacía de Cord Roberts en *One Life to Live*. ¿Es esa una descripción suficiente para ti?».

Resulta vagamente sorprendente que sea un serio aspirante al campeonato mundial de los pesos pesados, no porque sea lento ni débil, sino porque soy prácticamente un recién llegado a ese deporte. Yo era solo otro estudiante de medicina en Yale y nunca había considerado la posibilidad de luchar hasta que me expulsaron de un seminario de intubación endotraqueal y en su lugar me matriculé en un curso de boxeo. El instructor reconoció mi extraordinario talento, organizó unos cuantos combates a nivel regional, y una cosa llevó a la otra. Las sudaderas con capucha me sentaban bien, así que cuando me propusieron dedicarme a esto profesionalmente dije: «De acuerdo, ¿por qué no?».

Esta fantasía se preocupa mucho de evitar las comparaciones con los *Rocky* del I al IV. Nunca corro por New Haven dando puñetazos al aire. Ni hablo con las tortugas, ni saludo a los amigos con un apretón de manos poco tradicional. Y lo más importante, nadie me

ve nunca como a un desvalido. Para alcanzar ese título tienes que preocuparte de algo, y la verdad es que a mí todo me importa un rábano. Para mí, luchar no es más que un pasatiempo hasta lograr mi título de medicina y empezar como médico residente. El mundo del boxeo mira con recelo mi obvia falta de pasión, pero la prensa me adora. No caben en sí de gozo porque soy blanco, y al escribir sobre mí son capaces de expresar sus ansiedades raciales fingiendo que no lo hacen. La gente que normalmente no soporta la idea de la violencia se muestra de repente deseosa de hacer una excepción. Incluso los mormones hacen apuestas y se conectan a los canales por cable.

Faltan cinco días para la final del campeonato y es entonces cuando el público descubre que tengo novio, alguien que quizá no se parece a Hugh pero que definitivamente cocina como él. Nunca he escondido mi homosexualidad. No he mentido ni evitado el tema a propósito, pero nadie había preguntado específicamente por ello. Nunca lo había visto como un gran problema, pero la noticia parece cambiarlo todo. Aquellos que me adoraban por ser blanco se sienten ahora traicionados. Me habían elegido para que les representara. Se suponía que iba a moler a palos a un negrata en su nombre, pero ahora ya no están seguros de qué lado están. ¿Qué es más importante, mi raza o mi inclinación sexual?

La pregunta se contesta cuando empiezan a llegar notas de odios y camiones llenos de maricas al campamento donde entreno, el santuario donde me deslizo por la cuerda mientras escucho conferencias sobre la colateralización coronaria y la infección intestinal. Los temas no pertenecen a mi área de estudios, pero, como declaro a los periodistas de la revista *Ring*: «Me gusta estar al día».

Mi contrato incluye una cláusula que especifica que antes del gran combate debo someterme a una entrevista con Barbara Walters, así que lo hago. Los primeros minutos siguen más o menos el curso previsto. «¿Qué harías si te estuvieras atragantando con un cacahuete?», pregunta ella. «Enséñanos cómo un verdadero campeón hace la maniobra Heimlich».

Una vez pasados los preámbulos, nos dirigimos al sofá, donde ella da una palmada y me pregunta si me resultó muy difícil salir del armario.

Es entonces cuando me doy cuenta de que si la que se atragantara con un cacahuete fuera Barbara Walters, yo no movería un dedo para ayudarla. Odio la forma en que esa expresión se ha popularizado y funciona para todo lo referente al colectivo gay. Cuando la oigo, el corazón me empieza a hiperventilar. ¿Si alguien sale del armario es que hay otros que siguen dentro? ¿Por qué no debajo, o encima?

Muestro la misma reacción adversa ante las preguntas de la prensa gay. «No —digo—, no voy a subir al *ring* envuelto en una bandera con el arco iris». Supongo que estaba fuera del país cuando la eligieron. Reniego de esos colorines y preferiría algo más simple, estilo calavera con los huesos cruzados. En los días previos al combate, las cejas muestran un permanente signo de interrogación. No entiendo por qué debo representar a nadie. ¿Qué pasaría si dedicara el campeonato de pesos pesados a Hipócrates? Sin quererlo, me las arreglé para alienar a todos menos a los endocrinos, e incluso molesté a algunos de estos por un comentario que hice relativo a los niveles de calcio de la sangre en casos de hipoparatiroidismo.

No hace falta decir que arrebato el título al ganador anterior, pero la mecánica de la lucha nunca me ha interesado. Sangro un poco, el otro sangra mucho, y ya está.

Si no puedo dormir, mato el tiempo en un eterno *casting* para conceder los papeles de entrenador y de Hugh genéticamente alterado. Luego jugueteo con el discurso de despedida del deporte y decoro la sala de espera de mi consulta médica.

Tengo un secreto

Soy una becaria de la Casa Blanca guapa y más bien rellenita que ha mantenido un breve asunto con el presidente de Estados Unidos.

Aunque no he tenido nada que ver con ello, los detalles se han filtrado a la prensa y en pocas horas la población está comprando adhesivos que rezan: ¡DEBERÍA DARTE VERGÜENZA! y OTRO AMERICANO SEDUCIDO POR EL PRESIDENTE *PLAYBOY*.

Mis amigos y familiares quedan conmocionados al leer que me he acostado con un líder mundial: «¿Por qué no nos lo dijiste?», preguntan, aunque saben que es una pregunta tonta. Siempre me han admirado por mi habilidad de guardar secretos. En el instituto tuve un hijo sin que nadie se enterara. Di a luz en el descampado que hay detrás de casa y entregué al bebé en adopción tan pronto como me hube aseado. En realidad, me limité a dejarlo dentro de una caja a la puerta de la agencia de adopciones. Era una caja confortable, forrada de mantas, y estuve deambulando por allí el tiempo suficiente para asegurarme de que le habían encontrado y llevado al interior. No soy una desalmada, lo que sucede es que no quería dejar ningún documento como rastro para luego pasarme la vida entera preocupada porque el crío crezca algún día y llame a la puerta de casa reclamando los regalos de Navidad.

Antes de convertirme en noticia de primera plana ya casi había olvidado el romance con el presidente. No es que nos acostáramos a todas horas, es solo que, dejando a un lado el hecho de que es el presidente, la relación no fue nada tremendamente memorable. Estoy en casa, descongelando la nevera y viendo la tele, cuando mi presidente interrumpe un aburrido discurso sobre educación para decir: «Nunca mantuve relaciones sexuales con esa mujer».

Vaya. «De acuerdo —pienso—, quizá esté equivocada. Está claro que no es el hombre que yo pensaba que era». Relleno la cubitera y me doy cuenta de que la vida tal y como la conocía está oficialmente terminada. En sesenta años a partir de este momento algún médico explicará a sus amigos que acaba de realizar una operación de cadera a la chica que se acostó con el presidente. Así me conocerán a partir de ahora, y lo mejor que puedo hacer es tratar de dar buen ejemplo. Algo que conseguiré concentrándome en mis mejores bazas y dando al país lo que necesita y no lo que quiere.

Con los periodistas acampados en la puerta de casa, no puedo ir

a ningún sitio, de manera que encuentro una droguería que trae la compra a domicilio y decido pintar el apartamento. Estoy alcanzando esos rincones tan difíciles de alcanzar por detrás del radiador cuando recibo la visita de un abogado independiente. Me promete que si coopero me libraré de la cárcel. «Vaya, eso es nuevo —digo—. ¿Desde cuándo alguien tiene que ir a la cárcel solo por haberse acostado con el presidente de Estados Unidos?». Al abogado le digo exactamente lo mismo que a todo el mundo: nada. Luego termino de pintar el espacio que queda entre radiadores, me como la última tarrina de helado y pierdo quince kilos.

Cuando me dicen que es mejor que me busque un buen abogado, les pido que me asignen uno de oficio, el que me toque, me da igual. ¿Por qué pasar el resto de mi vida pagando tarifas legales? No digo nada a los fiscales federales ni tampoco a los periodistas que llaman y envían exóticos ramos de flores con la esperanza de que les conceda una entrevista o realice un comunicado. Claman que más pronto o más tarde tendré que hablar, y me complace saber que se equivocan. Nunca, en lo que me queda de vida, diré una palabra sobre ese desgraciado asunto con el presidente. Ni siquiera pienso volver a mencionar el nombre de ese hombre. Si me aparece en un crucigrama, dejaré los cuadros en blanco y rellenaré el resto. Él puede largar lo que quiera, pero alguien debe ocuparse de ejercer un poco de control.

Mi abogado de oficio tiene buenas intenciones, pero no hay ley humana que me obligue a testificar vestida con un atuendo diseñado por Liz Claiborne. Intenta que yo venda una imagen de sereno conservadurismo, pero… ¡por favor! Antes preferiría ir a la silla eléctrica que aparecer ante el mundo vestida como una directora de departamento de J. C. Penney. Me parece mejor tomar ejemplo de *Lo que el viento se llevó*: la escena en que Scarlett es obligada a asistir a la fiesta de cumpleaños de Melanie. Hace poco que ella y Ashley han sido pillados juntos en el aserradero y la ciudad entera lo comenta. Ella habría preferido quedarse en casa, pero Rhett Butler la obliga a ir ataviada con un vestido que proclama la culpa a gritos, pero que a la vez le sienta tan bien que una se pregunta a santo de

qué alguien como ella se rebajaría a perseguir a Ashley Wilkes.

Dada la promoción que conseguirá con ello, todos los diseñadores del mundo quieren vestirme para cuando tenga que comparecer ante el gran jurado. Me decido por uno de los nuevos modistos ingleses y elijo un traje sastre algo extravagante y magníficamente entallado que resalta mi nueva y hermosa figura. Acompañado de la mezcla correcta de confianza y arrogancia, reduce a la audiencia a un mero grupo de políticos impúdicos y cotillas tías Pittypat. En el momento en que entro en la sala todos entienden que soy la mujer más audaz y hermosa del mundo. Cuando me llaman al estrado no doy más que mi nombre y apellido. La transcripción refleja que todas las preguntas subsiguientes fueron contestadas con: «Debe de estar bromeando» o «La verdad es que no veo que eso sea asunto suyo». El juez me declara en desacato y las cronistas de moda advierten que la chaqueta del traje que llevo no hizo ni una sola bolsa o arruga cuando me esposaron las manos a la espalda.

No sé cuál puede ser la condena para alguien que se niega a desvelar los detalles de su vida privada, pero supongo que no puede ser más de un año o dos. Cumplo mi condena en silencio, pero me mantengo a prudente distancia de aquellos que querrían aprovecharse de mi amistad. Queda muy mal que el presidente permita que me metan en la cárcel y la gente a menudo intenta abrir el grifo de la ira que creen que llevo dentro. Como siempre, no me sacan ni una palabra. El hecho de mantener la boca cerrada me convierte en un bicho raro, un icono. Mi nombre es ahora un código, no ya el símbolo de un lío de faldas sino el de alguien que demuestra una poco habitual cantidad de dignidad, alguien bello, misterioso y ligeramente peligroso.

Al salir de la cárcel publico una novela con un seudónimo. El libro es *Lolita* palabra por palabra, y se me permite escribirlo porque, en el reino de la fantasía, Vladimir Nabokov nunca existió. Dada la gran calidad de la obra, el libro genera una gran controversia. Los periodistas buscan desesperadamente al autor y, cuando descubren que soy yo, pienso: «Maldita sea, ¿es que no tienen nada mejor que

hacer?». Ahora a mi reputación de enigma dignificado se le une la de genio, pero no quiero que la gente lea *Lolita* solo porque la escribí yo. Mi obra maestra queda disminuida por su absurda búsqueda de un trasfondo autobiográfico subyacente, así que dejo de escribir, vivo del dinero que he ganado gracias a unas cuidadosas inversiones financieras y paso el resto de mi vida acostándome con jugadores de fútbol de la liga profesional.

Al revisar estos títulos, no puedo sino reconocer la existencia de algunos temas comunes. El aspecto físico parece tener gran importancia, al igual que la capacidad de iluminar, decepcionar y controlar a grandes cantidades de personas que siempre parecen ser americanas. En una ciudad donde toda mujer de más de cincuenta años tiene el cabello rubio, el jabón milagroso del doctor Ciencia seguramente tendría a los parisinos en una cola que llegaría a Belén. Pero no me interesa manipular a los franceses. No estoy atado por su sistema de valores. Como no son mi gente, su amor o condena imaginarios no significan nada para mí. Al parecer, es en París donde he aprendido a soñar sobre América.

Mis fantasías épicas ofrecen la ilusión de generosidad, pero nunca nada real. Doy a unos solo para quitar a otros. Está bien curar a los que sufren de leucemia pero es mucho más satisfactorio imaginar al desfile de oportunistas confundidos por mi negación a cooperar. Al imaginarme como alguien modesto, misterioso y enormemente inteligente, me veo obligado a advertir que, en la vida real, carezco de todas y cada una de esas cualidades. Nadie sueña con lo que ya tiene. No estoy seguro de qué es más improbable: la oportunidad de que algún día me acueste con el presidente o la esperanza de que algún día aprenda a guardar un secreto.

Otras fantasías incluyen poderes mágicos, riquezas imposibles y habilidades para cantar y bailar. Aunque puedo hipnotizar a la mafia y resucitar a los muertos a voluntad, parezco incapaz de eliminar las ojeras que me rodean los ojos. Mis dramas no me ayudan a dormir, solo me permiten fingir que soy otra persona, alguien que no está

tumbado con los ojos como platos en un colchón empapado de sudor, observando cómo saltan los minutos y esperando el amanecer de otro día seco.

ME COMO SU SOMBRERO

Estamos en París, cenando en un buen restaurante, y mi padre nos está contando una anécdota.

—Entonces —dice—, me encontré esta cosa marrón en la maleta y comencé a masticarla, pensando que quizá fuera un trozo de galleta.

—¿Había metido galletas en la maleta? —pregunta mi amiga Maja.

Mi padre considera esta cuestión como algo irrelevante y la desprecia con un gesto.

—Que yo sepa, no, pero esa no es la cuestión.

—¿Así que encontró algo en la maleta y lo primero que se le ocurrió fue llevárselo a la boca?

—Pues sí. Por supuesto. Pero el tema es…

Prosigue con su historia, pero aparte de mis hermanas y yo, la audiencia queda colgada de algo que convertiría a cualquier adulto sano en un imbécil de considerables dimensiones. ¿Por qué un hombre adulto se metería un objeto extraño en la boca, especialmente si era algo marrón y lo encontraba en una maleta que no utilizaba desde hacía meses? Era una pregunta razonable, parcialmente contestada cuando llega el café y mi padre desliza un puñado de azúcar en el bolsillo de su abrigo de *sport*. Si mis amigos hubieran visto el plátano ennegrecido que tengo en la cama, habrían entendido la historia de mi padre y la habrían disfrutado como se merecía. Sin embargo, tal y como quedaban las cosas, hacía falta una explicación.

Desde que puedo recordar mi padre ha sido un gran ahorrador. Ahorra dinero, ahorra palillos desfigurados que se parecen a celebridades desfiguradas, y, sobre todo, ahorra comida. Tomates cherry, galletas de carne, las aceitunas abandonadas en los martinis ajenos: esconde esas cosas en lugares extraños hasta que se pudren. Y luego se las come.

Solía pensar que era algo característico de la conducta de los griegos hasta que me di cuenta de que nuestro coche era el único del aparcamiento rodeado constantemente de abejas. Mi padre acumulaba melocotones en el maletero. Escondía pastitas en el cobertizo y la lavandería, y luego se preguntaba de dónde procedían tantas hormigas. Abre el armario del baño, y a día de hoy te encontrarás seis paquetes caducados de Segó, un batido dietético pastoso muy popular a finales de los sesenta. Apretujadas entre nectarinas licuadas y bollos duros como piedras, las latas viven relajadas, abolladas y cubiertas de moho, apoyadas contra el botiquín más horroroso que has visto en tu vida.

Hay quien atribuye esa voluntad de acaparar de mi padre a crecer durante la Depresión, pero mi madre nunca estuvo de acuerdo.

—Y una mierda —solía decir—. Yo lo pasé mucho peor que él y nunca me verás escondiendo higos.

La referencia a los higos era reveladora. Mi padre los escondía hasta que adquirían la consistencia de alquitrán, pero ¿por qué se molestaba en ello? Ningún miembro de la familia se habría acercado jamás a un higo, independientemente de su edad. Nunca había patatas fritas metidas en sus despensas improvisadas, ni barras de chocolate o figuras de marshmallow. La cuestión que se nos planteó durante toda nuestra infancia era: «¿De quién esconde estas cosas?». Dejando a un lado a los insectos habituales y a la publicitada gente que pasaba hambre en la India, no conseguíamos ver a ningún rival potencial. No era normal que pilláramos a los vecinos rascando el moho de las fresas, pero para mi padre no había nada tan podrido que no pudiera comerse. Era la gente la que estaba estropeada por un exceso de mimos, no la comida.

—Está buena —decía, mientras veía como un ejército de moscas depositaba sus garras en la pulpa podrida de una piña—. No le pasa nada malo. ¡Yo me la como! —Y lo hacía, si se la dejaban a buen precio. Y el precio siempre era bueno.

Debido a su afición a expresiones como «recién recogido» y «en su punto de maduración», mi madre era calificada de malgastadora. No podías fiarte de alguien tan melindrosa como ella, especialmente en el mercado, así que, armado con un grueso talonario de cupones, era mi padre quien se encargaba de las compras. Cuando íbamos con él al supermercado, nos alentaba a mis hermanas y a mí a considerar los pasillos llenos de productos como un bufet libre. Manzanas, cerezas, y mandarinas sin mancha: era de la opinión que como no estaban envueltas estas cosas estaban para que la gente las cogiera. Los encargados del lugar tenían un punto de vista distinto, y era solo cuestión de tiempo que alguien fuera a llamarle la atención. Llegaba el jefe del departamento de productos, y mi padre, con la boca llena de comida, pedía que le llevaran al cuarto trasero, una especie de morgue donde la comida indeseada yacía entre la muerte y el entierro.

Debido al hedor y a lo que nuestra madre llamaba una pizca de dignidad, mis hermanas y yo entramos pocas veces en el cuarto trasero. Preferíamos distanciarnos, fingir que éramos hijos de otras personas hasta que nuestro padre volvía cargado con frutas y verduras derrotadas que no guardaban el menor parecido con aquellas que había disfrutado antes con tanto gusto. El mensaje era que si algo es gratis, solo debes coger lo mejor. Por otro lado, si hay que pagar, es más inteligente bajar el listón y no ser tan caprichoso.

—Olvida esa excusa del dolor de estómago —decía colocando en el carro de la compra un paquete familiar de anémicas chuletas de cerdo—. Se supone que la carne es gris. Le cambian el color con sustancias químicas, pero a esta no le pasa nada. Ya lo veréis.

Nunca he visto que mi padre comprara algo que no llevara la etiqueta de PRODUCTO EN OFERTA. Sin esa etiqueta naranja, el ítem era virtualmente invisible para él. El problema era que nunca asociaba la venta rápida con el consumo inmediato. Al llegar a casa,

metía la carne en la nevera, escondía sus frutas favoritas en el armario del baño y metía el resto en el cajón inferior de la nevera. Era, por supuesto, demasiado tarde para aquellos productos, pero él se tomaba la publicidad de la nevera en sentido literal: era capaz de resucitar a un muerto y devolverle, vibrante y saludable, al punto álgido de su vida. Tras unos días en el cajón de la nevera, una zanahoria se convertía en algo tan pálido y blando como un pene flácido.

—Eh —decía—, que alguien se coma esto antes de que se estropee.

Él cogía un pedazo, y el resto de nosotros se sumía en un silencio incómodo. Demasiado débil para resistirse, la zanahoria no tardaba en rendirse a la fuerza de sus mandíbulas. Un perrito caliente muy hecho habría hecho más ruido. Relamiéndose el jugo de los labios, insistía en que era la mejor zanahoria que había comido nunca.

—Desde luego, chicos, no sabéis lo que os perdéis.

Creo que nos hacíamos a la idea.

Incluso en nuestros momentos más egoístas, podíamos comprender la necesidad de ser frugal con seis hijos a los que mantener. Cuando todos volamos de casa, esperábamos que nuestro padre se relajara y aprendiera a cuidarse, pero si se produjo algún cambio fue para peor. Nada le convencerá de que su fortuna no se invertirá de golpe, reduciéndole a una dieta a base de uñas y sopas hechas con hojas de los árboles sazonadas con pilas de linterna. El mercado puede colapsarse o las cosechas arruinarse. Ejércitos hostiles irán de puerta en puerta requisando hasta los condimentos, pero mi padre resistirá. Jubilado y viviendo solo, sigue comiendo como si fuera un pájaro carroñero.

Solíamos volver a casa cada año por Navidad, y tanto mi hermano como mis hermanas o yo siempre nos preocupábamos de llamar antes para ofrecernos a llevar lo que fuera necesario para la tradicional comida familiar.

—No, ya tengo el cordero —decía nuestro padre—. Hojas de viña, la pasta filo, las patatas… Todo lo de la lista.

—Sí, pero ¿se puede saber cuándo lo compraste?

Hombre honesto excepto en temas relacionados con la comida, nuestro padre mentía, afirmando que acababa de volver del nuevo y caro Fresh Market.

—¿Compraste las judías? —preguntábamos.

—Claro que sí.

—Deja que oiga cómo partes una.

Cuando llegaba el día de Navidad, volvíamos a casa para encontrar una pata de cordero tumbada bajo doce centímetros de hielo, con una fecha de envasado que revelaba que la habían comprado en algún momento de la administración Carter. La edad ya había convertido a las patatas en puré, las hojas de viña tenían pelo, y estaba claro que, en la conversación telefónica mi padre había chasqueado los dedos para imitar el sonido de una judía verde partiéndose.

—¿A qué vienen esas caras tan largas? —preguntaba él—. Es Navidad. ¡Un poco de alegría, por amor de Dios!

Cansados del óleo rancio y de la leche perfecta que parecía queso azul, mi familia empezó a turnarse para la celebración de la cena de Nochebuena. El año pasado me tocó a mí, y los que podían permitírselo accedieron a viajar a París. Recogí a mi padre en el aeropuerto Charles de Gaulle, y mientras caminábamos hacia la parada de taxis, se le cayó del bolsillo una bolsa de cacahuetes. No se trataba de cacahuetes que acabaran de darle en el vuelo, sino de otros adquiridos años atrás, cuando todos los aviones tenían vuelo a propulsión y los pilotos llevaban cascos de cuero y pañuelos de cuello largos y flotantes.

Recogí la bolsa y advertí que el contenido se deshacía convirtiéndose en polvo.

—Dámelo, por favor. —Mi padre se guardó la bolsa en el bolsillo de la chaqueta, reservándola para más tarde.

Ya en mi apartamento, deshizo las maletas. Creía que el gato había defecado en mi cama hasta que me di cuenta de que el objeto que había en la almohada no era un zurullo sino un plátano negro que él había traído hasta París desde su escondrijo junto al lavabo.

—Aquí tienes —dijo mi padre—. Te doy la mitad.

Había traído también una pera y la había envuelto en una bolsa de plástico, de manera que el pus no manchara la ropa que había metido un día antes, pero había comprado antes de casarse. Como con la comida, mi padre se muestra fiel a su guardarropa. Operando sobre la presunción de que, más pronto o más tarde, hasta la toga volverá a ponerse de moda, se aferra a su ropa y sigue poniéndosela mucho después de que haya empezado a desintegrarse.

También en la maleta había una raída gorra de gamuza que compró en Kansas City poco después de la guerra. Era la gorra que aparecía en su historia esa noche, cuando nos reunimos con mis hermanas y unos amigos en un buen restaurante de París.

—Entonces —dice mi padre—, encontré ese objeto marrón en la maleta, y lo mastiqué durante unos buenos cinco minutos, hasta darme cuenta de que me estaba comiendo la visera de la gorra. ¿Alguien puede creerlo? Supongo que debió de romperse durante el vuelo… Pero ¿cómo iba yo a saber qué era?

—¿De manera que se comió, literalmente, su sombrero? —dijo mi amiga Maja, francamente divertida.

—Bueno, sí —dice mi padre—. Pero no entero. Me paré cuando llevaba unos bocados.

Alguien de fuera puede pensar que paró por razones de orden práctico, pero mis hermanas y yo lo conocemos mejor. Dado que no le mataría, la gorra había pasado a ser comestible y sería saboreada y apreciada de distinto modo. Habiendo dejado de ser una prenda de ropa, volvería a su tierra natal, donde iría del neceser al armario del baño para unirse al resto de los alimentos putrefactos que aguardaban la llegada de la inminente hambruna.

DAVID SEDARIS es escritor y humorista de loca y muy precisa atención al detalle. Creció junto a su madre, su padre y sus cinco hermanos en la zona suburbana de Raleigh (Carolina del Norte) y ha escrito ensayos autobiográficos contando su vida con ellas y sus posteriores andanzas en Chicago, Londres, Normandía y otros lugares. Ha publicado diez antologías reuniendo sus numerosos textos y un volumen con una selección de páginas de sus diarios de entre 1977 y 2002. Calypso, este libro que tienes ahora entre las manos, es su obra más reciente. En su juventud pasó unas Navidades trabajando disfrazado de elfo de Papá Noel en los grandes almacenes Macy's de Nueva York y aquello todavía no se le va de la cabeza. En la actualidad vive en el condado de West Sussex (Inglaterra) junto al pintor Hugh Hamrick —su pareja desde hace casi treinta años—, un erizo llamado Galveston y dos ranas: Lane y Courtney. Hace frío, pero están todos bien.

Notas

[1] *Light My Fire* significa «Enciende mi fuego». *(N. del T.)* <<

[2] *Ceinture*. cinturón. <<